El néctar de las sombras



Manuel M. Represa Suevos

El néctar de las sombras

Manuel M. Represa Suevos

El néctar de las sombras

© Manuel M. Represa Suevos (2026)
El néctar de las sombras

ISBN papel: Impreso en portada
ISBN pdf: N/A

Impreso en España
Editado por Amazon

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a Amazon si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota del Autor sobre los hechos de la Atalaya.

Durante décadas, la silueta calcinada que corona los acantilados cercanos a Cabo Vidio ha sido objeto de susurros entre los marineros de la zona. Para los lugareños, las ruinas de la mansión de la Atalaya no son solo piedras y hiedra, sino el mudo testigo de una tragedia que el tiempo y los intereses de poderosos linajes intentaron sepultar bajo el salitre.

El origen de esta novela no es fruto de la imaginación, sino de un hallazgo fortuito en el otoño de 2024. Durante el desescombro de una antigua construcción en una aldea del interior asturiano, apareció un cofre de caoba oculto tras un doble fondo de madera. En su interior, protegidos por el mismo azúcar que terminó por corromperlos, descansaban los diarios de un hombre que firmaba como Gabino F., junto con una serie de despachos consulares y una carta de confesión que nunca llegó a su destino.

He dedicado los últimos dos años a cotejar estos documentos con los archivos parroquiales y los registros de la Guardia Civil de 1950. Aunque he tenido que ficcionar los diálogos y recurrir a la verosimilitud narrativa para rellenar los huecos del silencio, los hechos fundamentales —el incendio de la mansión, el envenenamiento y la existencia de la red de trata en Pinar del Río— constan en los legajos originales. Por respeto a la memoria de los supervivientes y para evitar posibles litigios con los herederos de las familias implicadas en Cuba y España, he optado por alterar ciertos apellidos y localizaciones geográficas exactas. No obstante, la esencia de este relato es la cruda transcripción de una deuda de sangre que, hasta hoy, permanecía en las sombras.

Manuel M. Represa Suevos

Índice

El eco de los establos
El abismo de espuma
El néctar de las sombras
El Alambique de las Culpas
El Arado de la Cizaña
El Cáliz de la Erinias
El Incendio de los Ídolos
La Metamorfosis de la Sal
El Retorno del Espectro
La Sal de los Desposeídos
El Alambique de la Eternidad

CAPÍTULO 1

El eco de los establos

Asturias, en aquel invierno de 1940, no era una provincia, sino un estado del alma sumergido en un gris mineral. La lluvia, fina y persistente como un remordimiento, no caía sobre la tierra, sino que se filtraba en los huesos de los hombres y en la cal de las paredes, convirtiendo el caserío de los Felgueroso en un navío de piedra encallado en el barro. Gabino observaba desde el pequeño ventanuco, cuyos cristales soplados por la impericia del tiempo deformaban el paisaje, cómo la niebla se tragaba los castaños.

El hambre no era en aquella casa un evento puntual, sino un inquilino silencioso que se sentaba a la mesa cada jornada. Era un hambre antigua, heredada de abuelos que ya habían muerto con el estómago pegado al espinazo, una sensación que empezaba como un leve calambre y terminaba como una garra de hierro retorciendo las entrañas. El aire olía a humo de leña verde, un humo acre que hacía llorar los ojos y tiznaba los techos bajos de un hollín que parecía el sudario de las esperanzas familiares. En ese ambiente de penumbra, donde el único calor provenía del hálito amoniacal de las vacas que rumiaban en el piso inferior, Gabino comprendía que su juventud era una moneda que se devaluaba con cada amanecer de lluvia.

Damián Felgueroso, el patriarca de aquella ruina, era un hombre cuya columna vertebral se había curvado bajo el peso de una tierra que nunca fue suya. Sus manos, nudosas como raíces de roble, temblaban levemente al sostener la cuchara de madera, no por la edad, sino por la fatiga acumulada de mil lunas de arado y sementera. A su lado, Rosa Álvarez servía el caldo con una solemnidad religiosa, una pócima de agua, berzas y una gota de grasa que ella presentaba como un banquete.

Rosa había desarrollado una ceguera selectiva; se negaba a ver los remiendos sobre los remiendos de la ropa de su hijo, o la palidez cadavérica que ganaba el rostro de su marido. Prefería mirar hacia el rincón donde un crucifijo de madera carcomida presidía la estancia, murmurando oraciones que eran, en realidad, quejas disfrazadas de devoción. Para ella, el mundo terminaba en los límites del prado, y cualquier pensamiento que volara más allá del horizonte era una tentación del demonio. Gabino veía en ellos su propio futuro: una lenta desintegración en el barro, un olvido de sí mismo para convertirse en una pieza más del engranaje de la miseria rural.

La llegada de la carta de Ceferino fue el único evento que rompió la monotonía de la derrota en diez años. El cartero, un hombre de rostro curtido por el viento del Cantábrico, entregó el sobre con la reverencia que se debe a un objeto sagrado. El papel, de un blanco amarillento que contrastaba con la mugre de la mesa, portaba sellos de colores vibrantes —rojos de fuego y azules de océano— que parecían gritos en medio de la grisalla asturiana.

Gabino leyó las líneas de su tío con una avidez febril. Ceferino no escribía con tinta, sino con promesas. Hablaba de una isla donde el sol era un monarca que regalaba oro en forma de azúcar, de palmeras que rozaban el cielo y de una abundancia que permitía a los hombres caminar con la cabeza erguida. Cada palabra era un clavo en el ataúd de su vida en la aldea. La carta olía, o al menos eso imaginaba Gabino, a tabaco caro y a una libertad que él ni siquiera sabía nombrar. Damián escuchaba con los ojos cerrados, viendo en la prosperidad de su hermano el reflejo de su propio fracaso, mientras Rosa se santiguaba, temiendo que el "Indiano" fuera el nombre que el destino le ponía a la pérdida de su único hijo.

Antes de tomar la decisión definitiva, Gabino buscó refugio en María Quirós. Se encontraron en el "camín de la fuente", un sendero flanqueado por muros de piedra seca cubiertos de musgo esmeralda. María era la personificación de la pureza que Gabino temía perder;

sus ojos tenían el color de la lluvia sobre el mar y su voz era el único consuelo que el joven conocía.

—Dices que te vas por nosotros, Gabi, pero te vas por ti —le recriminó ella con una lucidez que le dolió más que el frío—. Aquí hay barro, pero es nuestro barro. Allá solo hay espejismos que te volverán un extraño. —María, el amor no se come, y yo no puedo darte una vida de sabañones y deudas —respondió él, tomando sus manos frías entre las suyas—. Iré, me haré rico y volveré para levantarte una casa que mire al mar, una casa donde nunca más tengas que bajar la vista ante el señorito. —Las casas de los indianos son jaulas de mármol, Gabino. Yo no quiero un palacio, quiero que despiertes a mi lado, aunque sea en el establo.

Aquel diálogo fue la primera herida de la tragedia. Gabino comprendió que para ganar el mundo debía sacrificar su paraíso cotidiano con María, y en el abrazo que se dieron bajo el castaño, ya se sentía el aroma de la ausencia y el salitre de las lágrimas futuras.

La noche previa a la partida, Gabino no durmió. En el silencio de su cuarto bajo el tejado, donde el viento silbaba entre las tejas mal ajustadas, preparó su escaso equipaje. Un par de camisas de lino rudo, unos calcetines tejidos por Rosa y una pequeña estampa de la Santina de Covadonga. Cada objeto que guardaba en el petate era un ancla que soltaba.

Se sentó en el suelo, escuchando el ronquido pesado de su padre en la habitación contigua y el rumiar de las vacas abajo. Aquella era la banda sonora de su vida, y por primera vez, le pareció insoportable. Sentía un miedo atávico, una angustia que le cerraba la garganta ante la inmensidad de lo desconocido. ¿Y si Ceferino mentía? ¿Y si el mar se lo tragaba antes de llegar? Pero luego, al mirar sus manos callosas y recordar el plato de caldo aguado, el miedo se transformaba en una determinación fría y cortante. Saldría de allí, aunque tuviera que pactar con el mismo diablo para que el sol de Cuba le calentara el alma que Asturias le había helado.

El alba del día de la partida no trajo consigo el alivio de la luz, sino una penumbra de color ceniza que se adhería a las vigas de castaño como un sudario húmedo. En la cocina, el aire estaba saturado por el rancio perfume del pote asturiano que Rosa había mantenido al fuego durante toda la noche, una pócima de berzas y despojos que borboteaba con el ritmo cansino de un corazón agotado. Gabino se sentó a la mesa de madera de roble, cuyas vetas estaban tan profundamente erosionadas por el uso y la mugre que parecían un relieve de las penas familiares. El silencio no era una ausencia de ruido, sino una presencia física, una masa espesa que impedía que las palabras fluyeran.

Rosa, con los ojos enrojecidos no solo por el humo del llar sino por un llanto que se negaba a externalizar frente a los hombres, sirvió el caldo en un cuenco de loza descascarillada. El vapor ascendía en volutas caprichosas, empañando la mirada de Gabino, quien observaba la superficie del líquido como si fuera un oráculo negro. Cada cucharada de madera, tallada por su abuelo décadas atrás, sabía a despedida y a tierra. El calor del caldo le quemaba la garganta, pero el frío que nacía en la boca del estómago, ese frío de la incertidumbre y el desarraigo, era invulnerable a cualquier fuego. Sus padres comían en una inmovilidad pétrea, con la vista clavada en sus propios cuencos, temiendo que un cruce de miradas hiciera estallar el frágil dique de su entereza.

Damián Felgueroso, sentado en su escaño habitual, parecía haber envejecido un lustro en una sola noche. Sus manos, aquellas herramientas de carne y hueso que habían domesticado la piedra y el barro del valle, descansaban sobre la mesa como dos animales heridos. Gabino observaba los surcos de las uñas, ennegrecidos por una tierra que se negaba a ser lavada, y comprendía que ese era el único testamento que su padre podía legarle: la herencia del cansancio y la hidalguía de la miseria. No hubo consejos de última hora, ni advertencias sobre los peligros de ultramar; en la jerarquía del silencio asturiano, la presencia física era el mensaje más elocuente.

—Lleva las botas bien atadas, Gabino —fue lo único que dijo Damián, con una voz que sonó como el arrastre de una pala sobre la grava—. La humedad de la costa no perdona a los descuidados.

En esa frase, despojada de lirismo pero cargada de una preocupación ancestral, se resumía todo el amor que el hombre no sabía articular. Gabino asintió, sintiendo el peso de las botas nuevas, un lujo que había costado el sacrificio de la última ternera y que ahora le pesaba en los pies como si estuvieran fundidas en plomo. Cada paso que diera fuera de aquel hogar sería una traición necesaria, una huida hacia una gloria que su padre nunca se atrevió a soñar.

Rosa se levantó de la mesa y se acercó a su hijo con la parsimonia de quien oficia un sacramento. De entre los pliegues de su falda negra extrajo un pequeño hatillo de tela basta, atado con un cordel de cáñamo. En su interior, junto a una estampa de la Virgen de Covadonga cuyo color se había desvanecido por los años de devoción, guardaba un puñado de tierra del huerto familiar y un trozo de pan seco.

—Es para que no olvides de dónde vienes, aunque el mar se empeñe en lavarte la memoria —susurró ella, mientras trazaba una cruz invisible sobre la frente de Gabino—. Que la Santina te proteja de los aires del sur, que dicen que son calientes y traicioneros.

Gabino tomó el hatillo con una reverencia que rozaba lo sagrado. El contacto con la mano de su madre, una mano cuya piel se sentía como el papel de fumar pero guardaba la dureza del sarmiento, le transmitió una descarga de realidad. Rosa no lloraba; su dolor se había transformado en una rigidez marmórea, en una aceptación fatalista de que los hijos son como la cosecha: se siembran en casa para que otros los recojan en tierras extrañas. El joven guardó el amuleto en su petate, sintiendo que en ese trozo de tela llevaba comprimido todo el universo que estaba a punto de abandonar.

La salida del caserío fue una ruptura física. Gabino cruzó el umbral y el aire frío de la montaña le golpeó el rostro, despertándole de la letargia del desayuno. El cielo de Asturias se desplegaba sobre él como una cúpula de plomo fundido, amenazando con una lluvia que no tardaría en convertir los caminos en cauces de lodo. Damián le acompañó hasta el límite del corral, donde el empedrado daba paso al sendero de tierra que serpenteaba hacia el valle inferior. El sonido de las madreñas sobre las piedras —ese "cloc-cloc" rítmico y hueco que es la banda sonora de la aldea— resonaba como el tañido de una campana de difuntos.

Gabino se detuvo un instante y miró hacia atrás. El caserío, con sus muros de piedra cubiertos de musgo esmeralda y su tejado de teja vana que exhalaba jirones de humo, se le antojó una fortaleza sitiada por la niebla. Era un lugar donde el tiempo no corría, sino que se estancaba en los charcos y en las miradas de los viejos. Al dar el primer paso por el sendero embarrado, sintió que el valle intentaba retenerle, que el lodo se aferraba a sus botas como una mano desesperada. Pero la decisión estaba tomada. Con el petate al hombro y el corazón convertido en una piedra fría, comenzó el descenso hacia un mundo que no conocía la piedad del orvallo.

El camino hacia la costa era una lección de geografía del hambre. A medida que Gabino avanzaba, dejaba atrás las pequeñas parcelas cercadas por muros de piedra seca donde los labradores se afanaban en arrancar un sustento mínimo a una tierra reacia. Cada aldea que cruzaba era un reflejo de la suya: casas oscuras, hórreos que guardaban más sombras que grano y mujeres de luto que observaban al caminante con una mezcla de envidia y lástima. El paisaje, de un verde tan intenso que llegaba a doler, se le antojaba ahora una cárcel de belleza estática.

La fatiga empezó a morderle los gemelos, pero Gabino no se permitió detenerse. El movimiento era su única defensa contra el arrepentimiento. Cruzó puentes de piedra que habían visto pasar a

generaciones de indianos, hombres que partieron con la misma mirada de fiebre y regresaron convertidos en reyes o en fantasmas. El aire fue cambiando sutilmente; el aroma a establo y a leña de roble se fue diluyendo para dejar paso a una humedad más pesada, a una brisa que ya traía el presagio del salitre. Asturias se iba desdibujando a sus espaldas, convirtiéndose en un recuerdo antes de dejar de ser una realidad física, mientras el horizonte se ensanchaba hacia una nada azulada que le aguardaba con la indiferencia de lo infinito.

La llegada a Gijón no fue el encuentro con la metrópolis luminosa que Gabino había imaginado en sus delirios de vigilia, sino el descenso a una caldera de herrumbre, carbón y salitre. El aire, que en las cumbres de la aldea poseía una pureza cristalina, se tornaba aquí en una amalgama densa de efluvios industriales y deyecciones marinas. Las chimeneas de la siderurgia se erguían como tótems de una modernidad cruel, exhalando penachos de un humo plomizo que se fundía con las nubes bajas del Cantábrico, creando un techo perpetuo de ceniza sobre la ciudad.

Gabino caminaba por los adoquines húmedos, sintiendo que el estrépito de los carros y el bullicio de los estibadores golpeaban sus sentidos con la saña de un mazo. El Musel, el puerto que servía de garganta a la región, bullía con un frenesí de grúas que chirriaban como aves de rapiña metálicas. El joven se sentía una brizna de paja en medio de una tormenta de hierro; su estatura de hombre de campo, acostumbrada a medirse con la inmensidad de los valles, menguaba ante la escala colosal de los depósitos de mineral y los tinglados de la aduana. Cada paso hacia los muelles era una inmersión en una realidad donde el individuo carecía de nombre, sustituido por un número en un manifiesto de carga o un sello en un pasaporte de tercera clase.

Frente a la pasarela del navío se agolpaba una multitud de sombras que compartían el mismo estigma: la mirada de los que ya no poseen nada más que la esperanza. Eran hombres y mujeres de

rostros cetrinos, tallados por la privación y el miedo, que guardaban sus escasas pertenencias en maletas de cartón y hatillos de tela rota. Gabino se incorporó a esa fila de ánimas en pena, sintiendo una hermandad silenciosa y dolorosa con aquellos desconocidos. No había conversaciones, solo murmullos que se perdían en el rugido del mar y el lamento de las sirenas de los barcos.

Observó a un anciano que, como su padre, acariciaba con dedos trémulos una pequeña bolsa de cuero, quizás llena de tierra o de recuerdos que el Atlántico se encargaría de diluir. La fila avanzaba con una lentitud exasperante, como una procesión de penitentes que aguardaban el juicio final en el umbral de una eternidad de agua. La humedad del puerto calaba las ropas, tornando las camisas de lino en sudarios fríos que se adherían a la piel. En ese purgatorio de adoquines y salitre, Gabino comprendió que el exilio no era un acto heroico, sino una amputación colectiva, una hemorragia de juventud que Asturias permitía para no morir de inanición entre sus propios muros de piedra.

Finalmente, ante sus ojos se alzó la mole del trasatlántico, un Leviatán de acero negro y remaches oxidados que desafiaba la gravedad y la razón. Sus chimeneas, de un ocre sucio, se elevaban hacia el cielo como los pilares de un templo pagano dedicado al dios de la distancia. Gabino alzó la vista, sintiendo que el cuello le dolía por el esfuerzo, y contempló las cubiertas superiores, donde el brillo de las maderas nobles y el destello de los cristales indicaban la existencia de un mundo que él solo conocía por leyendas: la primera clase.

Aquel barco no era un medio de transporte, sino una ciudad flotante donde la jerarquía social se grababa en el acero. Mientras las grúas izaban con delicadeza los baúles de piel y las sombrereras de las damas de alta alcurnia, los pasajeros de tercera eran empujados hacia las fauces de la bodega, allí donde el aire era un mito y el espacio se medía por la anchura de una litera. El rugido de las calderas, un latido profundo y amenazante que hacía vibrar el

muelle bajo sus pies, recordaba a Gabino que el viaje sería una lucha constante contra una maquinaria que no conocía la fatiga ni la piedad. El barco era el umbral de un sueño que empezaba con el sabor de la herrumbre en la boca.

La entrada en la oficina de control de la aduana fue el último acto de despersonalización en suelo español. El aire en el interior del edificio era pesado, saturado de olor a papel viejo, tabaco rancio y el aliento amoniacal de los funcionarios que despachaban los destinos humanos con la indiferencia de quien cuenta cabezas de ganado. Gabino entregó su documentación con manos que el frío y el nerviosismo habían vuelto torpes. El funcionario, un hombre de ojos opacos y dedos manchados de tinta, apenas levantó la vista del libro de registro.

Cada golpe del sello sobre el papel resonaba en los oídos de Gabino como el martillazo de un enterrador. Nombre: Gabino Felgueroso. Origen: Aldea de los Valles. Destino: La Habana. En ese intercambio burocrático, el joven dejó de ser el hijo de Damián y Rosa para convertirse en una unidad económica, un emigrante más que la patria expulsaba de su vientre de piedra para aliviar su propia carga. El oficial le devolvió los papeles con un gesto mecánico, sin una palabra de aliento, sin un rastro de humanidad. Gabino guardó el documento en su petate, sintiendo que aquel papel pesaba ahora más que todas sus pertenencias, pues era el acta de defunción de su vida anterior y la única brújula hacia un renacer incierto.

La pasarela hacia el navío era un puente de madera crujiente suspendido sobre un abismo de aguas turbias, donde el aceite de los motores dibujaba irisaciones grotescas en la superficie. Al poner el primer pie sobre el tablón, Gabino sintió un vértigo físico, como si la tierra de Asturias le reclamara con un último tirón desesperado. Se detuvo un instante, ignorando las imprecaciones de quienes venían detrás, y miró hacia atrás, buscando en el horizonte la silueta de las montañas que le habían visto nacer.

Pero las montañas ya no estaban. Gijón, con su velo de humo y su estrépito industrial, las había sepultado tras una muralla de edificios grises y grúas amenazantes. El último rastro de su hogar era el tacto del hatillo que Rosa le entregara, que ahora apretaba contra su pecho con una fuerza irracional. Al dar el último paso sobre la madera y pisar finalmente el acero frío de la cubierta de tercera clase, Gabino comprendió que el cordón umbilical se había roto definitivamente. No había vuelta atrás. Frente a él se extendía la inmensidad gris del Cantábrico, un desierto de olas que prometía gloria o naufragio, mientras el suelo que pisaba empezaba ya a estremecerse con el despertar de las hélices, marcando el inicio de una tragedia que el tiempo se encargaría de labrar con la misma saña con la que el mar pule las rocas.

Cruzar el umbral que separaba la cubierta superior de la escala de tercera clase fue, para Gabino, un simulacro de sepultura. La luz del Cantábrico, aunque tamizada por un cielo de plomo, se batió en retirada ante la penumbra densa y aceitosa que emanaba de las profundidades del buque. Las escaleras de metal, empinadas y resbaladizas por el hálito de cientos de respiraciones confinadas, chirriaban con un lamento industrial bajo el peso de los que descendían. A medida que bajaba, el aire se tornaba en una sustancia casi sólida, una amalgama de olores donde el combustible diésel se mezclaba con el aroma rancio del mareo preventivo y el sudor de la angustia acumulada.

Gabino sentía que las paredes de remaches, pintadas de un blanco sucio que ya empezaba a descascarillarse, se estrechaban sobre sus hombros. No era solo la falta de espacio físico, sino la opresión de saberse en las vísceras de un animal de acero que no comprendía la clemencia. En aquel descenso, el joven asturiano dejó de percibir la orientación de los puntos cardinales; el mundo de los valles y los horizontes abiertos quedó sepultado bajo capas de cubiertas y mamparos, sustituido por una geometría de ángulos rectos y pasillos infinitos que olían a encierro y a destino irrevocable.

Al llegar a su sección, Gabino encontró que su universo se había reducido a una litera de hierro, un rectángulo de lona y mantas ásperas que sería su único refugio durante las semanas de travesía. El espacio era tan exiguo que el simple acto de depositar el petate requería una coreografía de contorsiones. El camarote compartido era un hormiguero de sombras; hombres de rostros curtidos se instalaban en silencio, reclamando sus nidos con la parsimonia de quienes ya han aceptado su condición de carga.

Se sentó en el borde de su jergón, sintiendo el frío del metal a través del pantalón de pana. El techo, a escasos palmos de su cabeza, vibraba con una frecuencia sutil que parecía nacer del propio corazón de la tierra. Allí, en la penumbra compartida con desconocidos que pronto serían hermanos de naufragio, Gabino extrajo el amuleto de Rosa. El tacto de la tela basta y el olor de la tierra del huerto le proporcionaron un ancla mental en medio de aquel purgatorio flotante. Aquella pequeña porción de Asturias, contenida en un puñado de polvo, era el único vínculo que le impedía ser devorado por la inmensidad de la máquina que le rodeaba.

De pronto, un estruendo sordo y profundo, como el gruñido de una deidad telúrica, sacudió el casco del trasatlántico. No fue un ruido, sino una sacudida que recorrió los huesos de Gabino, desde la planta de los pies hasta la base del cráneo. Los motores habían despertado. El latido del Leviatán, rítmico y despiadado, transformó el silencio del camarote en una vibración perpetua que hacía tintinear los objetos metálicos y las esperanzas frágiles. Era el pulso de la modernidad mecánica, un ritmo que no conocía la piedad del ciclo solar ni el descanso de las estaciones.

El agua empezó a rugir contra el costado del barco, un sonido de succión y furia que indicaba que las hélices estaban ya triturando la quietud del puerto. Gabino cerró los ojos, intentando imaginar el movimiento del buque a través de la masa líquida, pero la sensación de estar encerrado en una caja de hierro le impedía cualquier asomo

de romanticismo. Aquel latido era el cronómetro de su ausencia; cada golpe de pistón le alejaba un poco más de los prados de la aldea, sepultando el recuerdo de las campanas de la iglesia bajo el estrépito de una ingeniería que solo buscaba la distancia y el olvido.

En la cubierta superior, los cabos de cáñamo, gruesos como troncos de árboles jóvenes, fueron soltados de los noráis del muelle. El sonido del roce de las cuerdas contra el acero, un quejido agudo que recordaba al grito de una gaviota herida, marcó la desconexión definitiva con el suelo patrio. Hubo un instante de ingravidez, un segundo en el que el trasatlántico pareció quedar suspendido en el vacío antes de que la inercia le obligara a ceder ante la voluntad de las máquinas.

El espacio entre el casco y el muelle del Musel empezó a ensancharse, una brecha de agua turbia y aceitosa que se convertía en un abismo infranqueable. Gabino, que había subido de nuevo a una pequeña balconada de la borda para buscar un último aliento de aire asturiano, observó cómo las figuras diminutas que agitaban pañuelos en tierra se desdibujaban. No eran personas, sino jirones de una vida que se deshacía. La ciudad de Gijón, con sus chimeneas y sus tejados de pizarra, empezó a retroceder, convirtiéndose en una maqueta grisácea que el humo y la bruma se encargaban de devorar. El cordón umbilical se había roto, y el hijo de la montaña era ahora un paria del océano.

El barco viró con una elegancia paquidérmica, enfilando la bocana del puerto hacia el Cantábrico abierto. Las montañas de Asturias, que hasta entonces habían sido el muro protector de la existencia de Gabino, comenzaron a hundirse en el mar. La niebla, ese orvallo persistente que era la firma de su tierra, se convirtió en un sudario que fue borrando primero la costa, luego los acantilados de granito y, finalmente, las cumbres más altas que aún conservaban restos de nieve invernal.

Gabino permaneció en la borda hasta que el frío le caló los huesos y la mirada ya no encontró más que una inmensidad gris y

monótona. Ya no había arriba ni abajo, solo el vaivén del barco y el murmullo de un océano que le recibía con la indiferencia de lo eterno. Al entrar de nuevo en la escotilla para buscar su nido en la tercera clase, el joven comprendió que el horizonte ya no era un límite geográfico, sino una frontera del alma. El tiempo de la aldea se había cerrado con el golpe seco de una ola contra el acero, y frente a él se abría la negrura de la noche atlántica, una página en blanco donde la tragedia empezaría a escribir sus primeras líneas con tinta de salitre y presentimientos.

El primer tañido de la campana que anunciaba el rancho no sonó a invitación, sino a una orden de claudicación. Gabino, arrastrado por la marea de cuerpos hambrientos y rostros cetrinos, se vio conducido hacia el comedor de tercera clase, un espacio de techos bajos donde el vapor de las ollas se condensaba en los mamparos, goteando como un llanto tibio y aceitoso sobre los comensales. La comida se servía en cuencos de peltre abollado, cuyo brillo metálico se había perdido bajo capas de uso y una higiene sumaria. El potaje, una amalgama informe de legumbres endurecidas y trozos de carne de procedencia incierta, exhalaba un aroma que recordaba a los establos que Gabino acababa de abandonar, pero despojado de la honestidad de la tierra.

Al llevarse la cuchara a los labios, sintió que no estaba ingiriendo alimento, sino la propia humillación de su casta. Aquella bazofia era el combustible necesario para que el Leviatán siguiera avanzando, pero también el recordatorio de que, para los dueños del barco, los hombres de tercera no eran sino carbón biológico, piezas de una maquinaria que solo interesaba en la medida en que pudieran ser entregadas, vivas o muertas, en los muelles de destino. Comió en silencio, con la vista clavada en las vetas del metal oxidado, sintiendo cómo el sabor del olvido se le instalaba en el paladar, desplazando definitivamente el recuerdo del pan de centeno de Rosa.

Frente a él, en la mesa corrida, se sentaba un hombre cuya fisonomía parecía tallada en el mismo granito de los acantilados asturianos, pero erosionada por una amargura oceánica. Se llamaba Silvestre y regresaba a Cuba tras un breve y desastroso intento de reintegrarse en su aldea natal. Sus manos, largas y sarmentosas, temblaban levemente al sostener el pan, como si cargaran con el peso invisible de todas las deudas contraídas en ambos lados del mar.

—No mires mucho el fondo del plato, muchacho —murmuró Silvestre, con una voz que sonaba como el arrastre de las cadenas sobre la cubierta—. Lo que ves ahí es el futuro de todos nosotros: un caldo aguado que nunca sacia y un destino que siempre nos queda grande. Yo también partí con los ojos encendidos como tú, creyendo que el azúcar se recogía con cuchara de plata. Y mírame ahora: vuelvo a la isla porque en mi propia casa ya no me reconocen ni los perros. El mar nos quita el nombre y nos devuelve convertidos en fantasmas de lo que pudimos ser.

Gabino escuchaba con un nudo en la garganta, viendo en aquel anciano el reflejo de una posibilidad que no se atrevía a nombrar. Silvestre era la personificación del "indiano fallido", el hombre que no trae oro sino historias de derrota, y su presencia en aquella mesa era un *memento mori* que oscurecía cualquier asomo de esperanza.

Al caer la noche, cuando el barco se adentró en las corrientes más profundas del Atlántico, el sonido de las máquinas se transformó en una sinfonía de demencia mecánica. Gabino regresó a su litera, pero el sueño le resultaba imposible. Bajo su espalda, el hierro vibraba con una frecuencia que parecía querer desintegrar su propia estructura ósea. No era un ruido exterior, sino una invasión del espacio íntimo; el rugido de las calderas se le antojaba el latido de un corazón negro y colosal que bombeaba sangre de fuel hacia las extremidades de acero del navío.

Imaginó a los fogoneros, hombres convertidos en sombras de hollín en el infierno de la sala de máquinas, alimentando sin descanso las fauces del monstruo. Aquella arquitectura del estruendo era la que permitía el progreso, pero a un precio que Gabino empezaba a comprender: la aniquilación de la paz espiritual. En la aldea, el silencio de la noche estaba poblado por el susurro de los árboles y el lejano rumor de los regatos; aquí, el silencio era un mito sepultado bajo toneladas de remaches y la furia constante del agua golpeando el casco. Era la prisión perfecta, una celda que se movía a nudos constantes hacia una incertidumbre que ya olía a salitre y a miedo.

Buscando un respiro a la opresión del dormitorio, Gabino subió a una pequeña sección de la cubierta permitida para los pasajeros de su clase, una suerte de balcón de proscritos asomado al abismo. El aire de la noche le golpeó el rostro con la fuerza de un látigo de escarcha, despejando la bruma de sus pulmones. Sobre él, el cielo no era el techo protector de Asturias, sino una bóveda infinita de estrellas frías y distantes, astros que no guiaban a los hombres, sino que daban fe de su soledad absoluta.

El mar, convertido en una llanura de obsidiana líquida, se extendía hacia la nada. Gabino observó la estela blanca que el barco dejaba a su paso, un rastro de espuma que se desvanecía en segundos, tal como sospechaba que se desvanecería su rastro en la memoria de los que quedaban en tierra. En esa inmensidad indiferente, comprendió que el océano no era una senda, sino un tribunal; un espacio donde la hidalguía de cuna no servía de nada y donde solo la resistencia del alma podía evitar el naufragio interior. Se sintió pequeño, una mota de polvo suspendida entre dos cielos oscuros, y por primera vez desde que salió del caserío, se permitió una lágrima, una gota de sal que se perdió en el Atlántico como una ofrenda minúscula a la tragedia que acababa de comenzar.

Fue en ese momento de desolación cuando Gabino, al mirar hacia arriba, hacia las cubiertas de primera clase protegidas por

ventanales de cristal y latón pulido, divisó por primera vez el mundo de los Ablanedo. A través del cristal, como en una escena de un teatro de sombras chinescas, vio el resplandor de las lámparas de araña y el movimiento grácil de las damas envueltas en estolas de piel. La risa de alguien —quizás la propia Carolina, aunque aún no supiera su nombre— pareció perforar el estrépito del viento, una nota cristalina que sonaba a un mundo prohibido.

La luz de aquellos salones se reflejaba en el mar, creando un camino de oro falso sobre las olas oscuras. Gabino sintió una punzada de envidia que no nacía de la codicia, sino de una profunda sensación de injusticia metafísica. ¿Por qué ellos habitaban en la luz y él en la sentina? ¿Por qué su esfuerzo de dieciocho años valía menos que el encaje de un vestido? Esa mirada furtiva hacia la opulencia fue la semilla de su futura perdición. El joven asturiano juró, con los puños cerrados contra la barandilla fría, que algún día él también caminaría por aquellos suelos de madera encerada, sin saber que para lograrlo tendría que entregar no solo su trabajo, sino la misma esencia de su integridad. Gabino regresaba a la oscuridad de la bodega, portando en sus retinas el brillo de una luz que acabaría por consumirlo todo.

CAPÍTULO 2

El abismo de espuma

El trasatlántico no navegaba; hería la masa del Atlántico con una proa que era un hacha de acero negro. Gabino, confinado en el vientre de la tercera clase, aprendió a leer la música de la maquinaria como si fuera el latido de un dios colérico. El sonido no era una constante, sino un organismo vivo: el silbido del vapor escapando por las válvulas, el crujido de las planchas de metal dilatándose por la fricción del agua y el rugido profundo de las hélices que trituraban la paz del océano. Cada vibración se transmitía a través de las suelas de sus botas, recordándole que su vida dependía de la integridad de mil remaches y de la vigilancia de hombres que nunca verían la luz del sol.

El aire en las cubiertas inferiores se había tornado en una sustancia densa, una mezcla de aceite quemado, efluvios de mareo y la humedad salina que se filtraba por las juntas. No había horizontes, solo mamparos pintados de un gris industrial que parecía absorber la poca luz que las escotillas permitían pasar. En ese confinamiento, la noción del día y la noche se desdibujaba, sustituida por el ritmo de las calderas y el reparto de un rancho que cada vez sabía más a serrín y olvido. Gabino pasaba las horas observando el movimiento del agua a través del cristal empañado, viendo cómo el mundo que conocía se disolvía en una sucesión infinita de crestas de espuma y abismos de azabache.

La inactividad era para él una tortura desconocida; sus manos, acostumbradas a la brega constante con la azada y el ganado, se sentían inútiles, dos animales extraños que buscaban un asidero en medio de aquella nada líquida. La mirada de sus compañeros de infortunio se había vuelto opaca, una galería de espejos rotos donde solo se reflejaba la fatiga.

Existía en el buque una frontera sagrada, una reja de hierro forjado que separaba la desolación de la tercera clase del fulgor de la primera. Gabino se acercaba a ella con la fascinación del condenado que contempla el paraíso desde los fosos. A través de los barrotes, el mundo cambiaba de textura: el acero basto dejaba paso a la madera de teca encerada, y el olor a fuel se evaporaba ante la fragancia de los perfumes caros y el aroma de los licores finos que flotaba en el aire como una promesa prohibida.

La tercera clase era una Babel de dialectos y desesperaciones. Gabino compartía su espacio con gallegos de manos sarmentosas, andaluces de mirada encendida y asturianos que, como él, portaban el olor del prado en la ropa. Era un crisol de la España que la historia había decidido orillar. La convivencia era una liturgia de la estrechez: el roce de los hombros en el pasillo, el intercambio de tabaco rancio como si fuera oro molido y el relato de sueños que, en la oscuridad del dormitorio común, sonaban a quimeras imposibles.

Silvestre, el "indiano fallido", se había convertido en la sombra de Gabino. Silvestre, era el otro tipo de indiano, el indiano inverso que regresaba a la isla con las manos vacías y el alma henchida de amargura. Se sentaba junto a Gabino en la hora del rancho, compartiendo un pan de una dureza pétrea que solo el hambre extrema lograba ablandar. Su voz, un susurro que parecía el arrastre de las hojas secas, era la única advertencia que Gabino recibía contra el espejismo de la gloria.

Silvestre le enseñó a distinguir el sonido de una tormenta que se gesta de la simple marejada, y a no confiar en la calma de la mar, que es la máscara de su mayor traición.

—Fíjate en esos hombres, Gabino —susurraba Silvestre, señalando a los emigrantes que jugaban a las cartas con una intensidad suicida—. Creen que viajan hacia la riqueza, pero viajan hacia el olvido de sí mismos. En Cuba, el sol quema los recuerdos antes que la piel. No dejes que la luz de los salones de arriba te ciegue; nosotros somos la madera que alimenta el fuego de sus

lujos. Gabino escuchaba, sintiendo que cada palabra de Silvestre era una advertencia grabada en piedra.

A medida que el barco se alejaba de las costas de las Azores y se adentraba en la soledad del mar abierto, la calidad del sustento empezó a declinar con una rapidez obscena. El pan, que al principio era una hogaza honesta, se transformó en un bizcocho de dureza pétrea, colonizado por pequeños gorgojos que eran la única carne fresca que los pasajeros de tercera veían en días. El agua de las cubas empezó a exhalar un aroma amoniacal, y el potaje de legumbres se redujo a un agua turbia donde flotaban las cáscaras de la negligencia.

El hambre, esa vieja compañera de Gabino, regresó con una ferocidad renovada, pero esta vez venía acompañada de la indignación. En las sombras de los pasillos, el murmullo de queja se transformó en un rugido sordo. Los hombres empezaron a afilar sus cuchillos de cocina y a mirarse con una complicidad sombría. Sabían que, unas cubiertas más arriba, las orquestas seguían tocando y los camareros servían perdices en fuentes de plata. La injusticia no era ya una teoría social, sino una sensación física en el estómago vacío. Gabino veía el brillo de la rebelión en los ojos de sus paisanos, una chispa que solo necesitaba un soplo de viento para incendiar el barco entero.

La chispa prendió una noche de niebla espesa, cuando un joven marinero intentó desalojar a empujones a un anciano que se asomaba a una barandilla prohibida. El grito del viejo fue la señal. De pronto, la tercera clase dejó de ser una masa sumisa para convertirse en una jauría. Gabino se vio arrastrado por la marea de hombres que forzaron las rejas de separación, armados con herramientas, palos y la rabia acumulada de siglos de servidumbre. El estrépito de los metales contra el acero del barco resonó como un trueno en medio del océano.

Gabino, movido por un instinto de protección hacia Silvestre, se encontraba en la vanguardia del tumulto. El choque con la

tripulación fue brutal. No hubo palabras, solo el sonido de los golpes y el jadeo de los hombres luchando en la penumbra. Gabino sintió el calor de la sangre ajena en sus manos y el impacto de una porra contra su hombro, pero la adrenalina le impedía sentir el dolor. En medio del caos, vio cómo un grupo de amotinados intentaba prender fuego a unas lonas cerca de los botes salvavidas. Comprendió con una lucidez aterradora que, si el fuego se propagaba, el barco sería el ataúd de todos, ricos y pobres. Con la fuerza de su juventud asturiana, se interpuso entre los incendiarios y el material inflamable, usando sus puños no para atacar, sino para evitar que la desesperación los hundiera a todos en el abismo.

Tras sofocarse la revuelta —una victoria amarga lograda por el agotamiento y la intervención del capitán y sus hombres armados—, Gabino fue conducido ante los estamentos superiores. No iba como un héroe, sino como un sospechoso que debía ser interrogado. Al cruzar el umbral que separaba la tercera de la primera clase, el choque sensorial fue casi insoportable. El olor a ozono y sudor fue sustituido por el aroma de los cigarros habanos, la lavanda y el cuero encerado. Sus botas manchadas de grasa y sangre pisaron alfombras que amortiguaban el sonido de la realidad.

Allí, en el gran salón de fumar, bajo el resplandor de lámparas de cristal que parecían llover estrellas, estaba **Matías Ablanedo**. El industrial era la personificación del orden que Gabino empezaba a odiar: un hombre de unos cincuenta años, con un traje de lino inmaculado que desafiaba la humedad del mar y una mirada de una frialdad geológica. Matías observó a Gabino como quien analiza una grieta en un muro de su propiedad.

—Me dicen que has evitado que tus iguales quemaran el barco, muchacho —dijo Matías, con una voz que era un susurro de autoridad—. Una decisión inteligente para alguien de tu... extracción. La gratitud es una moneda escasa en estos tiempos, pero yo sé valorar la utilidad.

Gabino no respondió; sus ojos se habían desviado hacia la joven que permanecía sentada a la sombra del industrial.

Era **Carolina**. Sentada con la espalda recta y la mirada perdida en un libro de pastas de seda, la hija de Matías parecía una criatura hecha de luz y aire, totalmente ajena a la violencia que acababa de sacudir las cubiertas inferiores. Su piel poseía la blancura de la porcelana fina y su cabello, recogido en un moño que dejaba ver la curva aristocrática de su cuello, brillaba bajo la luz eléctrica con el resplandor de la miel virgen.

Cuando ella alzó la vista y sus ojos se clavaron en los de Gabino, el tiempo se detuvo. Fue un segundo de una intensidad arrolladora: el mozo asturiano, tiznado de hollín y sangre, frente a la heredera de un imperio cimentado en la trata. Carolina no mostró asco, sino una curiosidad lánguida, un reconocimiento silencioso de que aquel joven poseía una fuerza que su mundo de seda nunca podría producir. Gabino sintió que su alma se desgarraba; el odio que sentía por Matías colisionaba frontalmente con la fascinación que le producía su hija. En ese salón de mármol, suspendido sobre la negrura del Atlántico, se selló el primer acto de una relación que no se detendría hasta que el último grano de azúcar hubiera sido pagado con sangre. Matías, notando la tensión, hizo un gesto despectivo para que se llevaran a Gabino, ignorando que acababa de presentar el verdugo a su propia víctima.

Tras el interludio de luz y mármol en los salones superiores, el regreso de Gabino a las entrañas del navío fue como un segundo destierro. El estrépito de la revuelta se había transmutado en un silencio espeso, preñado de una humillación que se mascaba en el aire. Los hombres de tercera clase, con los rostros tiznados por la pólvora y el hollín, evitaban la mirada de aquel joven que, a sus ojos, había pactado con los opresores para salvar la integridad de una máquina que los devoraba. Gabino se retiró a su litera, sintiendo en su propio costado el ardor de una herida que no era solo física. La sangre, ya seca sobre su camisa de lino, dibujaba un mapa de

costras purpúreas que él contemplaba con una mezcla de orgullo y asco.

El barco seguía su avance imperturbable, pero para Gabino la geografía del viaje había cambiado. Ya no era solo el mar lo que le separaba de Asturias, sino una barrera invisible de clase y desprecio que Carolina Ablanedo había personificado con su sola presencia. Silvestre le observaba desde la litera de enfrente, con los ojos hundidos en una penumbra de reproche. «Has probado el néctar de los dioses, muchacho, pero no olvides que para ellos solo eres el perro que guarda el portal», susurró el viejo. Gabino no respondió; en su mente, el resplandor de las lámparas de araña seguía bailando, una visión que empezaba a corroer sus raíces campesinas con la saña de un ácido lento.

Rumbo suroeste. A medida que el trasatlántico devoraba millas hacia poniente, el Cantábrico grisáceo había cedido su soberanía a un Atlántico de una transparencia inquietante, un azul eléctrico que parecía emitir una luz propia desde las profundidades abisales. El aire perdió su filo de escarcha para convertirse en un aliento húmedo y pesado, una caricia de vapor que se adhería a la piel como un sudario invisible. En las cubiertas inferiores, el calor se tornó en una tortura estancada; el metal de los mamparos emanaba una temperatura febril y el olor a fuel se volvía insoportable, asfixiando los pulmones de quienes buscaban un rastro de brisa en las escotillas.

Gabino pasaba las noches en vela, escuchando el jadeo de los hombres que se retorcían en sus jergones, víctimas de una sed que ninguna ración de agua amoniacal podía saciar. El cielo nocturno, poblado de constelaciones nuevas que él no sabía nombrar, se le antojaba una bóveda de cristal ardiente. En ese tránsito hacia la latitud del fuego, el joven asturiano sintió que su propia identidad se dilataba, como si el calor estuviera fundiendo el hierro de su voluntad para forjar algo distinto, algo que ya no pertenecía ni al valle de su infancia ni a la promesa de la aldea. La isla de Cuba, aún

invisible tras el horizonte, empezaba a ejercer su magnetismo de azúcar y muerte sobre su espíritu.

Fue en una de esas tardes de calina estancada cuando el destino, con su ironía de orífice, permitió un segundo encuentro. Gabino, autorizado a subir a la cubierta de transición para realizar labores de limpieza —un privilegio concedido por Matías como pago a su "lealtad" durante el motín—, se encontró a escasos pasos de Carolina. Ella caminaba bajo un quitasol de encaje que filtraba la luz solar, convirtiéndola en un dibujo de sombras chinescas sobre su piel de nácar. El joven se detuvo, con el trapo y el cubo de agua como únicos escudos de su dignidad herida.

Carolina se detuvo frente a él, ignorando las miradas reprobatorias de su aya, una mujer de negro que parecía custodiar la virtud con la rigidez de un inquisidor. Por un instante, el rugido del océano y el estrépito de las calderas parecieron desvanecerse.

—Mi padre dice que eres un hombre valiente, Gabino Felgueroso —dijo ella, con una voz que sonaba a cristal golpeado por el terciopelo—. Pero tus ojos dicen que eres un hombre que odia la cadena que le alimenta.

—La valentía en mi tierra es una necesidad, no un adorno, señorita —respondió él, sosteniendo la mirada con una hidalguía que la joven no esperaba encontrar bajo una ropa manchada de alquitrán—. Y el odio es lo único que nos queda cuando se nos arrebata hasta la sombra.

Ella sonrió de una forma imperceptible, un destello de curiosidad que Gabino guardó en su memoria como el tesoro más preciado de su naufragio personal.

En la cubierta intermedia, al regresar a la tercera clase Gabino miró a la cubierta superior una vez más. Entonces llegó Silvestre.

—No mires hacia arriba con tanto anhelo, muchacho —murmuró Silvestre, señalando con un dedo nudoso hacia la cubierta

de los Ablanedo—. Esa luz que ves no es para calentarte, es para cegarte. Matías Ablanedo no es un hombre, es una maquinaria de devorar sueños. Yo vi cómo compró mi aldea entera con lo que sacó de una sola zafra, y vi cómo nos expulsó a todos cuando ya no le servíamos para doblar el lomo. El azúcar que él produce tiene el sabor de la hiel porque se riega con la sangre de los que son como nosotros. Si te acercas a esa llama, Gabino, terminarás como yo: siendo un fantasma que no pertenece a ninguna tierra y que solo tiene el mar como mortaja.

A mitad de la travesía, el Atlántico decidió recordar a los hombres su soberanía absoluta. Una tormenta de proporciones bíblicas se abatió sobre el navío, convirtiendo el trasatlántico en una cáscara de nuez en medio de un torbellino de aguas negras y truenos ensordecedores. El barco se encabritaba como un semental herido, ascendiendo por montañas de agua que luego se desplomaban, dejando a los pasajeros en una ingravidez aterradora antes del impacto final contra la siguiente ola. En la tercera clase, el pánico se tornó en una liturgia de rezos y lamentos; los hombres se aferraban a las literas mientras el contenido de sus maletas rodaba por el suelo, mezclándose con el vómito y el agua que empezaba a filtrarse por las juntas de los mamparos.

Gabino sintió por primera vez la cercanía de la muerte, una muerte impersonal y fría que no conocía distinciones de clase. El rugido del océano era un grito que devoraba cualquier pensamiento. En ese caos de sombras y estruendo, la estructura del buque crujía con una angustia casi humana, un lamento de metal que parecía anunciar el fin de la travesía en el fondo de una fosa de coral. Fue en ese momento de terror absoluto cuando Gabino comprendió la futilidad de las ambiciones humanas; ante la furia del mar, la seda de Carolina y el arado de su padre eran igualmente insignificantes. Sin embargo, en lugar de la rendición, sintió que una fuerza nueva nacía en él: la determinación de sobrevivir para poder, algún día, enfrentarse no a las olas, sino a los hombres que se creían dueños de la tempestad.

Cuando la tormenta amainó y el barco entró en las corrientes cálidas del Mar de los Sargazos, la atmósfera cambió sutilmente. El aire se volvió pesado, saturado de una humedad que se sentía como una caricia húmeda y pegajosa en la garganta. El océano, antes una llanura de plomo, se llenó de algas errantes que flotaban como cabellos de una deidad sumergida, envolviendo al buque en una alfombra de verdor putrefacto. El sol, ahora un monarca absoluto de fuego, calcinaba las cubiertas y hacía que el interior del barco fuera un horno donde el aire parecía querer incendiarse en cada inspiración.

Gabino sintió que estaba mudando de piel. El joven que partió de Gijón con el frío de las montañas en la mirada estaba siendo cocido por el sol del trópico. Su rostro, antes pálido por la falta de sol y la mala alimentación, se tornó de un color cobrizo y sus facciones se endurecieron, adquiriendo una angulosidad que le otorgaba una apariencia de madurez prematura. El paraíso que Ceferino prometía en sus cartas empezaba a manifestarse con una belleza agresiva: una luz que no perdonaba la debilidad y una exuberancia que olía a vida y a descomposición al mismo tiempo. Al asomarse por última vez a la barandilla antes del avistamiento de Cuba, Gabino ya no veía el mar como un obstáculo, sino como el umbral de su propio teatro de sombras, donde el indiano estaba a punto de nacer sobre las cenizas del campesino.

Finalmente, tras semanas de una monotonía líquida que amenazaba con disolver la razón, el horizonte se quebró con la silueta de la tierra en lontananza. No fue una visión de paz, sino un estallido de colores y formas que hirieron los ojos acostumbrados a la grisalla del mar. El castillo de El Morro emergió de las aguas como un centinela de piedra vieja, guardando la entrada a un mundo que prometía gloria y exigía integridad. Horas después, la bahía de La Habana se abrió ante el navío como una boca hambrienta de oro y sueños.

Desde la borda, Gabino contempló la ciudad: una amalgama de cúpulas doradas, fachadas de colores pastel que la salitre había desgastado con una elegancia decadente y una vegetación de un verde tan violento que parecía querer devorar la piedra. El aire traía consigo un aroma nuevo, una mezcla de tabaco rancio, flores tropicales en descomposición y el olor dulzón de la melaza que lo impregnaba todo. Era el perfume del Nuevo Mundo, un aroma que sabía a oportunidad y a pecado. Mientras el trasatlántico maniobraba hacia el muelle, Gabino buscó con la mirada la figura de Carolina en la cubierta superior. La vio allí, saludando a la ciudad con un pañuelo de seda, recordándole que ella regresaba a su reino de privilegios mientras él desembarcaba en un laberinto de incertidumbres donde solo su machete y su ambición le servirían de guía.

El muelle de La Habana era un hervidero de humanidad convulsa. Estibadores de piel cobriza, funcionarios de uniforme impoluto que sudaban bajo el sol de justicia y una multitud de rostros de todas las razas que componían un mosaico de la ambición universal. Gabino, con su petate al hombro, descendió por la pasarela de tercera clase, sintiendo que el suelo firme se movía bajo sus pies con una inercia marina. El calor le golpeó el pecho como un mazo físico, una temperatura que no conocía la piedad y que hacía que cada esfuerzo fuera una lid contra el desmayo.

En medio del tumulto, vio cómo la familia Ablanedo era recibida con pompa aristocrática. Calesas de caballos negros y arneses de plata aguardaban a Matías y a su séquito. Carolina ascendió al carruaje con la ligereza de una aparición, desapareciendo tras las cortinas de damasco justo cuando Gabino pisaba finalmente el adoquín ardiente de la isla. El contraste era absoluto: ella se alejaba hacia los palacios de la Calzada del Cerro, rodeada de un lujo cimentado en la ignominia, mientras él quedaba solo en la orilla del mundo, un indiano de paja que debía aprender a caminar sobre las brasas de una tierra que no perdonaba la debilidad. La travesía terminaba con un Gabino mirando hacia el interior de la isla, hacia los cañaverales que le aguardaban con el

susurro de la fortuna y el eco de las tribulaciones que ya latían en sus sienes.

CAPÍTULO 3

El néctar de las sombras

Pisar tierra firme en La Habana no fue el alivio del náufrago, sino la entrada en un alambique de pasiones y calima. El suelo de la isla, un empedrado ardiente que parecía exhalar el calor acumulado desde la creación del mundo, recibió a Gabino con una hostilidad vibrante. El aire no se respiraba; se masticaba. Era una masa densa, saturada de una humedad que se adhería a la ropa de pana asturiana como un sudario de plomo, transformando la vestimenta de la aldea en una afrenta física contra el clima. El puerto era un caos de sonidos estridentes: el grito de los estibadores que portaban sacos de café como si fueran pecados capitales, el repicar de las campanas de las iglesias que llamaban a una fe que se batía en retirada ante el comercio, y el zumbido constante de una vida que se desarrollaba con una celeridad febril.

Gabino caminaba con el petate al hombro, sintiendo que sus sentidos se colapsaban. El olor de La Habana era una amalgama contradictoria: la fragancia embriagadora de las flores de azahar y jazmín colisionaba frontalmente con el tufo rancio de la melaza fermentada y el aroma acre del tabaco que todo lo inundaba. Era el perfume de una belleza en descomposición, una elegancia que escondía bajo sus faldas de cal y colores pastel la herrumbre de la injusticia. En cada esquina, los ojos oscuros de los locales escrutaban al joven "gallego" con una mezcla de lástima y sorna, reconociendo en su mirada de asombro el preludio de una desilusión que la isla se encargaría de administrar con la parsimonia de un verdugo.

El trayecto hacia la hacienda de su tío Ceferino fue una inmersión en una geografía de excesos. El carromato que lo transportaba avanzaba por senderos de tierra roja, una herida abierta en medio de una vegetación que no conocía el concepto de

la mesura. Los árboles, cuyas raíces se retorcían como serpientes de madera buscando el corazón de la tierra, proyectaban sombras inquietantes sobre el camino. El verde de la isla no era el verde sosegado de los valles de Asturias; era un verde agresivo, un estallido de vida que parecía querer devorar cualquier rastro de presencia humana.

Gabino observaba las palmas reales, que se erguían como columnas de un templo en ruinas, y sentía un vértigo existencial. La inmensidad del horizonte, roto solo por las chimeneas de los ingenios que escupían un humo negro y espeso, le recordaba su insignificancia. El sol, un soberano absoluto que no permitía sombras, le castigaba la nuca, provocándole una sed que no era solo de agua, sino de la frescura perdida de sus montañas. Cada legua recorrida le alejaba más de la inocencia, adentrándolo en un territorio donde la ley de la naturaleza se confundía con la voluntad de los señores del azúcar.

Al llegar a la hacienda, la visión de la casona de Ceferino fue el primer golpe a la arquitectura de sus ilusiones. No era el palacio de mármol que las cartas de su tío daban a entender, sino una construcción de madera noble y cal que la humedad y el tiempo habían teñido de una melancolía amarillenta. Las persianas, carcomidas por el salitre y el sol, colgaban como párpados cansados. Ceferino le recibió en el porche, sentado en una mecedora de mimbre que crujía con el ritmo de una agonía lenta.

El hombre que Gabino recordaba como un gigante de ambición era ahora un espectro de sí mismo. La piel de Ceferino se asemejaba al pergamino viejo, y sus ojos, velados por una catarata de desengaño, apenas lograban enfocar la figura de su sobrino. La riqueza de la que presumía en sus misivas existía, sí, pero bajo la forma de una prisión de deudas y compromisos que habían consumido su salud y su alegría.

—Has llegado, Gabino —murmuró Ceferino, con una voz que sonaba como el arrastre de hojas secas—. Bienvenido a la tierra

donde la dulzura se paga con la hiel del alma. No busques aquí la paz que dejaste en Asturias; aquí solo hay azúcar y la sombra de los que mueren para que nosotros bebamos ron.

Fue en ese momento de desolación cuando apareció de entre las sombras del corredor **Ernesto Mina**. El capataz mulato era la antítesis de la decadencia de Ceferino. Un hombre de mediana edad, con la piel curtida hasta adquirir la consistencia del cuero y una mirada que poseía la profundidad de un pozo sin fondo. Sus manos eran grandes, con los dedos marcados por las cicatrices de mil zafras, manos que sabían tanto de la caricia a la tierra como del rigor del mando. Ernesto no saludó con palabras, sino con un escrutinio que pareció desnudar la integridad de Gabino.

—Este es el muchacho del que hablabas, Ceferino —dijo Ernesto, con una voz de barítono que vibraba en el aire estancado—. Tiene los ojos limpios, pero esta tierra se encarga de ensuciar hasta el agua de la lluvia. Si quieres sobrevivir aquí, Gabino, tendrás que aprender a escuchar lo que el cañaveral susurra cuando el viento se calla.

Ernesto se convirtió desde ese instante en el mentor oscuro de Gabino. Representaba el conocimiento pragmático del dolor, el hombre que conocía cada centímetro de la plantación y cada secreto que los barracones guardaban bajo llave. En su figura, Gabino intuyó que la fortuna en Cuba no era un don de la suerte, sino un tributo que se extraía a base de sudor y una falta de escrúpulos que él aún no poseía.

Al día siguiente, bajo la dirección de Ernesto, Gabino fue conducido al corazón de la plantación. El cañaveral se desplegaba ante él como una marea verde de tallos infinitos que se mecían con un sonido sibilante, similar al murmullo de una multitud conspirando en la sombra. Ernesto le entregó un machete, una hoja de acero frío y afilado que pesaba en la mano de Gabino como una sentencia.

—Esto no es un arado, muchacho —sentenció el capataz—. Esto es la llave del reino y la guadaña del infierno. Aquí la caña no se corta; se conquista.

Gabino observó a los trabajadores: hombres de todas las sangres cuyos torsos brillaban bajo el sol, cubiertos de una pátina de polvo, sudor y jugo de caña. El ritmo de la zafra era una danza violenta y mecánica, un compás que no permitía el error ni el descanso. El olor era embriagador y repulsivo a la vez: la dulzura asfixiante de la caña recién cortada mezclada con el aroma de la tierra herida. En cada golpe de machete, Gabino sentía que estaba hiriendo no solo la planta, sino su propio pasado de pastor y labrador. El azúcar empezaba a reclamar su tributo, y el joven asturiano comprendió que en el centro de aquel verdor lujurioso latía una miseria que ninguna palabra de Ceferino había alcanzado a describir.

La jornada terminó cuando el sol se hundía en el horizonte como una herida sangrante. Gabino, con las manos llagadas y el espíritu exhausto, fue llevado por Ernesto cerca de los barracones de la mano de obra. Allí, el aire se tornaba más pesado, cargado de un resentimiento sordo que parecía emanar de las mismas paredes de madera carcomida. No eran hombres libres los que allí descansaban, sino seres cuya existencia estaba hipotecada a la deuda y a la necesidad más extrema.

—Mira bien sus rostros, Gabino —susurró Ernesto, señalando a un grupo de trabajadores que compartían un rancho de frijoles y arroz en absoluto silencio—. Muchos de ellos llegaron con el mismo brillo que tú en los ojos. Ahora solo son bagazo, los restos de la molienda que el ingenio escupe cuando ya no tienen jugo que dar. Tu tío se enriqueció porque aprendió a no ver sus ojos. Si tú quieres ser un terrateniente de verdad, tendrás que decidir si quieres ser el que empuña el machete o el que pone el cuello.

Esa noche, Gabino no pudo dormir. El calor era un abrazo asfixiante y el sonido de los grillos parecía una burla constante. En la

oscuridad, la imagen de Carolina Ablanedo se le apareció como un espejismo de seda blanca, pero ahora esa blancura le resultaba inquietante. Empezaba a sospechar que el lujo de la primera clase y la miseria del cañaveral eran las dos caras de una misma moneda de oro falso.

Mientras Gabino se hundía en la herrumbre de la plantación, la familia Ablanedo se instalaba en su quinta de recreo, una joya de arquitectura neoclásica que se alzaba sobre una colina ventilada, protegida de los miasmas del ingenio por una barrera de flamboyanes y laureles de Indias. La Quinta de los Ablanedo era un desafío al sentido común de la isla: allí, el aire no olía a azúcar quemada ni a sudor rancio, sino a una frescura artificial destilada por fuentes de mármol y por el riego constante de jardines que parecían haber sido arrancados de un rincón de la Provenza para ser trasplantados en el corazón del Caribe.

Carolina se movía por los salones de techos artesonados, donde el estuco imitaba la seda y las persianas de madera de cedro filtraban la luz, convirtiéndola en una penumbra dorada que protegía su piel del juicio del sol. Para ella, la riqueza de su padre era un paisaje estático, una condición de la naturaleza tan inevitable como el ciclo de las mareas. Ignoraba que cada columna de su palacio se cimentaba sobre la molienda de almas que Gabino empezaba a presenciar. En ese santuario de porcelanas y pianos de cola, el mundo exterior era solo un rumor lejano, un eco sordo que se perdía en el tintineo de las copas de cristal durante las cenas de gala donde Matías Ablanedo oficiaba como el sumo sacerdote de la prosperidad insular.

El azar, o quizás esa fatalidad que los antiguos llamaban destino, propició un nuevo encuentro cuando Gabino fue enviado por Ernesto Mina a la casa principal para entregar un despacho urgente destinado a Matías. El mozo asturiano, cuya ropa de trabajo ya empezaba a mimetizarse con el color de la tierra roja y cuyo rostro portaba el estigma del cansancio, cruzó el umbral del jardín

prohibido. El contraste fue un latigazo: el silencio solo roto por el agua de las fuentes, la sombra fresca de los pórticos y, de pronto, ese aroma. No era el olor dulzón de la caña, sino una fragancia de jazmín y algo antiguo, como de biblioteca cerrada, que anunciaba la presencia de Carolina.

Ella lo vio desde la balconada, donde fingía leer un libro de versos franceses. No hubo gritos ni llamadas a los criados. Carolina descendió las escaleras con una lentitud deliberada, permitiendo que Gabino contemplara la fluidez de sus movimientos, esa elegancia que no se aprende, sino que se hereda como un título de propiedad. Al quedar frente a frente, en medio de la luz tamizada por las enredaderas, la realidad del ingenio pareció disolverse. Gabino sintió que sus manos, callosas y sucias por la brega diaria, eran una afrenta a la pureza del entorno, pero Carolina no apartó la vista. En sus ojos claros, el joven no encontró el desprecio del amo, sino una curiosidad peligrosa, la fascinación de quien contempla por primera vez la fuerza bruta de una tierra que su clase solo se atrevía a dominar desde la distancia.

—No deberías estar aquí, Gabino —susurró ella, con una voz que vibraba en el aire estancado como una nota de violín—. Mi padre no tolera que los hombres de la zafra profanen el aire de su casa.

—El aire de esta casa se alimenta del aire que nos falta en el cañaveral, señorita —respondió Gabino, con una audacia que le sorprendió a él mismo—. He venido a entregar un papel, no a pedir una limosna de sombra.

—Hablas con una soberbia que no corresponde a tu estrato —replicó Carolina, pero una sonrisa imperceptible curvó sus labios—. Sin embargo, hay algo en tu mirada que no es de siervo. Dime, ¿qué busca un mozo de Asturias en este infierno dulce, aparte de la plata que mi padre reparte con cuentagotas?

—Busco el derecho a mirar de frente sin que me pesen los párpados, Carolina —dijo él, usando su nombre por primera vez, un sacrilegio que quedó suspendido en el aire como una promesa de guerra o de amor.

Aquel breve intercambio, rodeado por el murmullo de la servidumbre que observaban desde la penumbra, fue el acta de fundación de su romance. Un amor que nacía no de la afinidad, sino del choque de dos imposibilidades. Carolina, atraída por la autenticidad rugosa de Gabino, y él, seducido por la luz que ella representaba, pactaron sin palabras un encuentro futuro, una cita en los límites donde el jardín civilizado moría ante la selva indómita.

La consolidación de su relación se llevó a cabo en la penumbra de los atardeceres, en un rincón olvidado de la hacienda donde el río de la propiedad se perdía en un manglar de raíces retorcidas. Allí, lejos de la vigilancia de Matías y de los prejuicios de Margarita Allende, Gabino y Carolina empezaron a construir un mundo de palabras compartidas. Gabino le hablaba de las montañas de Asturias, de la nieve que cubría los picos y del frío que purificaba el alma, mientras ella le descubría los secretos de una isla que, bajo su superficie de paraíso, escondía un engranaje de horror que ella apenas empezaba a vislumbrar a través de los relatos del joven.

Sin embargo, el idilio estaba empañado por las revelaciones que Ernesto Mina seguía administrando a cuentagotas en el ánimo de Gabino. Una noche, mientras el mozo regresaba de uno de sus encuentros clandestinos, Ernesto lo interceptó cerca del trapiche.

—Cuidado, Gabino. Estás besando la mano que sostiene el látigo —dijo el capataz, con una amargura que el ron no lograba apagar—. ¿Crees que la seda de Carolina es tan blanca por naturaleza? Pregúntale a tu tío por qué ciertos barcos descargan en la cala de los Ablanedo al amparo de la luna nueva. Pregúntale qué carga traen esos navíos que no figura en los libros de la aduana.

La sospecha, una semilla de arsénico, quedó plantada en el corazón de Gabino. Empezaba a comprender que su amor no era un refugio, sino una traición a los hombres con los que compartía el sudor en el cañaveral.

Los días se sucedían y la molienda estaba en su apogeo. El ingenio funcionaba día y noche, una maquinaria voraz que exigía un flujo constante de caña para producir ese azúcar que Matías Ablanedo vendía en los mercados de Europa como la quintaesencia de la civilización. Gabino, bajo la supervisión de Ernesto, se encargaba de vigilar las calderas, donde el jugo de la caña hervía hasta convertirse en una melaza espesa y oscura. El calor era tan intenso que el aire se curvaba en visiones febriles, y el olor dulce de la molienda se tornaba en una exhalación fétida de fermentación y sacrificio.

Un día, en la penumbra del despacho de Ceferino, un templo de maderas nobles donde el aire se espesaba con el hálito denso de la melaza y el aroma a cedro de los puros, se fraguaba un pacto que olía a sudor y a oro viejo. Gabino, apostado cerca de la puerta como un espectador accidental de su propio destino, observaba a Matías Ablanedo. El industrial, envuelto en una guayabera de lino tan blanco que resultaba insultante frente a la negrura de los ingenios, examinaba los sacos de azúcar con la meticulosidad de un cirujano y la frialdad de un prestamista.

—Este blanco cristalino, Ceferino, es el único lenguaje que entienden en Europa —sentenció Matías, dejando que los granos se deslizaran entre sus dedos como una clepsidra de dulzor amargo—. Mis contactos en los puertos de Amberes y Liverpool aguardan el flete. Ellos no preguntan de dónde sale la caña, solo exigen que la pureza sea absoluta.

Ceferino asintió con una mezcla de orgullo y cansancio, ajeno a la mirada de ave rapaz con la que su socio recorría las estancias. Para Matías, el azúcar era solo el vehículo; su verdadera ambición, esa sed mineral que no se saciaba con el ron, eran las tierras de los

Felgueroso. Mientras hablaba de rutas comerciales y aranceles, sus ojos se demoraban en los linderos que se divisaban tras el ventanal, midiendo con la precisión de un agrimensor la extensión de aquel valle que aún se le resistía.

Ablanedo no veía en aquella plantación un hogar o un legado, sino una pieza que faltaba en su tablero de dominación. En su mente, cada palmo de tierra de Ceferino era una afrenta a su propio poder, una frontera que deseaba borrar para que su imperio no conociera límites. La codicia de Matías no era un impulso vulgar, sino una estructura lógica y despiadada: necesitaba que Ceferino fuera su proveedor hasta él que pudiera convertirse en su sepulturero, aguardando el momento en que una mala cosecha o una deuda inoportuna le permitieran devorar la finca con la misma parsimonia con la que un depredador aguarda el último aliento de su presa.

Gabino sintió entonces un escalofrío que no pertenecía al clima tropical. Comprendió que su tío, en su afán de prosperar, había abierto las puertas a un Leviatán que no se conformaría con el diezmo de la cosecha, sino que reclamaría, tarde o temprano, la raíz misma de su existencia.

Fue en una de esas jornadas agotadoras cuando Gabino vio a Matías Ablanedo descender a la sala de máquinas. El industrial caminaba con una elegancia gélida, observando el proceso con la indiferencia de quien cuenta monedas de oro. A su lado, Nuño Freije, su mano derecha, portaba un registro donde anotaba las mermas de la jornada, no de azúcar, sino de "piezas". Gabino comprendió entonces que en el lenguaje de los Ablanedo, los seres humanos eran solo unidades de producción, bagazo que se desechaba una vez extraído su jugo vital. La dulzura que Carolina le ofrecía en sus besos era, en realidad, el producto de un sacramento de sangre y hierro. La tragedia empezaba a adquirir su forma definitiva: Gabino amaba a la hija del monstruo que devoraba su mundo, y la luz de Carolina empezaba a revelarse como el resplandor de un incendio que se disponía a consumirlos a todos.

La noche en la isla no traía consigo el descanso, sino una vigilia febril donde la naturaleza parecía conspirar con el crimen. Gabino, guiado por un Ernesto Mina que se movía entre la maleza con la agilidad de una sombra antigua, se alejó de los resplandores del ingenio hacia la costa norte de la propiedad. Allí, donde la vegetación se espesaba hasta volverse una muralla de raíces retorcidas y manglares que exhalaban un vaho de descomposición, se ocultaba la "Cala de los Ablanedo". El aire, saturado de salitre y del aroma acre del tabaco silvestre, pesaba sobre los hombros de Gabino como una advertencia física.

De pronto, un sonido que no pertenecía al ecosistema de la selva rasgó el silencio: el chirrido de una polea oxidada y el chapoteo rítmico de los remos hiriendo el agua estancada. En la penumbra, una silueta de madera y lona negra se recortó contra el horizonte plateado por una luna enferma. No era un barco mercante; era un clíper de líneas afiladas, diseñado para la velocidad y el sigilo, una nave que no transportaba tejidos ni maquinaria, sino una carga que la ley de los hombres prohibía pero que la codicia de Matías Ablanedo exigía con la voracidad de un ídolo pagano. Gabino sintió un escalofrío que no nacía de la brisa marina, sino del presentimiento de que estaba a punto de presenciar el acta de defunción de su propia inocencia.

Bajo la supervisión de **Nuño Freije**, el capataz de Matías, cuya figura se erguía en el muelle natural como un heraldo de la muerte, comenzó el desembarco. Lo que Gabino vio a través de la maleza no fueron hombres, sino espectros de carne y hueso, encadenados por los tobillos en una hilera de lamentos sordos. Eran las "piezas de ébano", seres humanos reducidos a la condición de bultos que se tambaleaban al pisar tierra firme tras meses de confinamiento en las sentinas infectas del navío. El olor que emanaba de la bodega del barco era una bofetada de podredumbre, una mezcla de disentería, miedo y muerte que se instaló en las narices de Gabino para no abandonarlas jamás.

Nuño Freije recorría la fila con una fusta en la mano, golpeando los hombros de aquellos que caían de rodillas por el agotamiento. Su risa, seca y carente de rastro humano, resonaba entre las rocas como el eco de un juicio final. Gabino apretó los puños hasta que sus uñas se clavaron en sus palmas; cada eslabón que tintineaba en la oscuridad era un clavo en el ataúd de la moralidad de los Ablanedo. Comprendió en ese instante que el piano de Carolina, sus vestidos de seda y el vino caro que Matías servía en su mesa, estaban pagados con el precio de aquellas cadenas. La dulzura del azúcar que él mismo ayudaba a producir era, en realidad, el refinamiento de aquel horror absoluto.

—¿Lo ves ahora, muchacho? —susurró Ernesto Mina a su lado, con una voz que no contenía sorpresa, sino una resignación amarga —. Esto es lo que sostiene el imperio de Matías. Oficialmente, la esclavitud se abolió a finales del pasado siglo, pero como ves la trata sigue viva bajo la superficie de los tratados y los papeles de La Habana. Cada grano de azúcar que enviamos a Europa lleva el estigma de este muelle.

—Es una monstruosidad, Ernesto —respondió Gabino, con la voz quebrada por una náusea que le subía desde el estómago—. ¿Cómo puede Carolina vivir en esa casa sabiendo que el suelo que pisa está abonado con esta miseria?

—Ni Carolina ni su madre saben nada porque Matías ha construido un palacio de espejos para ellas —replicó el capataz, encendiendo un cigarro cuyo resplandor iluminó por un segundo sus facciones de piedra—. Pero tú sí lo sabes. Y ahora tienes que decidir: ¿vas a ser el que rompa los espejos o el que ayude a Matías a mantenerlos limpios? Ten cuidado, Gabino. La verdad en Cuba es un veneno que mata más rápido que la víbora.

La mirada de Ernesto era un espejo de la propia dualidad de Gabino. El mozo asturiano se sentía ahora un traidor; traidor a sus compañeros de zafra por callar, y traidor a Carolina por amarla mientras odiaba la fuente de su bienestar. El amor, que hasta

entonces había sido un refugio de luz, se tornó de pronto en un vínculo tóxico, un sacramento que le unía indisolublemente a la estirpe de los verdugos.

Al día siguiente, Gabino acudió a su cita clandestina con Carolina con el alma llagada. El jardín de las buganvillas, que antes le parecía un paraíso de colores vibrantes, se le antojó ahora un cementerio de flores que ocultaba el hedor de la cala. Carolina le esperaba con un vestido de lino azul, cuya ligereza contrastaba con la pesadez del ánimo del joven. Al verle llegar, ella notó de inmediato la sombra que habitaba en sus ojos.

—Parece que has visto al diablo, Gabino —dijo ella, intentando acariciar su mejilla con una mano que él esquivó con un movimiento brusco.

—He visto algo más que al diablo, Carolina. He visto el origen de vuestra fortuna —respondió él, con una dureza que hizo que la joven retrocediera como si hubiera recibido un golpe físico.

—No entiendo tus palabras. Mi padre es un hombre de negocios, un pilar de esta isla...

—Tu padre es un negrero, Carolina. Anoche, mientras dormías entre sábanas de hilo, él desembarcaba hombres encadenados en la cala. Vuestro lujo es el sudor de los agonizantes.

Carolina guardó silencio, y por un instante, la máscara de la ingenuidad aristocrática pareció agrietarse, revelando una angustia que ella misma se negaba a reconocer. En ese jardín de fragancias exquisitas, la verdad de Gabino actuó como un incendio que empezaba a devorar las cortinas de humo del palacio de los Ablanedo.

La conversación se prolongó bajo el palio de la luz crepuscular que teñía el cielo de un rojo violento, un color que a Gabino le recordaba la sangre de los látigos de Nuño. Carolina, dividida entre la lealtad filial y la incipiente pasión por el asturiano, lloró con una

amargura que no nacía de la culpa, sino del miedo a que su mundo de cristal se hiciera añicos.

—Si eso es cierto, Gabino, entonces mi vida es una mentira —sollozó ella, buscando refugio en los brazos de un hombre que ahora la miraba con una mezcla de piedad y rencor.

—Tu vida es el premio de un crimen, Carolina. Y yo, al amarte, me he convertido en cómplice de ese crimen —sentenció él.

—No te creo Gabino, eso que cuentas no puede ser cierto. —negó la joven, sellando con un beso amargo el inicio de su caída común.

Aquel encuentro fue el establecimiento de una tregua precaria sobre un abismo de secretos. Gabino comprendió que ya no podía ser el simple mozo de Asturias; ahora era un cazador en el territorio del lobo, un hombre que debía jugar a la doblez para destruir a Matías desde dentro sin perder en el proceso la luz de Carolina. Gabino miró hacia la mansión de los Ablanedo, que brillaba en la colina como una joya maldita, mientras en sus oídos seguía resonando, eterno y rítmico, el tintineo de las cadenas en la cala de los suspiros.

CAPÍTULO 4

El Alambique de las Culpas

La Habana de 1941 no era ya la ciudad que Gabino Felgueroso había imaginado en sus noches de vigilia en la sentina del trasatlántico. Era un organismo de piedra y salitre que jadeaba bajo un sol que no iluminaba, sino que calcinaba las voluntades. El aire, espeso como un jarabe de melaza, se adhería a la piel con la persistencia de un pecado antiguo, y en los campos de los Ablanedo, el susurro de la caña de azúcar al moverse por el viento no sonaba a prosperidad, sino al roce de mil cadenas invisibles que nunca terminaron de romperse.

Gabino se encontraba en el centro de aquel imperio de dulce amargura, observando cómo la fortuna de Matías Ablanedo crecía con la misma obscenidad que las lianas en la selva. Habían pasado meses desde su llegada, y su ascenso en la confianza del industrial le permitía ahora moverse por rincones de la hacienda que antes le estaban vedados. Pero el privilegio, en aquella tierra, siempre venía escoltado por el horror. Su mente no podía olvidar lo que había visto. Sin embargo, su amor por Carolina parecía haber nublado su razón.

La vida de Gabino no era sencilla. El remordimiento que habitaba el alma de Gabino desde aquella noche en la que fue testigo de un desembarco de hombres esclavos fue un revulsivo, pero no lo bastante eficaz como para emprender más acciones.

Quizás en lo más profundo de su ser quería creer que aquello solo fue un mal sueño. Sin embargo, el muchacho de ojos vivarachos no podía dejar pasar aquel espanto sin tomar acción decidida. Habérselo contado a Carolina no era suficiente. Ella nunca acabaría de creer aquello. La lealtad a un padre que tenía entronizado pesaría más que cualquier cosa dicha por un pretendiente.

El joven quiso volver a cerciorarse y fue una tarde de bochorno insoportable, de esas en las que el cielo cobra un color de cobre viejo antes de la tormenta, cuando Gabino, con el pretexto de buscar el rastro de una partida de fertilizantes extraviada, se internó en la zona norte de la propiedad, más allá de los límites donde el ingenio moderno terminaba y empezaba la manigua. Allí, donde los mapas de la legalidad parecían desdibujarse bajo el peso de la vegetación, encontró unas construcciones que el tiempo y la desidia debían de haber devorado hace décadas. Eran los antiguos barracones, vestigios de una era que la ley de 1886 pretendía haber sepultado bajo el manto de la civilización.

Sin embargo, al acercarse, Gabino no percibió el silencio de las ruinas, sino el latido sordo de una vida clandestina. Un hedor a miseria y a cuerpos hacinados, un olor que le devolvió de golpe a los establos más oscuros de su Asturias natal, pero multiplicado por el calor febril del trópico. Al asomarse a través de las maderas carcomidas, su corazón, aquel músculo que aún guardaba la pureza del aire de las montañas, sufrió una arritmia de espanto.

No eran espectros lo que habitaba en la penumbra. Eran hombres y mujeres de piel ébano, cuyos ojos, hundidos en cuencas de absoluta desesperanza, reflejaban una verdad que la República de Cuba negaba en sus salones de mármol: la trata seguía viva, alimentada por el oro de Matías y el silencio de las autoridades compradas. Aquellos seres, traídos en barcos que navegaban por rutas de sombra, eran el engranaje oculto del reloj de seda que vestía Carolina.

—Dios nos perdone... —susurró Gabino, sintiendo que sus botas, compradas con el sueldo de Matías, se hundían en un barro que sabía a sangre.

Su soliloquio interno se convirtió en un torbellino de reproches. Se vio a sí mismo en el espejo de su conciencia: un joven ambicioso que había cruzado el océano para huir del hambre, solo para acabar alimentándose de la carroña de la esclavitud. ¿Cómo podía besar los

labios de Carolina, que sabían a frutas frescas y a promesas de futuro, sabiendo que cada una de sus joyas era el precio de un latigazo en la espalda de un semejante? La imagen de Carolina, su pureza aparente, su risa cristalina en los bailes de La Habana, se le antojó de repente una máscara de porcelana sobre un pozo de podredumbre.

Pero el destino, que en la tragedia no conoce la piedad, tenía reservada una segunda bofetada para el asturiano. Siguiendo el rastro de una vereda oculta por helechos gigantes, Gabino llegó a una pequeña construcción apartada, una casita de madera pintada de un blanco hipócrita que contrastaba con la oscuridad del bosque circundante. La puerta estaba entreabierta, dejando escapar el eco de una nana cantada con una voz que portaba el peso de un continente lejano.

En el interior, iluminada por un rayo de sol que se filtraba entre las persianas, descubrió a Celia. Era una mujer de una belleza exuberante y dolorosa, cuya piel negra brillaba con la suavidad del obsidiana. En su regazo dormía una niña pequeña, un milagro de cinco años cuya piel era el color de la canela mezclada con la leche, una mulata de ojos inmensos que guardaban, para espanto de Gabino, la misma forma y el mismo brillo que los ojos de Matías Ablanedo.

La verdad le golpeó con la fuerza de una galerna en el Cantábrico. Aquella niña era la carne de Matías, la prueba viviente de su doble moral, de su lascivia y de su desprecio por cualquier ley humana o divina. Marina, así llamó la mujer a la niña al despertarla con un beso, era la hermanastra de su amada Carolina, un secreto guardado en el vientre de la manigua para no manchar el apellido de los industriales de pro.

Gabino retrocedió, ocultándose entre la espesura. Sentía que el suelo de la isla era una trampa de arena movediza que amenazaba con engullirlo. Se debatía entre el amor febril que sentía por Carolina, una pasión que le vinculaba a la luz y a la ascensión

social, y la lealtad a la verdad, esa carga insoportable que su padre, Damián, le había enseñado a honrar en medio de la miseria de la aldea.

"¿Qué soy ahora?", se preguntaba en la soledad de su habitación aquella noche, mientras las sombras de los ventiladores de techo giraban como buitres sobre su cabeza. "¿Soy el hombre que denunciará la ignominia o el cobarde que guardará silencio para comprar su entrada en el paraíso de los negreros? Si callo, Marina será una sombra eterna y Celia una esclava en vida. Si hablo, perderé a Carolina y mi mundo se convertirá en un incendio".

La tragedia de Gabino Felgueroso no había hecho más que empezar. El néctar que tanto ansiaba probar se había revelado como una pócima de veneno lento, y en el horizonte, las nubes de tormenta empezaban a descargar los primeros rayos de una justicia que, de ser tal, solo traería consigo la ceniza y el olvido.

El jardín de los Ablanedo, bajo la luna de plata de aquella noche, parecía un escenario diseñado para el olvido. Las buganvillas, de un violeta tan intenso que bordeaba lo fúnebre, trepaban por las columnas de mármol como si quisieran asfixiar la piedra. Gabino aguardaba junto a la fuente, cuyo murmullo constante le resultaba ahora insoportable, como el eco de mil voces susurrando secretos bajo el agua. Llevaba en el pecho una piedra que no era de este mundo; era la carga de la verdad, una sustancia que pesa más que el plomo y que quema más que el aguardiente.

Cuando Carolina apareció, envuelta en un vestido de lino blanco que capturaba la luz astral, Gabino sintió un latigazo de piedad. Ella caminaba con la ligereza de quien se cree habitante de un paraíso legítimo, sin saber que sus pies hollaban un suelo abonado con la desesperación de los inocentes.

—Gabino, pareces un espectro bajo este laurel —dijo ella con preocupación—. ¿Qué sombra te ha robado la voz? ¿Vienes a contarme otra vez cosas horribles que dicen ha hecho mi padre?

Él no respondió con palabras, sino con un gesto que tenía la solemnidad de un veredicto. Le tomó la mano —esa mano de dedos largos y pulcros que nunca habían conocido el callo ni la miseria— y la condujo lejos de la claridad de los faroles, hacia la espesura que guardaba los confines de la hacienda. Carolina, extrañada pero dócil ante el magnetismo desesperado de su amante, le siguió en silencio, mientras el crujir de las hojas secas bajo sus pasos sonaba como el estrépito de una traición.

—Hay verdades, Carolina, que no se pueden decir con la lengua, porque la lengua se pudre antes de terminarlas —comenzó Gabino, con una voz que parecía extraída de las profundidades de una mina—. Tu padre no es el hombre que preside los banquetes en La Habana. Tu padre es un arquitecto de la agonía.

—Calla, Gabino. Estás febril —replicó ella, intentando soltarse, pero la mano del asturiano era ahora un grillete de hierro—. Mi padre es el progreso de esta isla, el motor de la industria...

—Tu padre es un negrero, Carolina. Un hombre que compra almas prohibidas por las leyes de Dios y de los hombres para que tú puedas vestir seda y yo pueda soñar con ser un indiano de provecho.

Llegaron al límite de la manigua, allí donde el aire se volvía rancio y el sonido de la fiesta en la casona era solo un zumbido lejano. Gabino la obligó a mirar a través de la maleza hacia los barracones clandestinos. En la penumbra, iluminados apenas por un candil agonizante, se divisaban las siluetas de los hombres traídos en el último barco. El sonido del hierro chocando contra el hierro, el lamento sordo de un idioma lejano que reclamaba justicia a un cielo mudo, golpeó los oídos de la joven como una blasfemia.

Carolina se llevó las manos a la boca, ahogando un grito. Sus ojos, acostumbrados a la simetría de los salones y a la armonía de las óperas, se dilataron ante la visión de aquella humanidad

degradada, reducida a la condición de ganado bajo el estandarte de su propio apellido.

—No puede ser... La trata terminó hace décadas —susurró ella, temblando como una hoja en medio de la galerna—. Esto es una pesadilla, Gabino. Dime que es un delirio de tu mente.

—Ojalá lo fuera —respondió él con amargura—. Pero la pesadilla tiene un rostro aún más íntimo. Ven.

La condujo entonces hacia la casita blanca, la pequeña prisión de lujo donde Celia y Marina aguardaban su ración de olvido. Al asomarse por la ventana, Carolina vio a la mujer afroamericana cepillando el cabello de la niña. La luz de la luna entró de soslayo en la habitación, iluminando el perfil de la pequeña Marina. El parecido era tan obsceno, tan absoluto, que no cabía lugar a la duda: era la estampa de Matías Ablanedo moldeada en una arcilla más oscura.

El silencio que siguió fue más violento que cualquier tempestad. En ese instante, el mundo de Carolina Ablanedo se fracturó. La imagen de su padre —aquel hombre que la besaba en la frente antes de dormir y que le prometía un futuro de reinas— se desintegró, dejando paso a la figura de un monstruo polifacético: un negrero, un adúltero, un hombre que mantenía a su propia sangre en la semiclandestinidad de la selva.

—Esa niña... esa niña es mi hermana —dijo Carolina, y sus palabras cayeron como gotas de vitriolo sobre su propio corazón—. Mi padre ha sembrado esta tierra de pecados y nosotros hemos estado comiendo sus frutos.

Se volvió hacia Gabino, y en su mirada ya no había amor, sino una mezcla de horror y reproche. En la lógica retorcida del dolor, Carolina no odiaba en ese momento a su padre, sino al mensajero que le había arrebatado la venda de los ojos. Le miró como se mira a quien acaba de incendiar tu casa para enseñarte que los cimientos estaban podridos.

—¿Por qué me has hecho esto? —preguntó ella, con una voz que ya no era la de la joven enamorada, sino la de una mujer herida de muerte por la realidad—. Hubiera preferido vivir en la mentira mil años antes que llevar este fuego en las entrañas.

—Porque no se puede construir un hogar sobre un osario, Carolina —respondió Gabino, aunque sabía que, al decir esto, estaba dinamitando el único puente que le unía a la esperanza—. Te lo he mostrado porque te amo, y porque mi alma asturiana no puede respirar este aire cargado de cadenas.

Carolina retrocedió, alejándose de él como si Gabino fuera la personificación de la tragedia que acababa de descubrir. Se envolvió en su vestido blanco, que ahora le parecía una mortaja, y sin decir una palabra más, echó a correr hacia la mansión, dejando al joven solo en medio de la manigua, entre el olor a esclavitud y el sabor amargo de una verdad que acababa de convertir su amor en un campo de cenizas.

Gabino permaneció allí, escuchando cómo el bosque recuperaba su silencio de tumba. Sabía que aquella noche se había cerrado un capítulo de su vida y que la guerra contra Matías Ablanedo ya no era una cuestión de negocios, sino una lid por la salvación de su propia decencia. Lo que no sabía era que el odio de una mujer que ha perdido su inocencia es más peligroso que el látigo de cualquier negrero.

Al día siguiente, Gabino decidió llevar a la acción lo que su conciencia le dictaba, pero la justicia en La Habana no habitaba en los frontispicios de mármol de los palacios oficiales, sino en el humo de los cigarros de los ujieres y en el tintineo de las monedas que cambiaban de dueño bajo las mesas de caoba. Gabino Felgueroso, portando su verdad como quien lleva una brasa encendida entre las manos, comprendió pronto que denunciar a Matías Ablanedo no era un acto de fe, sino una inmolación.

Caminó hacia el Palacio de Justicia con la rigidez de un condenado. El aire de la ciudad, saturado de salitre y de la arrogancia de los vivos, parecía oponerse a su avance. En su bolsillo guardaba un pliego de descargos redactado con una caligrafía temblorosa, donde denunciaba la existencia de los barracones de la zona norte y el rastro de sangre de la trata ilegal. Era su ruptura definitiva con el sueño del indiano próspero; era, en esencia, el suicidio de su ambición.

—Vengo a poner en conocimiento de la autoridad un crimen contra la ley de abolición —dijo Gabino ante un funcionario cuyo rostro parecía tallado en el desinterés más absoluto.

El hombre ni siquiera levantó la vista del legajo que firmaba. El silencio que siguió fue solo interrumpido por el ventilador de techo, que cortaba el aire con un sonido rítmico, como una guillotina que nunca llegaba a caer.

—En esta isla, joven, la ley es un concepto elástico que se estira o se encoge según el peso del oro que se le ponga encima —respondió finalmente el burócrata, dedicándole una mirada de profunda lástima—. ¿Sabe usted contra quién se levanta? Matías Ablanedo no es un hombre; es una institución.

Aquel fue el preludio de un calvario administrativo que se dilató durante meses de un litigio agónico. Gabino se vio envuelto en una tela de araña de citaciones, careos y silencios comprados. La maquinaria de Ablanedo se puso en marcha con una precisión quirúrgica. El dinero del azúcar empezó a fluir por las alcantarillas del sistema: jueces que olvidaban testimonios, inspectores que encontraban los barracones vacíos y recién encalados el día de la inspección, y testigos que, de la noche a la mañana, padecían súbitas amnesias o desaparecían en los vapores del puerto.

Gabino asistía a las sesiones del tribunal sintiendo que la realidad se desintegraba ante sus ojos. Veía a Matías sentado en el banquillo, no con la humildad del acusado, sino con la soberbia del

dueño de la finca. El industrial, impecablemente vestido con su traje de alpaca blanca, le observaba con una frialdad reptiliana, una mirada que prometía una agonía lenta y minuciosa.

Sin embargo, el escándalo fue demasiado ruidoso para ser sofocado por completo. En el fragor de los interrogatorios, impulsados por un fiscal que aún conservaba algún resto de decencia o quizás una ambición política contraria a los Ablanedo, salió a la luz la existencia de Celia y Marina. La noticia de la amante afroamericana y la hija mulata del gran terrateniente corrió por los salones de La Habana como un reguero de pólvora, transformando el proceso judicial en un banquete de murmuraciones.

La humillación para la familia fue absoluta. Margarita Allende, la esposa de Matías, se convirtió en el centro de todas las miradas en las misas dominicales. La sociedad habanera, experta en el arte de la hipocresía, la compadecía con una crueldad refinada. Margarita, una mujer forjada en el orgullo de los apellidos limpios, recibió el impacto de la traición con una rigidez de estatua de sal. En la intimidad de la mansión, el silencio se instaló como un moho negro que todo lo corrompía. A pesar de la evidencia de la infidelidad y de la ignominia de la trata, Margarita no se separó. El miedo a las habladurías, el pavor a perder el estatus y el mandato sagrado de las apariencias la encadenaron a un matrimonio que ya solo era una cáscara vacía, un sepulcro blanqueado donde el amor había sido sustituido por un odio sordo y perenne.

Matías Ablanedo fue finalmente exculpado. Las influencias pesaron más que las pruebas, y los sobornos terminaron por cegar a la justicia. Pero la victoria le resultó amarga y costosa. Había perdido una fortuna en su defensa y en el pago de voluntades, y su prestigio social había quedado herido bajo la sospecha de lo ilícito.

Al salir del palacio, el día en que se dictó la sentencia de absolución, Matías se detuvo frente a Gabino. El sol de mediodía caía vertical sobre ellos.

—Has intentado quemar mi casa, asturiano —dijo Matías con una voz que era un susurro de hiel—. Has manchado mi nombre y has perturbado la paz de mi hogar. Has olvidado que en esta tierra, el azúcar se refina con sangre, y que yo soy el dueño de los trapiches.

—Solo he buscado la verdad, don Matías —respondió Gabino, aunque su voz sonaba ya a derrota.

—La verdad es un lujo que los muertos no pueden permitirse —sentenció Ablanedo—. Te juro por el alma de mis antepasados que desearás no haber nacido nunca. Te quitaré el aire, la tierra y hasta el recuerdo de quien fuiste. Mi venganza no será un rayo, sino una lluvia ácida que te consumirá poco a poco.

Gabino observó cómo el carruaje de los Ablanedo se alejaba, dejando tras de sí una nube de polvo que le obligó a cerrar los ojos. Se sintió más solo que nunca, un extranjero en una isla que le repudiaba por haber intentado ser justo. La justicia se había revelado como un bazar de voluntades, y él, en su ingenuidad de muchacho de aldea, había intentado comprarla con la moneda de la honradez, una divisa que en La Habana de aquellos días carecía de valor.

La mansión de los Ablanedo, tras el veredicto que devolvió a Matías a su trono de caña y barro, no recuperó la alegría de sus tiempos dorados. Se convirtió, más bien, en un mausoleo de apariencias. El aire en los pasillos pesaba como el mármol, y cada encuentro entre los miembros de la familia era una colisión de silencios. En este escenario de ruina moral, Carolina se movía como una sonámbula, con el corazón convertido en un desierto donde antes florecían las ilusiones.

Gabino intentó un último acercamiento, una postrera tentativa de salvar los restos del naufragio. La encontró en el cenador, el mismo lugar donde meses atrás el amor parecía una promesa eterna. Pero al verle aparecer, Carolina no mostró la ternura de

antaño, sino una crispación que le afiló las facciones, dándole el aspecto de una deidad ofendida.

—No des ni un paso más, Gabino —dijo ella, y su voz no era ya la de la joven que suspiraba en la cubierta del barco, sino un herrumbre de reproches—. Tu presencia en esta casa es una mancha que ni todo el aguardiente de la isla podría limpiar.

—Carolina, solo busqué que vieras la luz —suplicó él, extendiendo unas manos que ella rechazó con un gesto de asco—. No podía amarte en medio de una mentira que devora hombres. He intentado salvar tu alma de la podredumbre de tu padre.

—¿Y quién te ha dado a ti, un mozo de labranza que llegó con el barro de Asturias en las botas, el derecho a ser el juez de mi alma? —replicó ella, y en sus ojos brilló un odio frío, destilado en el alambique de la humillación—. Me has dado la verdad, sí, pero me has quitado la vida. Has arrastrado el nombre de mi padre por los tribunales, has convertido a mi madre en el hazmerreír de las sacristías y has expuesto nuestra alcoba a la rapiña de los curiosos. Has sido un Judas que besaba mi boca mientras contaba las monedas de su propia rectitud.

Gabino comprendió entonces la terrible paradoja de la condición humana: a menudo, el hombre odia más a quien le muestra sus cadenas que al carcelero que se las impone. Carolina, incapaz de procesar la monstruosidad de Matías, había volcado todo su dolor y su vergüenza sobre el único eslabón que podía romper: el amor de Gabino.

—Vete —sentenció ella—. Regresa a tus tierras quemadas o a tu puerto de sombras. Para mí, Gabino Felgueroso ha muerto en el mismo instante en que decidió que su ética valía más que nuestra felicidad.

En ese momento de absoluta vulnerabilidad, de claudicación de la esperanza, surgió de entre las sombras de los laureles la figura

de Nuño Freije. El joven capataz, que había observado el ascenso y la caída del asturiano con la paciencia de un reptil, dio un paso al frente. Nuño no portaba verdades incómodas ni dilemas morales; portaba la seguridad del orden antiguo, la lealtad ciega al patrón y una virilidad ruda que no pedía permiso para existir.

Nuño se situó al lado de Carolina, ofreciéndole un brazo que ella aceptó con la desesperación del que se ahoga. Era un refugio de espinas, pero refugio al fin y al cabo.

—No se preocupe, señorita Carolina —dijo Nuño, dedicándole a Gabino una mirada cargada de un triunfo sangriento—. Hay hombres que solo sirven para sembrar discordia con palabras huecas. Otros estamos aquí para proteger lo que es nuestro por derecho y por fuerza.

Gabino vio cómo Carolina se apoyaba en el hombre que representaba todo lo que él despreciaba: el látigo, la falta de escrúpulos, la obediencia servil al negrero. Fue un golpe más letal que cualquier sentencia judicial. Al refugiarse en Nuño, Carolina no solo repudiaba a Gabino, sino que abrazaba voluntariamente la oscuridad que él había intentado disipar. Estaba eligiendo el consuelo de la fuerza sobre la inquietud de la virtud.

—Has elegido el yugo, Carolina —susurró Gabino, sintiendo que un frío de muerte le subía por las piernas—. Y el yugo terminará por ahogarte.

Sin mirar atrás, el joven asturiano abandonó los dominios de los Ablanedo. Mientras caminaba por la vereda que conducía a la salida, sintió en la nuca la mirada de Matías, que desde el balcón de su despacho observaba la escena con una sonrisa gélida. El viejo terrateniente ya no necesitaba los tribunales; había logrado que su hija fuera el instrumento de su venganza, arrebatándole a Gabino lo único que el dinero no podía comprar.

La noche se cerró sobre la isla con una densidad de sepulcro. Gabino Felgueroso, el indiano que quiso ser justo, se encontró solo en medio de un camino de cañaverales que susurraban amenazas. Al fondo, el eco de una risa de Nuño Freije y el sollozo seco de Carolina sellaban el pacto de la tragedia. La guerra había comenzado, y en aquel tablero de ajedrez donde el azúcar era el rey y la sangre el peón, Gabino acababa de perder su reina.

CAPÍTULO 5

El Arado de la Cizaña

La absolución judicial no había traído la paz a la mansión de los Ablanedo, sino una especie de silencio hidrófobo, una rabia que no encontraba salida y que se iba depositando, como un sedimento de arsénico, en el fondo de las almas. Matías Ablanedo ya no era el mismo hombre que años atrás paseaba por La Habana con la seguridad de un monarca. El juicio le había dejado una cicatriz invisible pero profunda; el brillo de su apellido se había empañado en las gacetas y su orgullo sangraba por la herida de la humillación pública. En su despacho, rodeado de maderas nobles que parecían absorber la poca luz que las persianas dejaban pasar, Matías masticaba el humo de su cigarro con la saña de quien devora la carne de un enemigo.

El dinero perdido en sobornos y abogados era lo que menos le dolía. Lo que le resultaba insoportable era la mirada de sus iguales en el Club de La Habana, esa piedad fingida que escondía un desprecio aristocrático. Pero por encima de todo, le quemaba el recuerdo de Gabino Felgueroso, aquel mozo asturiano que había osado desafiar la jerarquía natural de la isla. Para Matías, Gabino no era ya solo un empleado desleal; era una plaga que debía ser erradicada desde la raíz, no con la rapidez del rayo, sino con la persistencia del salitre.

—Nuño —llamó Matías, y su voz sonó como el crujido de una rama seca.

Nuño Freije apareció desde la penumbra del pasillo. Su figura se había vuelto indispensable en la casa desde que Carolina buscara refugio en su sombra. Nuño no caminaba, acechaba. Había algo en su forma de moverse que recordaba a los depredadores que no necesitan correr porque saben que la presa está acorralada. Sus

ojos, oscuros y desprovistos de cualquier rastro de empatía, se fijaron en el patrón.

—Dígame, don Matías.

—El apellido Felgueroso todavía respira en mis tierras —dijo el industrial, sin apartar la vista del humo que ascendía en espirales—. Ceferino sigue gestionando su ingenio como si nada hubiera pasado. Creen que la justicia los ha protegido, que su victoria moral les otorga el derecho a seguir prosperando frente a mis narices.

Nuño asintió, comprendiendo el subtexto de la orden antes de que fuera pronunciada. Conocía bien la topografía de las tierras de Ceferino, las lindes que separaban la prosperidad de la ruina.

—La resiliencia de esa gente es como la de la mala hierba, patrón —comentó Nuño con una sonrisa gélida—. Crecen en cualquier grieta. Pero incluso la mala hierba muere si se le pudre la raíz.

—No quiero una muerte rápida para sus negocios —sentenció Matías, golpeando la mesa con un dedo enjoyado—. Quiero que sientan cómo la tierra se vuelve contra ellos. Quiero que el agua que beben sepa a hiel y que sus cosechas sean un recordatorio de su insolencia. Hazles la vida imposible, Nuño. Que cada despertar sea un calvario y cada noche un presagio de desastre. Que entiendan que en esta isla, el sol sale solo si yo lo permito.

Nuño Freije abandonó el despacho con el encargo de la infamia grabado en la frente. Para él, esta no era solo una misión de su patrón; era una cuestión personal. Odiaba a Gabino con la envidia del hombre que sabe que, a pesar de su fuerza y su posición, carece de la luz interior que el asturiano aún conservaba. Destruir a los Felgueroso era, para Nuño, una forma de borrar el espejo que le recordaba su propia bajeza.

La campaña de terror comenzó de forma sibilina, como una enfermedad que se incuba en el silencio. Una noche, bajo un cielo

de terciopelo que ocultaba las intenciones de los hombres, Nuño y dos de sus matones se dirigieron a los manantiales que abastecían las tierras de Ceferino. No llevaban armas de fuego, sino recipientes cargados con aguas fecales y despojos de animales en descomposición. Con una meticulosidad diabólica, vertieron el veneno en las acequias, contaminando el flujo vital que alimentaba los campos y los abrevaderos.

Al amanecer, la tragedia empezó a dar sus frutos. El ganado, que hasta el día anterior pastaba con la parsimonia de la salud, empezó a mostrar signos de una dolencia súbita y violenta. Los animales caían sobre el barro, con los ojos vidriosos y las entrañas revueltas por la infección. El olor de la muerte empezó a flotar sobre la hacienda de Ceferino, un hedor acre que se filtraba en las casas y que hacía que el pan supiera a carroña.

Ceferino Felgueroso, al descubrir el desastre, sintió que el mundo se le venía abajo. Caminó entre sus reses muertas con el alma encogida, reconociendo en aquel acto la firma invisible de los Ablanedo. Sabía que no había sido un accidente de la naturaleza, sino una maniobra de la maldad humana. Pero su espíritu, forjado en la dureza de las minas y los campos de Asturias, no se quebró.

—Lavad los cauces —ordenó Ceferino a sus braceros, con una voz que temblaba de indignación—. Cavad nuevos pozos si es necesario. No van a echarnos de aquí con estiércol. Somos de la estirpe que pica la piedra para encontrar el agua.

Sin embargo, Nuño no se detuvo ahí. El sabotaje se convirtió en una constante. Un día eran los aperos de labranza los que aparecían inutilizados, cortados con una precisión que hablaba de un odio paciente; otro día eran los bueyes de tiro los que desaparecían en la noche para ser encontrados días después desollados en los lindes de la manigua. La resiliencia de los Felgueroso, lejos de aplacar a Matías, alimentaba su furia. Cada vez que Ceferino lograba levantar cabeza, cada vez que Gabi encontraba una forma de sortear

el obstáculo, el industrial sentía que su autoridad era puesta en duda.

Gabino vivía aquellos días en un estado de alerta permanente. El soliloquio de su conciencia se había convertido en un campo de batalla. Se sentía culpable por haber desatado aquella tormenta sobre su tío, por haber traído la guerra a un hombre que solo quería vivir en paz con su conciencia y su trabajo.

"¿Es este el precio de la verdad?", se preguntaba Gabino mientras montaba guardia en los límites de la propiedad, con la escopeta apoyada sobre las rodillas. "He intentado ser justo y solo he traído la ruina a los que amo. He buscado la luz y me encuentro rodeado de una oscuridad que huele a azufre y a venganza".

La atmósfera en la isla se había vuelto irrespirable. El calor no traía la vida, sino que aceleraba la descomposición de las voluntades. Matías Ablanedo, al ver que la contaminación y los pequeños incendios provocados en los cañaverales no lograban quebrar la voluntad de hierro de los asturianos, decidió que había llegado el momento de subir la apuesta. Ya no bastaba con arruinar la tierra; había que derramar la sangre que la alimentaba.

—Nuño —le dijo Matías una tarde, mientras observaba el resplandor de un incendio lejano que iluminaba el horizonte como una aurora boreal de tragedia—. Los Felgueroso tienen siete vidas, pero solo un corazón. Es hora de detener ese latido. Haz que parezca un asalto, una mala noche de bandoleros. Que no quede rastro de mi nombre, solo el silencio de la tumba.

Nuño sonrió. Había estado esperando esa orden como el perro de presa espera que suelten la cadena. El objetivo estaba claro: Ceferino Felgueroso. Con el viejo muerto, Matías estaba convencido de que Gabino, el "indiano de papel", no sabría cómo sostener el timón del negocio en medio de la tormenta que se avecinaba.

La noche cubana no poseía la complicidad de las noches asturianas, donde la oscuridad era un manto húmedo que invitaba al recogimiento. Aquí, en los dominios de los Felgueroso, la tiniebla era una sustancia eléctrica, poblada de un zumbido de insectos que sonaba como el mecanismo de un reloj de arena contando los minutos de una tregua agotada. Ceferino Felgueroso terminó de revisar las compuertas de la acequia principal cuando la luna, una guadaña de plata pálida, empezaba a declinar tras las cumbres de la Sierra de los Órganos.

Ceferino se detuvo un instante a limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo tiznado de tierra y esfuerzo. A sus sesenta años, su cuerpo era una geografía de cicatrices y fatigas, una armadura de carne curtida que había resistido el sol abrasador y la traición de la lluvia. Mientras caminaba de regreso hacia la casa principal, sus pensamientos volaban hacia el Cantábrico, hacia aquellas colinas verdes donde el hambre era un lobo previsible, muy distinto a este odio tropical que ahora le cercaba. Sentía un orgullo sordo por Gabino; veía en su sobrino la llama que él ya empezaba a apagar, una determinación que, aunque herida por los recientes escándalos, conservaba la nobleza de la estirpe.

"El chico tiene razón", pensaba Ceferino mientras el eco de sus botas sobre el camino de tierra batida rítmicamente rompía el silencio. "No se puede construir una fortuna sobre el llanto de los hombres. Pero en esta isla, la justicia es un pájaro que vuela demasiado alto para que nosotros podamos alcanzarlo".

No escuchó el crujir de las hojas de caña, ni el leve siseo del metal al desvainarse. Nuño Freije y sus sicarios se habían mimetizado con la manigua con la paciencia de los depredadores que no necesitan prisa porque el destino ya ha dictado sentencia. Nuño observaba desde la sombra de un algarrobo centenario, con los ojos fijos en la silueta encorvada del viejo asturiano. No sentía odio, pues el odio requiere una humanidad de la que él carecía;

sentía la satisfacción técnica del artesano que se dispone a rematar una obra por encargo.

—Ahora —susurró Nuño, y su voz fue apenas un roce de aire en la penumbra.

Tres sombras se desprendieron de la maleza. Ceferino apenas tuvo tiempo de volverse cuando el primer golpe le alcanzó el hombro, derribándolo sobre el barro que él mismo había regado horas antes con el agua recuperada. No hubo gritos de guerra, solo el jadeo de los hombres y el sonido sordo del cuero contra la carne. Los asaltantes vestían harapos y llevaban el rostro cubierto con telas mugrientas, la puesta en escena perfecta para un asalto de bandoleros de camino, una tragedia común en la crónica negra de la isla.

Nuño se acercó lentamente, disfrutando de la agonía del hombre que representaba el último obstáculo para los planes de Matías. Ceferino, con la boca llena de sangre y tierra, levantó la mirada y reconoció, a pesar del disfraz, el brillo gélido de los ojos de Nuño. No hubo súplica en sus labios, solo un desprecio soberano que ni la muerte inminente lograba doblegar.

—Matías... —logró articular Ceferino entre estertores—. Matías no ha ganado nada. Solo ha comprado... un infierno más grande.

Nuño no respondió. Con una crueldad metódica, ordenó a sus hombres que terminaran el trabajo. No fue una muerte rápida. La orden de Matías incluía el sufrimiento como parte del mensaje, una advertencia grabada en la carne de los Felgueroso. El acero de los machetes hería el aire y la piel, dejando en el camino de la hacienda un rastro de carmín que la tierra, siempre hambrienta, empezó a absorber con una indiferencia geológica. Cuando el cuerpo de Ceferino dejó de sacudirse, Nuño le arrebató el reloj de plata que colgaba de su chaleco y vació sus bolsillos, arrojando los pocos pesos que llevaba por el suelo para simular la rapiña de unos maleantes desesperados.

—Dejadlo ahí —ordenó Nuño—. Que el sol de mañana le enseñe al sobrino el precio de la insolencia.

Mientras tanto, en la casona, Gabino despertó sobresaltado por un presentimiento que le oprimía el pecho como una garra de hierro. El silencio de la noche le pareció de repente una sustancia tóxica. Se levantó y salió al porche, llamando a su tío, pero solo recibió como respuesta el ladrido lejano de un perro que parecía llorar a la luna. Caminó hacia los campos, con un candil en la mano cuya luz vacilante apenas lograba herir la oscuridad.

El hallazgo fue una puñalada en el centro de su existencia. Allí, entre los surcos de la tierra que tanto amaba, yacía el hombre que había sido su faro en la tempestad del exilio. Gabino se dejó caer de rodillas junto al cuerpo desfigurado de Ceferino, y el candil, al chocar contra el suelo, se apagó, dejándolo sumergido en una negrura absoluta. No hubo llanto en ese primer momento, sino un vacío inmenso, un desierto de ceniza que se extendía desde su corazón hasta los confines de la isla.

Tocó las manos de su tío, aún tibias, y sintió el rastro de la violencia en cada herida. Gabino no necesitó pruebas judiciales ni testimonios comprados para saber quién había empuñado el arma. El hedor de Matías Ablanedo y la sombra de Nuño Freije flotaban sobre el cadáver como moscas sobre la miel. En ese instante, bajo el cielo mudo de Cuba, el joven que había llegado con sueños de prosperidad murió junto a su tío. Lo que se levantó de aquel barro fue un hombre habitado por una determinación gélida, un ser que comprendía que la ley de los hombres era un fraude y que solo la ley del talión tenía vigencia en aquel paraíso podrido.

—Te juro, tío Ceferino —susurró Gabino, y su voz sonó como el crujido de una lápida al cerrarse—, que cada gota de tu sangre se convertirá en un incendio que devorará sus palacios. No descansaré hasta que el apellido Ablanedo sea solo un susurro de horror en el viento.

El sol empezó a asomar por el horizonte, tiñendo las nubes de un rojo violento, el mismo color que empapaba la camisa de Ceferino. La noticia del "asalto" correría pronto por la comarca, y las autoridades, debidamente aceitadas por el oro de Matías, archivarían el caso como una desgracia más de los caminos. Pero en la soledad de la hacienda, Gabino Felgueroso acababa de heredar no solo una tierra herida, sino una misión que le conduciría irremediablemente hacia el abismo. La tragedia había cobrado su primera gran pieza, y el tablero de ajedrez de la venganza estaba ahora listo para el siguiente movimiento.

El entierro de Ceferino Felgueroso fue una ceremonia de una sobriedad lacerante, un acto de fe rodeado por la indiferencia de una tierra que parecía devorar los restos del asturiano con una prisa geológica. Gabino, de pie ante la fosa abierta, sentía que el sol de Cuba no calentaba su espalda, sino que pesaba sobre ella como una losa de granito. No hubo autoridades presentes, ni discursos sobre el progreso, ni el llanto fingido de los salones de La Habana. Solo estaban él, un puñado de braceros leales cuyos rostros eran surcos de amargura, y el silencio opresivo de la manigua, que parecía aguardar el final de la liturgia para reclamar su espacio.

Al regresar a la casona, el vacío se le antojó a Gabino una sustancia sólida. Cada mueble, cada herramienta de Ceferino, le gritaba su orfandad. En la penumbra del despacho, donde aún flotaba el aroma rancio del tabaco de su tío, Gabino se sentó frente a la cuartilla en blanco. Escribir a Asturias no era solo un deber filial; era la constatación de un fracaso que le quemaba las entrañas. La tinta, en el tintero de cristal, le pareció por un momento la sangre misma de la estirpe, una sustancia que debía viajar miles de millas para herir el corazón de sus padres.

«Padre, madre... —empezó a escribir, y la pluma rasgó el papel con un sonido que recordaba al de los machetes en la noche—. La muerte ha entrado en nuestra casa de Cuba no por la puerta de la

enfermedad, sino por la del crimen. El tío Ceferino ha sido asesinado».

En aquel soliloquio epistolar, Gabino desnudó su alma. No solo narró el hecho físico de la muerte, sino la atmósfera de asedio en la que vivían. Les habló de la belleza de la isla que se había tornado en ponzoña, del azúcar que sabía a luto y de su determinación de no abandonar la tierra que Ceferino había regado con su vida. Sin embargo, en un rincón de su conciencia, sabía que aquellas palabras eran una sentencia de muerte para la poca paz que les quedaba a Damián y a Rosa en su aldea asturiana.

Días después, en un arrebato de desesperación sentimental, Gabino escribió una segunda carta. Esta vez el destinatario era María Quirós. Le escribió con la fiebre del náufrago que busca una orilla que sabe perdida. En aquellas líneas, Gabino no era el indiano que luchaba contra terratenientes, sino el mozo que echaba de menos el olor a hierba segada y la seguridad de un amor que no conocía las sombras de la trata ni el brillo del oro manchado. «Sigo en tus pensamientos, María, como tú estás en los míos cada vez que el sol se pone tras estos cañaverales que ya solo huelen a muerte», confesó, entregando en ese papel los últimos jirones de su esperanza.

El tiempo en la isla, sin embargo, no se detuvo para aguardar respuestas. Mientras las cartas cruzaban el océano, la tragedia en la hacienda de los Ablanedo tomaba una forma definitiva y monstruosa. Carolina, sumida en una depresión que le había borrado el rubor de las mejillas, se encontraba atrapada en una red de culpas y resentimientos. El odio hacia Gabino, alimentado por su padre y por su propia incapacidad de aceptar la herencia de infamia que sostenía su mundo, la empujó hacia el abismo que Nuño Freije le ofrecía con una sonrisa servil.

El matrimonio entre Carolina Ablanedo y Nuño Freije no fue una unión de amor, sino un pacto de sangre y despecho. Se celebró en la capilla privada de la mansión, bajo la mirada satisfecha de

Matías, que veía en Nuño al perro de presa que aseguraría su linaje y mantendría a raya a los enemigos. Carolina caminó hacia el altar envuelta en un encaje que parecía más una mortaja que un vestido de novia. No amaba a Nuño; su cuerpo le provocaba una repulsión instintiva, una sensación de ser poseída por la misma violencia que Nuño ejercía en los campos. Pero en su mente retorcida por el dolor, casarse con él era la forma definitiva de repudiar a Gabino, de castigarse a sí misma por haber amado al hombre que denunció a su padre.

—Sí, quiero —dijo Carolina, y sus palabras cayeron en la nave de la iglesia como piedras en un pozo profundo.

Nuño, al ponerle el anillo, apretó su mano con una fuerza innecesaria, un recordatorio de que ahora ella era una propiedad más de su inventario de ambiciones. Matías Ablanedo sonreía desde el banco de honor; había logrado cerrar el círculo. Su hija estaba a salvo de "idealistas" y su brazo ejecutor estaba ahora legalmente vinculado a su fortuna.

Semanas después, las respuestas de España llegaron a manos de Gabino, trayendo consigo el golpe de gracia para su espíritu. La carta de sus padres era un lamento que parecía escrito con lágrimas y ceniza. Damián y Rosa le hablaban de su dolor inabarcable por la pérdida de Ceferino y le suplicaban, con la voz quebrada de la vejez, que regresara. «Hijo, la tierra de Asturias es pobre, pero no pide sangre. Vuelve antes de que esa isla te trague como ha hecho con tu tío. No queremos riquezas que huelan a cementerio», decía su madre, en un ruego que Gabino no podía atender sin sentir que traicionaba la memoria del muerto.

Pero fue la carta de María Quirós la que terminó de desmoronar los cimientos de su mundo interior. Con una caligrafía clara y decidida, María le devolvía a la realidad de un tiempo que no se detiene. «Gabino, el tiempo de los sueños bajo los castaños ha pasado. Me he casado con un hombre de bien y espero un hijo que pronto nacerá. No busques en el pasado lo que la vida ya ha

decidido sembrar en otro surco. Que Dios te proteja en esas tierras lejanas».

Gabino dejó caer la carta sobre la mesa. El sol entraba por la ventana, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire como espectros minúsculos. Se sintió absolutamente solo en la inmensidad del trópico. Su familia le pedía la rendición, su antiguo amor le cerraba la puerta del corazón y su enemiga se unía al hombre que había asesinado a su tío. La vida le volvía la espalda, pero en lugar de quebrarse, Gabino sintió que algo en su interior se endurecía, una costra de frialdad que le protegería del dolor futuro. Ya no era el joven que buscaba justicia; ahora era el heredero de una herida que solo la lucha —o la muerte— podría cerrar.

La herencia de Ceferino Felgueroso no era, a los ojos de la ley cubana, una transferencia de tierras y aperos, sino una ciénaga jurídica donde cada documento parecía estar empañado por un vaho de sospecha. Gabino se encontró de pronto sumergido en una batalla de sellos, pólizas y legajos que tenían la frialdad de la piedra y la malevolencia del salitre. En su soliloquio interno, mientras recorría los pasillos de las notarías de Pinar del Río, Gabino sentía que los papeles blancos, rígidamente redactados en un castellano de oficina, eran una afrenta a la memoria de su tío. ¿Cómo podía la vida de un hombre, sus sudores bajo el sol de agosto y sus esperanzas traídas de Asturias, quedar reducida a una sucesión de folios que un funcionario de manguitos y mirada esquiva barajaba con desdén?

—El testamento es claro, joven —le decía un notario cuya piel tenía el color y la textura del pergamino viejo—, pero la titularidad de los lindes con la hacienda de los Ablanedo está en entredicho. Hay reclamaciones de deuda, intereses de mora que su tío no satisfizo en vida... o que al menos no figuran como pagados en el registro central.

Gabino apretaba los puños bajo la mesa de caoba. Sabía que cada "error" administrativo, cada "traba" burocrática, era un hilo más

en la tela de araña que Matías Ablanedo tejía desde su despacho. El dinero que su tío había invertido en mejorar el ingenio, los préstamos que supuestamente ya habían sido cancelados, aparecían ahora como deudas fantasmales que amenazaban con devorar la propiedad antes siquiera de que él pudiera tomar posesión efectiva. Era la justicia convertida en un alambique que destilaba la ruina del desamparado.

Pero el calvario de Gabino no se limitaba a los despachos. Al salir a la calle, al caminar por los portales donde antes Ceferino era saludado con el respeto que se le debe a un hombre de palabra, Gabino descubrió la forma más sutil y dolorosa de la traición: el vacío social. La sociedad cubana, tan dada a la efusividad y al abrazo, se volvía de repente una estatua de sal ante su presencia.

Un día, buscando apoyo en los antiguos socios comerciales de su tío, hombres que habían bebido el café en su mesa y que habían elogiado la calidad de su azúcar, Gabino visitó el centro de reunión de los industriales locales. Al entrar, el murmullo de las conversaciones se extinguió como una vela bajo una campana de vacío. Los hombres que un mes atrás le habrían ofrecido un habano, ahora se concentraban en el estudio minucioso del fondo de sus tazas o iniciaban conversaciones febriles con el vecino para evitar cruzar la mirada con el "sobrino del muerto".

—Don Anselmo —dijo Gabino, deteniéndose ante un hombre que le debía a Ceferino favores que no se pagan con dinero—, necesito que testifique sobre la legitimidad de las tierras del norte. Usted estuvo allí cuando se fijaron los hitos.

Don Anselmo, un hombre grueso que parecía sudar miedo por cada poro de su piel, ni siquiera levantó la vista.

—La memoria es traicionera, muchacho. Y la vista, a mi edad, ya no distingue un hito de un espejismo. No me busques para pleitos contra los Ablanedo. En esta isla, quien escupe contra el viento termina mojándose, y Matías es un huracán que no perdona.

Aquella frase fue el epitafio de las amistades de Ceferino. Gabino comprendió que el miedo a las represalias de Matías era un virus más letal que la malaria. El terrateniente no necesitaba mandar sicarios a cada puerta; su poder residía en la capacidad de convertir a un hombre en un leproso social. Nadie quería ser visto con Gabino, nadie quería que su nombre figurara en un documento junto al del asturiano que había osado desafiar al dueño del azúcar.

Caminando de regreso a su hacienda, que ahora parecía una isla de sombra rodeada por un mar de hostilidad, Gabino sintió que su alma se iba transformando. El lirismo de sus primeros meses, aquella fascinación por el verde de la caña y el azul del Caribe, se había evaporado. Ahora solo veía una geografía de la ignominia. Se vio a sí mismo como la personificación del "indiano fallido", pero con una diferencia fundamental: Silvestre había fracasado por debilidad o por azar; él estaba siendo aniquilado por un diseño minucioso de la maldad humana.

"¿Es este el paraíso que prometían las cartas?", se preguntaba en la soledad de la noche, mientras el sonido de los grillos le parecía el rítmico afilar de mil cuchillos invisibles. "He venido a buscar fortuna y me he encontrado con un osario. He buscado justicia y me han dado un muro de silencios. Mi tío yace bajo la tierra y yo camino sobre ella como un fantasma al que nadie quiere ver".

El aislamiento le dolía más que el hambre que recordaba de Asturias. Allí, en la miseria de la aldea, al menos el dolor era compartido. Aquí, bajo el sol implacable de Cuba, el dolor era una propiedad privada, una carga que debía llevar solo mientras observaba cómo Carolina, su antiguo amor, se paseaba del brazo de Nuño, el hombre que olía a la sangre de su tío. La humillación era constante: ver desde la linde cómo los carros de los Ablanedo pasaban de largo, ignorando su existencia, mientras el capataz Nuño le dedicaba sonrisas de triunfo desde la distancia.

Gabino Felgueroso empezó a comprender que no ganaría esta guerra en los tribunales ni en los salones. El sistema era un

organismo diseñado para proteger a las células que lo alimentaban con oro, y él era un cuerpo extraño que debía ser expulsado o consumido. Sin embargo, en ese vacío absoluto, en ese desierto de afectos y apoyos, nació en su interior una determinación que no conocía la piedad. Si el mundo le daba la espalda, él aprendería a luchar en las sombras. Si la ley era una ficción de Matías, él buscaría una justicia que no necesitara sellos ni notarios.

La tragedia estaba alcanzando su punto de no retorno. Gabino, el joven que llegó con la mirada limpia, estaba terminando de forjar su armadura de frialdad. Estaba solo, arruinado en sus afectos y cercado en sus posesiones, pero en sus venas corría la sangre de los Felgueroso, una estirpe que sabía que, cuando la tierra se vuelve de hierro, solo queda el fuego para ablandarla. El momento de la resiliencia pacífica se estaba cerrando, y el de la desesperación activa estaba a punto de abrirse con un estrépito de pólvora y luto.

La luz del crepúsculo en aquella tarde no se derramaba sobre la hacienda de los Felgueroso, sino que se desplomaba con la pesadez de una sentencia. El cielo, teñido de un violeta agónico, parecía una herida abierta que se negaba a cicatrizar sobre los cañaverales. Gabino permanecía sentado en el porche de la casona, con la espalda apoyada en una de las vigas de madera que el salitre y el tiempo empezaban a devorar con una paciencia entomológica. En su regazo, las cartas de Asturias —la súplica de sus padres y el adiós definitivo de María— eran ya solo papeles amarillentos que el viento del trópico agitaba con un desdén casi humano.

Aquel era el soliloquio de la derrota. Gabino se miró las manos, endurecidas por un trabajo que ya no producía riqueza, sino apenas el sustento para no morir de hambre. Se vio a sí mismo como el reverso exacto de aquel joven que, un año atrás, observaba desde la cubierta del trasatlántico las luces de La Habana como si fueran estrellas al alcance de su mano. La isla le había prometido el néctar de la fortuna y le había entregado, en su lugar, la cicuta de la soledad.

"¿Qué soy ahora?", se preguntaba, mientras el sonido de los grillos tejía una mortaja de ruido a su alrededor. "Soy un indiano fallido antes de haber empezado a ser indiano. Soy un guardián de tumbas en una tierra que no reconoce mi nombre. Mis padres me esperan en la aldea para compartir una miseria que, al menos, tiene el consuelo de la paz; pero si vuelvo ahora, llevaré conmigo el fantasma del tío Ceferino, que no podrá descansar mientras su sangre siga abonando el orgullo de los Ablanedo".

La decisión de quedarse no nacía de la esperanza, sino de una forma de orgullo que lindaba con la locura. Regresar a España como un fracasado, como aquel Silvestre que conoció en el barco, era una humillación que su temperamento asturiano no podía digerir. Prefería arder en el infierno cubano que marchitarse en la compasión de sus vecinos de parroquia. En ese instante, Gabino renunció definitivamente a la luz. Abrazó la sombra como quien abraza a una amante fiel, comprendiendo que su destino ya no era prosperar, sino resistir hasta que el fuego de su venganza encontrara el camino hacia la mansión de Matías.

Desde la penumbra del patio, una figura se materializó con el silencio de quien habita los márgenes de la historia. Era Ernesto Mina. El mulato, hombre de confianza del difunto Ceferino y ahora el único puntal en el que Gabino podía apoyarse, se acercó con un respeto que no nacía de la jerarquía, sino de la comunión en el dolor. Ernesto portaba en su mirada una sabiduría antigua, una comprensión de la injusticia que los blancos a menudo tardaban siglos en aprender.

—Señorito Gabino —dijo Ernesto, y su voz era un murmullo de tierra y raíces—, el tiempo muerto de la zafra no es solo para la caña. Es el tiempo en que los hombres rumiamos lo que la vida nos ha quitado. Los Ablanedo creen que el silencio de usted es el silencio de la tumba, pero yo sé que es el silencio del rayo antes de caer.

Gabino levantó la vista. En los ojos de Ernesto vio reflejada su propia sed de justicia, pero multiplicada por generaciones de

agravios. Ernesto no solo lloraba a Ceferino; lloraba la condición de una isla donde la piel y el apellido dictaban quién tenía derecho a la vida.

—La justicia se ha vuelto ciega y sorda, Ernesto —respondió Gabino con una amargura que le rasgó la garganta—. Matías ha comprado hasta el aire que respiramos. Carolina se ha entregado al asesino de mi tío y el mundo nos ha dado la espalda como si tuviéramos la peste.

—El dinero de don Matías llega lejos, es verdad —consintió Ernesto, sentándose en el escalón inferior—, pero no llega hasta el fondo del alma de un hombre que no tiene nada que perder. Usted tiene la tierra, aunque esté herida. Y me tiene a mí. Mi brazo no es el de un notario, pero mi machete sabe distinguir entre la caña y la maleza.

Aquel diálogo, preñado de una complicidad trágica, selló el pacto de lo que vendría después. Gabino comprendió que Ernesto Mina era el hilo que le mantenía unido a la realidad. Juntos, empezaron a diseñar una estrategia de supervivencia mínima, una resistencia de hormigas frente al gigante que les acosaba. La ruina económica era casi total; las deudas fabricadas por Matías pesaban sobre la propiedad como un sudario de plomo, y los braceros, temerosos de las represalias de Nuño, huían hacia otros ingenios, dejando los campos en manos de la maleza y el olvido.

La soledad de Gabino se hizo absoluta cuando, semanas después, vio pasar por el camino real el Cadillac descapotable de los Ablanedo. Al volante iba Nuño Freije, con la arrogancia del que se sabe dueño de la vida y la hacienda. A su lado, Carolina, oculta tras un velo de tul negro, no giró la cabeza al pasar frente a la casa de los Felgueroso. Fue un instante fugaz, una ráfaga de polvo y lujo que dejó a Gabino envuelto en una nube de desprecio. Aquella visión fue el último clavo en la caja de su antigua sensibilidad.

"Ya no hay vuelta atrás", pensó Gabino, viendo cómo las luces rojas del automóvil desaparecían en la curva del cañaveral. "Ella ha elegido su bando y yo el mío. Ella es la reina de un imperio de sombras y yo soy el rey de un desierto de ceniza".

Esta etapa de la vida de Gabino se cerraba con una imagen de desolación metafísica. Gabino entró en la casa, apagó el último candil y se sumergió en una oscuridad que ya no le asustaba, porque era la misma que habitaba en sus entrañas. En Asturias, sus padres rezarían por un hijo que ya no existía; en algún lugar de la costa, María acunaría a un niño que nunca llevaría el apellido Felgueroso; y en la manigua, Matías y Nuño brindarían por una victoria que creían definitiva.

Pero en la penumbra de los barracones, Ernesto Mina afilaba su machete con una piedra de río, y Gabino, tendido en el catre que fuera de su tío, sentía cómo su corazón se transformaba en un motor de odio frío y preciso. El néctar de las sombras había terminado de fermentar; lo que vendría ahora no sería el dulce sabor de la caña, sino el amargor del hierro y el estrépito de una justicia que, al ser negada por los hombres, reclamaría su lugar a través de la sangre. La tragedia había completado su primer acto de destrucción, dejando el escenario listo para que los supervivientes empezaran a cobrar sus deudas en la moneda del dolor.

CAPÍTULO 6

El Cáliz de la Erinias

La justicia, en aquella Cuba que se desangraba bajo un sol de indiferencia, no era sino un eco que se perdía en la inmensidad de los cañaverales. Para Ernesto Mina, los meses que siguieron a la exculpación de Matías Ablanedo y al entierro de Ceferino fueron una lección de tinieblas. Él, que había sido la sombra leal de los Felgueroso, el hombre que conocía cada palmo de tierra y cada cicatriz de la caña, sentía ahora que su propia existencia se había vuelto extraña. El mundo legal, con sus pliegos de papel sellado y sus jueces de mirada de vidrio, se le antojaba un teatro de sombras donde la verdad era la primera en ser sacrificada.

Ernesto observaba a Gabino. Veía cómo el joven asturiano se marchitaba en la vigilia, consumido por una impotencia que le estaba agriando la sangre. El mulato comprendió, con la sabiduría que dan los siglos de opresión grabados en el ADN de su raza, que las leyes de los blancos estaban hechas para proteger el oro de los blancos. Si Gabino, con su apellido y su piel clara, no había podido alcanzar el resarcimiento, ¿qué esperanza quedaba para la memoria de Ceferino, que yacía bajo una tierra que Matías seguía reclamando como propia?

—La paciencia es una virtud de los santos, señorito Gabino —se decía Ernesto en sus soliloquios nocturnos, mientras afilaba un rencor que cortaba más que su machete—, pero yo no soy santo, sino un hombre que tiene el corazón lleno de la ceniza de mi patrón. Si el cielo no envía el rayo, alguien tendrá que subir a buscarlo.

La determinación de Ernesto no fue un arrebato de cólera, sino una decantación lenta de la desesperación. Decidió que la única forma de liberar a Gabino de la tenaza de los Ablanedo era cortando la cabeza de la serpiente. Gabi, en su nobleza herida, intentaba disuadirle, presentándole la resistencia como el único camino digno.

Pero Ernesto ya no buscaba la dignidad; buscaba el equilibrio de la balanza, aunque para ello tuviera que poner su propia vida en el plato de los sacrificios.

Llegó el domingo, un día de 1942 en el que el aire de la ciudad parecía suspendido en una campana de cristal, saturado por el olor a incienso que escapaba de las puertas de la parroquia y el aroma a brea del puerto cercano. Ernesto aguardaba en la plaza, oculto bajo el ala de un sombrero de yarey que le sombreaba los ojos, esos ojos que en aquel momento no veían la luz del trópico, sino la oscuridad del barranco donde Nuño ejecutó la infamia. En su mano, oculta bajo una camisa de lino tosco, la culata de un revólver viejo, comprado con sus últimos ahorros a un marinero sin escrúpulos, le quemaba la palma como si fuera un carbón encendido.

La misa de doce estaba terminando. El repicar de las campanas sonaba a gloria para unos y a sentencia para otros. Finalmente, las pesadas puertas de madera se abrieron, dejando salir a la burguesía local, un desfile de linos blancos, encajes importados y perfumes que pretendían enmascarar el hedor moral de la época. En el centro del grupo, escoltado por el respeto servil de los vecinos, apareció Matías Ablanedo. Caminaba con la barbilla alta, luciendo a su esposa, Margarita Allende, como si fuera una joya recuperada del fango del escándalo.

Margarita, envuelta en una mantilla de blonda negra que le confería un aire de piedad trágica, caminaba al lado de su esposo. Era la imagen de la resignación elegante, la mujer que había decidido que el decoro valía más que la verdad. A pocos pasos, Nuño Freije, siempre vigilante, escrutaba la multitud con la desconfianza del que se sabe odiado.

Ernesto sintió que el tiempo se dilataba. El sonido del mundo —el trino de los pájaros, el murmullo de los fieles, el rodar de los carruajes— se desvaneció, dejando solo el rítmico latido de su propio corazón. Dio un paso al frente, emergiendo de la sombra de los soportales con la lentitud de una aparición.

—¡Por don Ceferino! —gritó, y su voz no fue un grito, sino un desgarro de justicia ancestral.

El mulato sacó el arma y apuntó al pecho de Matías, al centro exacto de esa arrogancia que le había arrebatado todo. Pero el destino, ese arquitecto de la tragedia que diseña situaciones dantescas con mano maestra, tiene una inclinación perversa por el error. En el preciso instante en que el percutor golpeaba la cápsula, Matías se inclinó ligeramente para saludar a un conocido, y Margarita, en un gesto instintivo de protección o quizás de mero azar, se interpuso en la trayectoria de la bala.

El estampido rompió el mediodía como un cristal que estalla en mil pedazos.

El proyectil no halló el corazón de piedra del negrero, sino el pecho de la mujer que había guardado sus silencios. Margarita Allende se desplomó sobre el adoquín caliente, con la mantilla negra enredándose en sus piernas como una red de pesca. Una mancha de un rojo obsceno, casi brillante bajo el sol vertical, empezó a extenderse por su vestido de seda, devorando la blancura con una voracidad espantosa.

El caos que siguió fue una sinfonía de gritos y carreras. Matías, al ver a su mujer herida de muerte, dejó escapar un rugido que no era de dolor, sino de una furia animal, la rabia del amo que ve cómo su propiedad más preciada es dañada. Nuño Freije reaccionó con la rapidez del látigo; antes de que el humo del disparo se hubiera disipado, ya se lanzaba sobre Ernesto, que permanecía paralizado, contemplando con horror el cuerpo de la mujer.

Ernesto intentó huir, internándose por las callejuelas que conducían al mercado, pero el destino ya le había echado el lazo. La "fortuna", esa caprichosa deidad cubana, quiso que la bala impactara en la inocente —si es que alguien en aquella casa podía reclamar tal condición—, dejando a Matías vivo para que su venganza pudiera ser aún más atroz.

Mientras Ernesto corría, sintiendo los pasos de Nuño y Matías a sus espaldas, comprendió que su acto no había traído la justicia, sino que había alimentado la hoguera de los Ablanedo con un combustible nuevo y terrible. Margarita Allende, la esposa del terrateniente, yacía muerta en la plaza, y ese cadáver sería ahora el estandarte que Matías usaría para terminar de aniquilar a Gabino Felgueroso.

La tragedia había cambiado de piel, pero su veneno seguía siendo el mismo. Ernesto Mina, el hombre que quiso ser rayo, se convertía ahora en la presa, mientras el eco del disparo seguía rebotando en las paredes de la parroquia, recordándole que, en el alambique de las sombras, la sangre nunca se derrama en balde.

La huida de Ernesto Mina por las callejuelas de La Habana no fue la carrera de un hombre que busca la vida, sino el estertor de quien ya se sabe habitante de la fosa. Sus pies, calzados con alpargatas que el sudor y el miedo habían vuelto resbaladizas, golpeaban el adoquín con un ritmo desacompasado, un eco que rebotaba en las fachadas de colores pastel que ahora, bajo el sol inclemente, parecían burlarse de su desgracia. El aire que entraba en sus pulmones no era oxígeno, sino una masa de fuego y polvo que le quemaba las entrañas.

A sus espaldas, el estrépito de la persecución no era una algazara desordenada, sino una sinfonía de odio coordinado. Escuchaba el grito de mando de Nuño Freije, una voz que restallaba como el látigo sobre la caña, y el rodar frenético del carruaje de Matías, que hendía la multitud con la prepotencia de un ariete. Ernesto se internó en el laberinto del mercado, buscando el amparo de los cestos de mimbre, el olor rancio del pescado y el barullo de los tratantes. Pero el mundo, que siempre había sido un lugar hostil para los de su estirpe, se estaba cerrando como una mano de hierro.

"He fallado", se decía Ernesto en un soliloquio que sabía a hiel y a pólvora. "He querido segar la cabeza del lobo y he cortado la flor del espino. Ahora la sangre de esa mujer mancha mis manos y la de

don Ceferino sigue clamando al cielo sin respuesta". La imagen de Margarita Allende desplomándose como un fardo de seda blanca se le aparecía en cada esquina, una visión que le pesaba más que el propio revólver que, en un descuido de su desesperación, había arrojado a una alcantarilla.

Finalmente, el acorralamiento se produjo en un callejón sin salida que desembocaba en los muelles traseros del puerto, un lugar donde el mar chapoteaba contra la piedra podrida con un sonido de lenguas lamiendo una herida. Ernesto se detuvo, exhausto, con el pecho a punto de estallar. Se volvió y vio aparecer a Nuño Freije. El capataz no traía prisa; caminaba con la parsimonia del verdugo que sabe que el tiempo ya no existe para el reo. Detrás de él, Matías Ablanedo descendió de su calesa. El industrial ya no vestía la arrogancia del banquero, sino la sevicia del señor feudal al que le han arrebatado una pieza de su inventario. Su traje blanco estaba manchado de la sangre de su esposa, una salpicadura que parecía el mapa de una venganza nueva y absoluta.

—Traedlo —ordenó Matías, y su voz no fue un grito, sino un susurro que heló el aire del trópico.

Nuño se lanzó sobre Ernesto con la rapidez del rayo. No hubo lucha, pues la resistencia de Ernesto se había evaporado con el último disparo. Los golpes iniciales no buscaban la inconsciencia, sino el quebranto de la voluntad. El mulato sintió cómo el acero de la bota de Nuño se hundía en su costado, rompiendo costillas como si fueran sarmientos secos. Lo arrastraron no hacia una comisaría, sino hacia las bodegas de un viejo almacén de azúcar de los Ablanedo, un espacio de sombras donde el olor a melaza fermentada recordaba a la sangre coagulada.

Allí, en la penumbra habitada por el polvo y las ratas, comenzó el martirio. Matías se sentó en una caja de madera, observando cómo Nuño ataba a Ernesto a un poste de sostén. La luz se filtraba en haces diagonales por las rendijas del techo, iluminando las motas

de polvo que bailaban como espíritus en torno al cuerpo sufriente del mulato.

—Dime quién te envió —preguntó Matías, mientras encendía un habano con una mano que no temblaba—. Dime que fue Gabino Felgueroso. Dime que ese asturiano de mala muerte puso el arma en tu mano porque no tiene el valor de empuñarla él mismo.

Ernesto levantó la cabeza. Su rostro era ya una máscara de hematomas y sangre, pero sus ojos conservaban el brillo de una lealtad que los Ablanedo nunca podrían comprar.

—He actuado solo, don Matías —dijo, y cada palabra era un estertor de dolor—. Lo hice por don Ceferino. Lo hice porque la tierra no aguanta más vuestra maldad. El señorito Gabino no sabe nada... él es luz y yo soy sombra.

—¡Mientes! —rugió Nuño, asestándole un revés que le partió el labio—. Los de tu clase no tienen voluntad propia. Sois los perros que muerden cuando el amo lo manda. Confiesa que Felgueroso es el arquitecto de este luto.

Comenzó entonces una sesión de tortura que parecía extraída de los anales más oscuros de la inquisición colonial. Nuño utilizó el método del trapiche humano, retorciendo las articulaciones de Ernesto con una frialdad mecánica, buscando el nombre de Gabino en cada grito del torturado. Le quemaron la piel con la punta de los cigarros, le privaron del aire sumergiendo su cabeza en toneles de agua salobre, pero Ernesto Mina se mantenía firme en su único y último acto de heroísmo. En su soliloquio interno, Ernesto se veía a sí mismo como el escudo de Gabino; sabía que si pronunciaba el nombre de su señorito, la tragedia devoraría lo último que quedaba de la esperanza de los Felgueroso.

—Podéis romperme los huesos —decía Ernesto entre dientes, mientras el sudor frío de la postrimería le bañaba la frente—, podéis hacerme pedazos como la caña en el ingenio. Pero no encontraréis

en mi boca la mentira que buscáis. Gabino es inocente de este pecado. Mi mano fue la que disparó y mi alma será la que arda por ello.

Matías Ablanedo se levantó, arrojando el cigarro al suelo y aplastándolo con la bota. Su mirada era de un vacío absoluto. No le importaba la verdad; le importaba la utilidad de la confesión para sus fines. Al ver que el mulato prefería la muerte a la traición, una chispa de respeto perverso cruzó sus ojos de reptil, seguida de una sentencia definitiva.

—Si no me das su nombre, tu vida no vale ni el trapo con el que te amordazas —sentenció Matías—. Nuño, termina con esto. Pero hazlo de modo que su silencio sea también un mensaje. Que Gabino entienda que, aunque este perro no haya hablado, su cadáver será la prueba de su culpabilidad.

Nuño asintió con una sonrisa que era un tajo en la oscuridad. Lo que siguió fue el acto final de la sevicia. Ernesto Mina murió bajo el peso de una violencia que no conocía la medida, jurando hasta su último aliento que había actuado solo por venganza personal. Su cuerpo, roto y ensangrentado, quedó abandonado en la humedad del almacén, mientras el eco de sus gritos parecía quedar atrapado para siempre en las paredes de cal y piedra.

Matías y Nuño salieron a la luz cegadora de La Habana. El industrial se limpió las manos con un pañuelo de batista, sintiendo que la muerte de su esposa había sido el precio necesario para, por fin, tener una excusa irrebatible para hundir a Gabino. No le creían a Ernesto, no porque dudaran de su palabra, sino porque necesitaban que Gabino fuera el culpable. La tragedia había cobrado una nueva víctima, y la sangre del mulato, mezclada con la de Margarita, formaba ahora un río imparable que se dirigía directamente hacia las tierras de los Felgueroso.

La noticia de la muerte de Ernesto Mina no llegó a la hacienda de los Felgueroso envuelta en los lutos oficiales de la parroquia, ni

fue pregonada por las autoridades con el rigor de la justicia. Llegó como llega todo en la isla cuando el miedo impera: a través de un susurro sucio, una confidencia de barbero y el silencio cargado de los braceros que evitaban cruzar la mirada con Gabino. El cuerpo del mulato, según se decía con una crueldad que no necesitaba adjetivos, había sido arrojado a una fosa común en las afueras de la ciudad, desposeído incluso del derecho a una cruz que recordara su lealtad.

Gabino recibió el impacto de la pérdida con una rigidez que bordeaba lo patológico. En la penumbra del porche, donde el aroma a melaza fermentada se mezclaba con el olor de la madera que se pudre bajo la lluvia, el joven asturiano sintió que el círculo de la fatalidad terminaba de cerrarse sobre su cuello. Primero fue el tío Ceferino, segado por el machete de la ambición; ahora era Ernesto, martirizado por un exceso de honor que en aquel paraíso de negreros carecía de valor de cambio.

"Cada hombre que me extiende la mano termina por ser devorado por la sombra de los Ablanedo", se decía Gabino en un soliloquio que ya no era de dolor, sino de una lucidez aterradora. "¿Soy yo el portador de la peste o es que la decencia es un pecado que esta tierra no puede perdonar? Ernesto ha muerto jurando una mentira para salvar mi vida, y esa mentira es ahora el clavo que me mantiene unido a una cruz de impotencia".

La situación económica de la hacienda había cruzado el umbral de la precariedad para entrar en el territorio de la ruina absoluta. Sin Ernesto para supervisar los tajos, con el crédito cortado en todos los bancos de la región por orden expresa de Matías y con los campos asediados por las plagas y la desidia, el ingenio de los Felgueroso era un organismo que se asfixiaba. Gabino intentaba multiplicarse, bajando a los surcos hasta que las manos le sangraban y la espalda se le convertía en un nudo de fatiga, pero el esfuerzo individual es un gesto inútil frente a la maquinaria de un imperio herido.

La sociedad cubana, mientras tanto, le había dictado su sentencia de muerte civil. Tras el asesinato de Margarita Allende, la opinión pública —moldeada por los editoriales que Matías pagaba con generosidad— veía en Gabino no al denunciante de la trata, sino al instigador de un acto terrorista. Era el "gallego resentido" que, incapaz de competir con la aristocracia del azúcar, había enviado a un sicario a manchar de sangre las puertas de la iglesia. Cada vez que bajaba al pueblo a por suministros, Gabino sentía que el aire se apartaba a su paso, que las puertas se cerraban y que los rostros, antes amables, se convertían en máscaras de piedra.

Fue una noche de tormenta seca, de esas en las que el cielo brama pero la tierra sigue sedienta, cuando Gabino comprendió que no podía seguir luchando solo. Estaba rodeado de espectros y de deudas, y el odio de Matías Ablanedo era una marea que no dejaba de subir. Necesitaba un hombre a su lado que no tuviera miedo al vacío porque ya habitara en él. Necesitaba a alguien que conociera el sabor del fracaso y que, sin embargo, conservara la integridad del que ha visto el abismo y no ha parpadeado.

En el rincón más oscuro de su memoria, entre el ruido de las hélices del trasatlántico y el olor a salitre de la tercera clase, emergió una figura: Silvestre.

Recordó a aquel hombre de mirada cansada y manos nudosas, la personificación del "indiano fallido" que le había advertido sobre los espejismos de la isla. Silvestre era un superviviente de sus propios naufragios, alguien que vivía al margen de las glorias azucareras, refugiado en la penumbra de las fábricas de tabaco. Si alguien podía entender a Gabino en aquel momento de aislamiento total, era aquel que ya había aprendido que el éxito en Cuba era a menudo solo un préstamo del diablo.

—Tengo que encontrarlo —susurró Gabino, mientras el resplandor de un rayo iluminaba por un instante el retrato de sus padres que colgaba en la pared, recordándole la distancia insalvable que le separaba de la paz de Asturias—. Silvestre conoce el suelo

que piso. Él sabe que, cuando el mundo te declara la guerra, solo el que ya no tiene nada que perder puede ser tu aliado.

Al día siguiente, Gabino dejó la hacienda a cargo de un viejo bracero que era demasiado anciano para temer las represalias de Nuño y se dirigió a la capital. El viaje fue un calvario de polvo y sospechas. Al llegar a La Habana, la ciudad se le antojó una meretriz vestida de gala que escondía bajo sus faldas la sangre de Margarita y de Ernesto. Preguntó en los muelles, en las tabernas de mala muerte y en los rincones donde el humo del tabaco barato se confunde con la niebla del puerto.

Finalmente, alguien le dio una pista. Un estibador con el que compartió un trago de ron áspero mencionó una fábrica de puros llamada «Los Deliciosos», un caserón de techos altos y atmósfera viciada donde los hombres se consumían torciendo hojas de tabaco por un jornal que apenas daba para soñar.

—Allí lo verás, asturiano —le dijo el hombre—. Silvestre es el que lee las noticias en voz alta para que los torcedores no se mueran de aburrimiento mientras se les va la vida entre los dedos. Es un hombre de letras que la suerte ha dejado sin palabras.

Gabino caminó hacia el barrio industrial, sintiendo que sus pasos le conducían hacia el corazón de su propia tragedia. No sabía qué encontraría, ni si Silvestre querría unir su destino al de un hombre que era el blanco de la ira de los Ablanedo. Pero mientras se acercaba a la fachada desconchada de la fábrica, el joven Felgueroso sintió una extraña paz. Iba al encuentro de un igual, de un espejo donde su propio fracaso cobraba una forma digna. En el alambique de las sombras, la búsqueda de un aliado era el primer movimiento de una resistencia que ya no buscaba el oro, sino la mera justicia de no morir en el olvido.

La fábrica de tabacos «Los Deliciosos» se alzaba en una callejuela donde el aire parecía haber renunciado a su transparencia para convertirse en una suspensión de polvo ambarino. Era un

caserón de techos altísimos y vigas de madera que crujían con el peso de un siglo de humedades, una estructura que exhalaba un hálito denso, una mezcla de fermentación vegetal y el sudor de cientos de hombres que se consumían en silencio. Gabino se detuvo ante el portalón, sintiendo que aquel lugar era, en realidad, un templo dedicado a la paciencia y a la resignación, el último refugio de quienes habían comprendido que la fortuna en la isla no era un fruto que se alcanzaba, sino un espejismo que se desvanecía al intentar tocarlo.

Al entrar, el impacto sensorial le obligó a cerrar los ojos por un instante. No era solo el olor —un aroma acre, dulzón y penetrante que se adhería a la pituitaria con la persistencia de una maldición—, sino el sonido. Un murmullo rítmico, casi litúrgico: el siseo de las cuchillas cortando la capa, el roce de las manos sobre las mesas de madera y, por encima de todo, una voz. Una voz que descendía desde una tribuna elevada, una cátedra de madera carcomida situada en el centro de la gran nave.

Era la voz del Lector. En las tabaquerías de La Habana, el Lector era la balsa de salvación para los torcedores, el hilo de seda que les unía al mundo de las ideas mientras sus dedos ejecutaban la danza monótona de la producción. Gabino caminó entre las filas de hombres encorvados sobre sus tablas, sintiendo sobre sí la mirada de soslayo de aquellos obreros que veían en su traje, aunque ajado, la marca de un mundo que les era ajeno.

Y allí, bajo la luz mortecina que se filtraba por los ventanales altos, reconoció a Silvestre.

El hombre que Gabino había conocido en la cubierta del trasatlántico, aquel que portaba sus fracasos con una elegancia melancólica, parecía ahora una sombra de sí mismo. Silvestre estaba sentado en la tribuna, con un ejemplar de «Los Miserables» entre las manos nudosas. Su rostro, surcado por arrugas que parecían los cauces secos de antiguas penas, estaba iluminado por un candil cuya llama vacilante le confería un aire de profeta olvidado. Su voz,

sin embargo, conservaba una prestancia asombrosa; era una voz de barítono cansado que desgranaba las desventuras de Jean Valjean con una empatía que solo puede tener quien ha conocido las galeras de la vida.

Gabino aguardó en la penumbra hasta que la sesión de lectura terminó. Cuando Silvestre cerró el libro y los tabaqueros prorrumpieron en un rítmico golpeteo de sus chavetas contra las mesas —el aplauso mudo de la fábrica—, el joven asturiano se acercó a la tribuna.

—Silvestre —dijo Gabino, y su voz sonó pequeña en medio de la inmensidad de la nave.

El Lector bajó la vista. Durante unos segundos, el reconocimiento luchó contra la neblina del cansancio en sus pupilas. Finalmente, una chispa de sorpresa, teñida de una tristeza infinita, asomó a sus ojos.

—Gabino Felgueroso... —susurró Silvestre, descendiendo de la tarima con movimientos lentos, como si sus huesos fueran de cristal —. El joven que quería conquistar el azúcar con la mirada limpia. Veo en tu rostro que la isla ya te ha dado vuestra primera lección de hierro.

Salieron al patio trasero de la fábrica, un espacio confinado entre muros de ladrillo visto donde el aire, al menos, no sabía a tabaco fermentado. Silvestre sacó una petaca de plata abollada —un resto de su antigua vida de indiano que aún se resistía a vender— y ofreció a Gabino un sorbo de un aguardiente que quemaba como el remordimiento.

—¿Qué buscas en este muladar, Gabino? —preguntó Silvestre, observando las manos del joven, que aún conservaban el rastro del trabajo rudo—. Los hombres como tu, que todavía tienen tierras y un apellido que defender, no vienen a «Los Deliciosos» a por tabaco, sino a por respuestas que aquí nadie puede dar.

—Busco un aliado, Silvestre —respondió Gabino, clavando su mirada en la del hombre mayor—. He perdido a mi tío, he perdido a mi hombre de confianza y estoy rodeado de buitres que visten de alpaca blanca. Matías Ablanedo ha decidido que mi nombre debe ser borrado de la isla y yo he decidido que no moriré sin haberle devuelto cada una de sus ofensas. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito un capataz, un hombre que sepa leer la intención de los hombres tanto como lee los libros de Víctor Hugo. Necesito a alguien que no tenga miedo al fracaso porque ya lo conoce de memoria.

Silvestre soltó una carcajada amarga que terminó en una tos seca. Miró sus propias manos, manchadas por el hollín del tabaco, y luego miró hacia el horizonte de tejados grises de La Habana.

—Me ofreces el mando de una nave que hace aguas en medio de un huracán —dijo Silvestre—. Sabes que estoy acabado, Gabino. Soy el indiano que regresó con los bolsillos vacíos y el alma llena de polvo. Aquí, en la fábrica, al menos tengo el respeto de los que no tienen nada. En tu hacienda, seré el blanco de las iras de Ablanedo y de ese animal que llaman Nuño Freije.

—Aquí tienes un salario de miseria y una muerte lenta entre hojas de tabaco —replicó Gabino con una dureza que le sorprendió a sí mismo—. En mi hacienda tendréis una yacija digna, una mesa compartida y la oportunidad de volver a ser un hombre de acción. No te ofrezco fortuna, Silvestre; te ofrezco justicia. Te ofrezco la posibilidad de que, cuando llegue tu hora, no sea el olor a tabaco lo último que recordarás, sino el aroma de la tierra que has ayudado a defender.

El silencio que siguió fue denso como la melaza. Silvestre observó a Gabino y vio en él no al muchacho del barco, sino al hombre que la tragedia estaba forjando. Reconoció la misma chispa de desesperación noble que él mismo había tenido antes de que la vida le pasara por encima con su rodillo de indiferencia. Había algo atávico en la propuesta, una llamada a la solidaridad de los derrotados que Silvestre no pudo ignorar.

—Dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo —dijo finalmente Silvestre, guardando la petaca—. Y mi vejez me dice que unirme a ti es comprar un billete de primera clase hacia el cadalso. Pero también me dice que prefiero morir peleando en tus campos que seguir leyendo las penas de otros mientras las mías me devoran el corazón. Acepto, Gabino. Seré tu capataz, tu confidente y, si llega el caso, el que escriba tu epitafio.

Gabino sintió que un peso inmenso se levantaba de sus hombros. Por primera vez en meses, no estaba solo. Tenía a su lado la experiencia del vencido, la sabiduría del que ya no espera nada y, por tanto, nada teme. Aquel pacto, sellado en el patio trasero de una fábrica de tabacos, bajo el cielo plomizo de La Habana de 1942, era el inicio de una nueva fase en la tragedia de los Felgueroso.

—Partiremos mañana al alba —sentenció Gabino—. Hay mucho que reconstruir y muy poco tiempo antes de que los Ablanedo vuelvan a golpear.

Silvestre asintió, enderezando la espalda por primera vez en años. La metamorfosis del indiano fallido en hombre de confianza acababa de comenzar. En el alambique de las sombras, la mezcla de la juventud herida de Gabino y la madurez amarga de Silvestre prometía un destilado de resistencia que ni siquiera Matías Ablanedo, en su palacio de cristal, sería capaz de prever. La cacería de los espectros continuaba, pero ahora, el cazado empezaba a mostrar los dientes.

El regreso de Gabino a su hacienda, escoltado por la presencia enjuta y doctoral de Silvestre, no tuvo el aire de una victoria, sino el de una conjura silenciosa. Cruzaron los lindes de la propiedad cuando el sol empezaba a declinar, proyectando sombras alargadas que parecían dedos señalando las heridas de la tierra. La casona, despojada ya de la vitalidad que el tío Ceferino le insuflara, les recibió con el crujido de las maderas que se dilatan por el calor acumulado. Silvestre, con su pequeño equipaje de libros y recuerdos

amargos, observó el horizonte de cañaverales con una mirada que ya no buscaba la belleza, sino la utilidad.

—Aquí tienes tu reino de ceniza, Gabino —dijo Silvestre, dejando su maleta en el suelo de baldosas desconchadas—. Es un lugar hermoso para morir, pero nosotros hemos venido para aprender a vivir de nuevo.

La integración de Silvestre en la rutina de la hacienda fue un proceso de decantación lenta. El "indiano fallido" no tardó en demostrar que su fracaso no se debía a la falta de luces, sino a un exceso de sensibilidad en un mundo de hienas. Bajo su tutela, Gabino empezó a transformar su rabia en método. Silvestre no solo traía consigo el conocimiento de los libros, sino una comprensión profunda de las debilidades humanas y de los entresijos de la administración que había observado, como un espectador herido, durante sus años de miseria en La Habana.

Durante las noches, a la luz de un quinqué que devoraba el aceite con la misma avidez que ellos devoraban los planes de futuro, ambos forjaron una amistad que trascendía la relación de patrón y capataz. Era una comunión de desamparados. Gabino le hablaba de su dolor por María y de la traición de Carolina; Silvestre, por su parte, desgranaba sus propios naufragios, enseñándole que el éxito es a menudo una máscara de la crueldad, mientras que el fracaso puede ser el crisol de la verdadera nobleza.

—Para vencer a Matías Ablanedo, Gabino, no necesitas ser más fuerte que él, sino más libre —le decía Silvestre mientras revisaban los libros de cuentas—. Él está encadenado a su propia avaricia y a la sangre que ha derramado. Tú, que ya lo has perdido todo, no tienes nada que esconder. Esa es tu mayor ventaja.

A medida que los meses pasaban y el calendario se adentraba en 1943, la hacienda empezó a experimentar una metamorfosis asombrosa. Silvestre, saliendo del pozo de su propia desidia, recuperó el brillo en la mirada. Se convirtió en el arquitecto de la

recuperación. Juntos, implementaron técnicas de molienda que Silvestre había estudiado en tratados que los industriales cubanos despreciaban por considerarlos teóricos. Organizaron a los pocos braceros que quedaban no con el látigo, sino con la promesa de una justicia que el ingenio de los Ablanedo nunca podría ofrecer.

Gabino, por su parte, se sumergió en el estudio del negocio con una disciplina monacal. Ya no era el mozo asturiano que miraba las nubes esperando la lluvia; ahora era un experto en la gestión del azúcar. Aprendió a distinguir la calidad del jugo por el simple tacto, a calcular el rendimiento de la zafra con una precisión que asombraba a los veteranos y a entender los flujos del mercado internacional, que en aquellos años de guerra mundial empezaba a demandar el dulce producto con una urgencia febril.

Sin embargo, la sombra de los Ablanedo seguía proyectándose sobre ellos. Matías, desde su mansión, observaba con incredulidad y furia cómo el sobrino del muerto, al que creía hundido en la indigencia, lograba levantar cabeza. Nuño Freije intentaba sabotear los transportes, pero se encontraba con la vigilancia astuta de Silvestre, que parecía adivinar los movimientos del enemigo antes de que estos se produjeran.

—Estamos creciendo, Silvestre —dijo Gabino una tarde, mientras observaba el humo blanco que ascendía de la chimenea del ingenio, señal de que la molienda marchaba a pleno rendimiento—. Pero seguimos siendo prisioneros. Matías controla los muelles, controla los barcos y controla a los intermediarios. Todo lo que producimos tiene que pasar por sus manos, y él se queda con la mejor parte, ahogándonos con comisiones y retrasos calculados.

Silvestre asintió, limpiándose las gafas con un pañuelo.

—Es el monopolio del miedo, Gabino. Matías es el aduanero de tu fortuna. Si quieres ser verdaderamente independiente, debes saltar sobre su cabeza. Necesitas clientes propios, exportadores que

no teman el nombre de Ablanedo porque sus mercados están más allá del horizonte, en Nueva York o en Londres.

Aquel fue el momento en que Gabino tomó la decisión que marcaría el destino de la tragedia. Entendió que, para sobrevivir en aquel alambique de sombras, debía dejar de ser un productor local para convertirse en un actor internacional. El plan era arriesgado: buscar contratos directos, esquivando la red de influencias de Matías en la isla. Era una declaración de guerra comercial que, de fracasar, le llevaría directo a la cárcel o a la tumba.

—Lo haremos —sentenció Gabino, y en sus ojos ya no había rastro del joven que lloraba en la cubierta del barco—. Iré a La Habana, no a buscar aliados en las tabernas, sino en los consulados y en las oficinas de las navieras extranjeras. Si el azúcar de los Felgueroso es el mejor de la región, los ingleses y los americanos sabrán apreciarlo, por mucho que Matías intente ensuciar nuestro nombre.

Gabino y Silvestre, los dos hombres que la vida había intentado aniquilar, permanecían en el porche de la hacienda, contemplando cómo el sol se ponía sobre un mar de caña que ahora les pertenecía por derecho de esfuerzo. Habían salido de la miseria absoluta, habían forjado una lealtad a prueba de fuego y estaban listos para dar el salto hacia la libertad económica. Pero en la distancia, las luces de la mansión de los Ablanedo parpadeaban como ojos de un monstruo herido que se prepara para el ataque final. La paz de 1943 era solo el preludio de una tempestad que, cuando estallara, no dejaría piedra sobre piedra.

CAPÍTULO 7

El Incendio de los Ídolos

El año de 1944 amaneció sobre la isla de Cuba con una luz que parecía filtrada por el tamiz de la guerra que asolaba el viejo mundo. Aunque el estrépito de los cañones en Europa llegaba solo como un eco amortiguado por la inmensidad del Atlántico, el azúcar se había convertido en el combustible de una maquinaria global de muerte y supervivencia. Para Gabino Felgueroso, sin embargo, la guerra no era un evento de mapas y trincheras, sino una lid diaria por el derecho a existir en una tierra que Matías Ablanedo pretendía convertir en su propio coto de caza y olvido.

Gabino y Silvestre, desde su pequeña hacienda, observaban el horizonte con la cautela de quienes se saben rodeados. Bajo la dirección de Silvestre, el ingenio de los Felgueroso había recuperado una vitalidad que rozaba lo milagroso, pero cada saco de azúcar que salía de sus trapiches era una afrenta directa al orgullo de Matías. El industrial, viendo que el sabotaje físico y el martirio de Ernesto no habían bastado para quebrar al "asturiano insolente", decidió que era hora de aplicar la ley del vacío.

—No hay necesidad de quemar su caña todavía, Nuño —decía Matías en el salón de su mansión, mientras el humo de su habano se enredaba en las cortinas de terciopelo—. Basta con que su azúcar no tenga puerto donde descansar ni barco que la transporte. Vamos a convertir su fortuna en un fardo inútil que se pudra bajo el sol.

Matías utilizó su influencia como un pulpo que extiende sus tentáculos sobre cada resquicio del comercio habanero. Los consignatarios de buques, los jefes de aduanas y los grandes exportadores recibieron instrucciones precisas: cualquier trato con Gabino Felgueroso significaría el fin de las relaciones con el imperio de los Ablanedo. Era una sentencia de asfixia comercial. Gabino veía cómo sus almacenes se llenaban de un producto de calidad superior

que, sin embargo, nadie se atrevía a comprar por miedo a despertar la ira del negrero.

En su pensamiento, Gabino sentía que el éxito era una trampa más dolorosa que el fracaso. "¿De qué sirve que la tierra me entregue su mejor jugo si el mundo ha decidido que mi nombre es veneno?", se preguntaba mientras recorría las naves de almacenamiento con Silvestre. "He aprendido a domar la caña, a refinar el azúcar hasta que brilla como la nieve de las cumbres de Asturias, solo para ver cómo Matías levanta un muro de silencios y negativas en cada puerto".

Silvestre, sin embargo, no permitía que la desesperación de Gabino cristalizara. Su experiencia como hombre de letras y fracasado profesional le otorgaba una perspectiva que el joven aún no poseía.

—Matías es dueño de la isla, Gabino, pero no es dueño del océano —le recordaba Silvestre con una calma doctoral—. En medio de esta guerra mundial, el hambre de azúcar de los aliados es más fuerte que el miedo a un terrateniente local. Si no podemos salir por la puerta principal de La Habana, buscaremos una grieta en la noche, un contrato directo con navieras que no le deban nada a los Ablanedo.

Mientras Gabino luchaba en los mercados, el interior de la mansión de los Ablanedo se transformaba en un escenario de degradación moral que ni siquiera el lujo más obsceno podía ocultar. Carolina, casada con Nuño Freije por un despecho que ya se le había vuelto en contra como una hoja de doble filo, vivía sumida en una depresión que le había robado la luz de la mirada. La depresión se acrecentó aún más cuando Carolina dio a luz a su primer hijo al que llamaron Víctor. El estado anímico de Carolina se caracterizaba por tristeza, ansiedad, irritabilidad, falta de energía y problemas para vincularse con su bebé. El trato recibido de su esposo no ayudaba. Su matrimonio era un desierto de violencia y humillación. Nuño, investido ahora con el poder del apellido Ablanedo y con la bendición

del patrón, se comportaba con ella con el machismo rudo y controlador de quien sabe que posee un trofeo, no una compañera.

Carolina era una prisionera de seda. Nuño le controlaba las visitas, le censuraba las lecturas y, en la intimidad de la alcoba, le recordaba con cada gesto de fuerza que ella era el precio que Matías había pagado por su lealtad absoluta. Pero el golpe definitivo a la dignidad de Carolina llegó cuando Matías, envalentonado por su impunidad y quizás por un sentimiento de finitud tras la muerte de su esposa Margarita, decidió traer a la casa principal a su amante, Celia, y a la hija de ambos, Marina.

La llegada de la mujer afroamericana y la pequeña mulata a la residencia señorial fue un escándalo silencioso que fracturó los últimos restos de armonía en el hogar. Celia se movía por los pasillos con una discreción que, paradójicamente, resultaba insultante para Carolina. Ver a su hermanastra, esa niña que guardaba los ojos de su padre, jugar en los mismos jardines donde ella había perdido su inocencia y en los que ahora jugaba su hijo Víctor, era para Carolina una humillación insoportable.

—Es mi casa, Carolina —le decía Matías con una frialdad que helaba la sangre—. Y en mi casa, mis deseos son la única ley. Celia me ha dado la compañía que tu madre, con su rigidez de mármol, nunca supo ofrecerme. Acéptalo o retírate a tus aposentos, pero no vuelvas a cuestionar la presencia de mi sangre bajo este techo.

Carolina se sumía en el alcohol y en los soliloquios del odio. Odiaba a su padre por su doblez, odiaba a Nuño por su brutalidad, odiaba a su hijo por ser el causante de su languidez y, por encima de todo, odiaba a Gabino por haber sido el primero en señalar la podredumbre de aquel imperio. En su mente enferma por el encierro y la depresión, Gabino no era el hombre que intentó salvarla, sino el causante indirecto de su caída. Si él no hubiera hablado, si él hubiera aceptado las reglas del juego de la isla, ella aún viviría en la ignorancia dorada de su juventud.

Aquellas navidades, el aire de Pinar del Río no trajo el alivio de la brisa, sino un bochorno que parecía fermentar los silencios en los pasillos de la mansión de los Ablanedo. Fue entonces cuando Carolina, atrapada en el purgatorio de su propia soledad y bajo el peso de un apellido que le devoraba las entrañas, intentó quitarse la vida. El néctar de las sombras, esta vez destilado en un frasco de láudano olvidado sobre su mesilla de caoba, estuvo a punto de sellar su destino antes de tiempo.

La rápida intervención del doctor **Mauro Aguilar**, cuya presencia en la hacienda era ya casi la de un notario de la decadencia familiar, evitó que el luto de los Ablanedo se tiñera de una tragedia definitiva. Aguilar, con la eficiencia de quien conoce los secretos más oscuros de la estirpe, logró arrancar a la heredera de los brazos de un sueño letárgico, dejando tras de sí un rastro de náusea y una deuda de gratitud que Carolina, en su soberbia, nunca perdonaría del todo. El suceso se ocultó bajo el manto de un síncope por el calor, pero en la penumbra de la alcoba, el doctor y su paciente supieron que la muerte ya había marcado su territorio.

El año de 1945 avanzaba como un tren de carga cargado de pólvora. En la hacienda Felgueroso, Gabino y Silvestre preparaban en secreto un gran trato para exportar su azúcar directamente a un consorcio británico, una maniobra que, de tener éxito, rompería definitivamente el embargo de Matías. En la mansión de los Ablanedo, la tensión entre Carolina, Nuño y la presencia de Celia creaba una atmósfera eléctrica que solo necesitaba una chispa para estallar. La tragedia estaba dejando de ser un pleito de tierras y deudas para convertirse en una conflagración de almas heridas. Gabino no lo sabía, pero mientras él cerraba tratos en las sombras de los muelles, el rastro de la venganza de Nuño ya estaba marcado sobre su propia puerta.

La salida de Gabino hacia La Habana, bajo el amparo de una madrugada sin luna, tuvo el sigilo de una deserción y la gravedad de un rito funerario. No utilizó los caminos reales, vigilados por los ojos

remunerados de Matías, sino sendas de herradura que se internaban en la manigua, donde el lodo y la maleza parecían conspirar para engullir sus pasos. A lomos de un mulo cuya resistencia superaba a la de cualquier caballo de casta, Gabino sentía el peso del maletín de cuero contra su costado; en su interior, los documentos que acreditaban la pureza de su azúcar y los borradores de un contrato que debía ser su salvación o su mortaja.

Mientras se alejaba, Gabino no pudo evitar volver la vista hacia la hacienda. En la penumbra, la silueta de la casona se alzaba como un baluarte sitiado. Allí quedaba Silvestre, el hombre que había trocado los libros por la vigilancia, asumiendo la custodia de un patrimonio que ya no era solo tierra, sino el honor de una estirpe.

"He dejado a un náufrago al frente de un incendio", pensaba Gabino mientras el chapoteo de las patas del animal en el barro rítmicamente acompañaba su soliloquio interno. "Si fracaso en la ciudad, si los británicos rechazan mi oferta o si los agentes de Matías me interceptan antes de llegar al consulado, Silvestre será el primero en arder. Estoy jugando con la vida de los pocos que aún me aman como si fueran peones en un tablero de ajedrez que no acabo de comprender".

La Habana, a la que Gabino llegó tras dos días de marcha agotadora, era un hervidero de intrigas internacionales y sombras de guerra. En los muelles, los marineros de las armadas aliadas mezclaban su acento extranjero con el pregón de los vendedores de frutas, y el aire olía a una mezcla embriagadora de fueloil y salitre. Gabino se movió por la ciudad con la cautela de un espectro, refugiándose en pensiones de mala muerte donde el anonimato se compraba con una moneda de plata y el silencio era la única ley respetada.

Mientras tanto, en la hacienda, el vacío dejado por Gabino fue llenado de inmediato por el hedor de la amenaza. Nuño Freije, cuya intuición para la violencia era tan afilada como su machete, no tardó en percibir la ausencia del patrón asturiano. No necesitó pruebas; le

bastó observar el silencio inusual de los campos y la mirada tensa de Silvestre desde el porche para comprender que algo se urdía en la sombra.

Nuño comenzó entonces lo que él llamaba "la doma del silencio". No era un ataque frontal, sino un asedio psicológico diseñado para desmoronar los nervios de los braceros y poner a prueba la entereza del nuevo capataz. Cada tarde, al caer el sol, Nuño aparecía en el límite de las tierras, montado en su semental negro, flanqueado por dos matones que portaban sus armas con una negligencia insultante. No invadían la propiedad, pero su presencia en la linde era una declaración de guerra no escrita. Permanecían allí, inmóviles, como estatuas de obsidiana recortadas contra el rojo violento del crepúsculo cubano, observando cómo los hombres de Gabino regresaban del tajo con el miedo cosido a la nuca.

Silvestre, apoyado en la barandilla del porche, sostenía un viejo fusil de caza con una naturalidad que ocultaba el temblor de su alma. Él, que había pasado años leyendo tragedias clásicas a los torcedores de tabaco, comprendía que ahora era él quien habitaba una de ellas.

—¿Buscas algo en esta linde que no sea tu propia sombra, Nuño? —gritó Silvestre una tarde, con una voz que portaba el eco de una dignidad que el capataz de los Ablanedo despreciaba.

Nuño dejó escapar una risa seca, un sonido que recordó al roce de un cuchillo contra una piedra de afilar.

—Busco el rastro del amo, viejo —respondió Nuño, espoleando ligeramente al animal para que diera vueltas en el mismo sitio—. Dicen que los perros se vuelven locos cuando el dueño se ausenta, y me preguntaba si tú has aprendido ya a ladrar o si sigues rumiando esos libros que tanto te gustan. La tierra tiene hambre, Silvestre. Y el azúcar de los Felgueroso empieza a oler a rancio.

El asedio fue subiendo de intensidad. Durante las noches, Nuño ordenaba a sus hombres que hicieran restallar los látigos cerca de los barracones, un sonido que en la quietud de la manigua resonaba como disparos. A veces, lanzaban antorchas apagadas hacia los cercados de los animales, una advertencia muda de que el fuego estaba a solo una chispa de distancia. Los braceros, hombres curtidos por el sol pero quebrados por el miedo a las represalias de los Ablanedo, empezaron a flaquear. El rumor de que Gabino había huido para siempre, abandonándolos a su suerte, se extendía como un moho negro por las galeras.

Silvestre se veía obligado a caminar entre ellos, repartiendo palabras de aliento que él mismo sentía vacías. "Gabino volverá con la libertad bajo el brazo", les decía, mientras en su fuero interno se preguntaba si su joven amigo no habría sido ya devorado por la maquinaria de Matías en algún callejón de la capital.

La soledad de Silvestre era absoluta. En las noches de vigilia, mientras el humo de su cigarro se mezclaba con la bruma que subía de los cañaverales, el antiguo Lector mantenía soliloquios con la oscuridad. Se veía a sí mismo como un figurante al que la vida le había otorgado de repente el papel de protagonista en una escena de sangre. "¿Qué derecho tengo yo a pedirles heroísmo a estos hombres?", se preguntaba, sintiendo el peso del fusil sobre las rodillas. "Yo soy un hombre de palabras, un indiano que regresó con el alma vacía, y aquí estoy, defendiendo una trinchera de azúcar contra un monstruo que no conoce la piedad. Si Gabino no regresa pronto, esta casa no será un hogar, sino una pira funeraria".

Lejos de allí, en un reservado oscuro de una taberna cercana al puerto de La Habana, Gabino se encontraba finalmente frente a frente con el representante de una naviera británica. El hombre, un inglés de rostro curtido por los vientos de todos los océanos, observaba los documentos de Gabino con una impasibilidad británica. El destino de la hacienda, la vida de Silvestre y el futuro de la tragedia pendían de un hilo de tinta en medio del humo del

tabaco y el murmullo de una ciudad que ignoraba que, en aquella mesa, se estaba declarando la independencia de un hombre contra un imperio.

La oficina de la naviera británica, situada en una callejuela que exhalaba el aliento húmedo del puerto de La Habana, era un reducto de sobriedad anglosajona en medio del desorden tropical. Paredes de madera de teca oscura, mapas de rutas marítimas donde los convoyes esquivaban la sombra de los submarinos alemanes y un silencio que solo era roto por el rítmico tictac de un reloj de péndulo. Allí, Mr. Sterling, un hombre cuya piel tenía la palidez de la calina londinense, observaba a Gabino Felgueroso a través de unas gafas de montura de oro.

Para el inglés, el azúcar de los Felgueroso no era una tragedia, ni un nombre, ni una deuda de sangre; era una cifra de pureza y un tonelaje necesario para endulzar la fatiga de un imperio en guerra. Gabino, sentado frente a él, sentía que sus manos, todavía marcadas por el trabajo en el ingenio, eran un anacronismo en aquel templo de la burocracia comercial.

—Sus condiciones son arriesgadas, Mr. Felgueroso —dijo Sterling, con un castellano preciso y gélido—. Saltarse a los intermediarios locales en esta isla es como intentar navegar contra un huracán en una balsa de mimbre. Sé quién es Matías Ablanedo. Sé que su sombra llega hasta los muelles de Nueva York.

—Entonces sabrá también que mi azúcar es la mejor de la provincia —respondió Gabino, y su voz, forjada en el soliloquio de la resistencia, no flaqueó—. Matías Ablanedo es dueño de los hombres, pero no del hambre de sus ejércitos. Si firman este contrato, tendrán un suministro directo que no depende de los caprichos de un terrateniente, sino del honor de un hombre que ya no tiene nada que perder.

Sterling guardó silencio durante un minuto que a Gabino se le antojó una eternidad de piedra. El reloj de péndulo parecía contar

las últimas gotas de esperanza de la hacienda. Finalmente, el inglés mojó la pluma en el tintero de cristal y estampó su firma sobre el pergamino. El sonido del metal rasgando el papel fue, para Gabino, la música más dulce que había escuchado desde que partió de Asturias. Era la independencia. Era la victoria sobre el asedio invisible de Matías.

Sin embargo, en el instante exacto en que Gabino guardaba el documento en su maletín, la puerta de la oficina se abrió con una violencia que hizo que Sterling frunciera el ceño. Un muchacho del puerto, descalzo y cubierto de una pátina de hollín y salitre, entró buscando aire con la desesperación de un ahogado.

—¿Don Gabino? —preguntó el joven, con los ojos dilatados por un pavor que no necesitaba palabras—. Me envía un hombre que se llama Silvestre. Ha llegado esta mañana en el vapor de cabotaje. Dice que el lobo ya no espera en la linde. Dice que Nuño Freije ha cruzado el río y que el cielo sobre sus tierras se ha vuelto negro.

El corazón de Gabino sufrió un síncope de fuego. El triunfo, que apenas hacía un minuto sabía a miel, se tornó de golpe en un sabor a ceniza y hierro. No hizo falta que el muchacho terminara la frase; la intuición de la tragedia, ese sentido atávico que Gabino había desarrollado en el alambique de las sombras, le gritó que el tiempo de las firmas había terminado y el tiempo de la sangre regresaba con una furia renovada.

Salió de la oficina sin despedirse, dejando a Sterling con la pluma en el aire y la mirada perdida en un contrato que ahora olía a peligro. La Habana, con su bullicio de ciudad que se cree eterna, se convirtió para Gabino en una trampa de calles estrechas y rostros indiferentes. Corrió hacia las caballerizas del extrarradio, donde su mulo aguardaba, sintiendo que cada segundo que pasaba era una bofetada de Nuño sobre el rostro de Silvestre.

El viaje de regreso no fue una travesía, sino una caída hacia el abismo. Gabino no reparó en el descanso del animal, ni en la sed

que le secaba la garganta, ni en las espinas de la manigua que le desgarraban la camisa. Su soliloquio interno era un grito constante de culpa. "He buscado el oro de los ingleses mientras dejaba a un viejo poeta custodiando un osario", se repetía, espoleando al animal con una saña que nacía de su propio odio. "Silvestre es el escudo que he puesto ante mi propia ambición, y ahora la sombra de los Ablanedo va a devorarlo por mi causa".

A medida que se acercaba a sus tierras, el aire empezó a cambiar. No era ya la humedad salina del Caribe, ni la fragancia de las flores que Carolina amaba. Era un olor acre, penetrante y fúnebre: el olor de la caña quemada. Es un aroma que en Cuba significa el fin de todo, la muerte del ciclo de la vida, el sacrificio de la esperanza en el altar de la venganza. El cielo, que en la capital era de un azul insultante, se tornó aquí de un gris plomizo, cargado de briznas negras que flotaban en el viento como espectros de una fortuna destruida.

Al llegar a la última colina que precedía a su hacienda, Gabino detuvo al animal. Sus ojos se llenaron de un horror que ninguna palabra podría describir. El horizonte, que hasta hace unos días era un mar de verde vibrante donde el azúcar crecía hacia la luz, era ahora un desierto de ceniza humeante. El incendio no había sido un accidente; se veía el rastro metódico de las antorchas, la geometría del odio de Nuño Freije impresa sobre la tierra de los Felgueroso.

—Dios mío... —susurró Gabino, y su voz se perdió en el crepitar de las brasas que aún resistían en los márgenes del camino.

Bajó del mulo y empezó a correr hacia la casona, con el maletín de los ingleses —su victoria inútil— golpeándole el costado. El silencio era absoluto, un silencio de tumba que solo era roto por el llanto de algún pájaro que buscaba su nido entre los troncos carbonizados. No vio a los braceros; el miedo los había dispersado como hojas en medio de la tormenta. Estaba solo en medio de su ruina, caminando sobre el sudario negro de lo que fuera su vida.

Al acercarse al porche de la casona, que permanecía en pie como un esqueleto calcinado por el humo pero no por las llamas, divisó una mancha blanca sobre las baldosas. Sus piernas, que habían resistido el galope de dos días, flaquearon. La tragedia estaba a punto de cobrar su precio más alto, y Gabino Felgueroso, el indiano que quiso desafiar a los dioses del azúcar, comprendió que no hay contrato en el mundo que pueda asegurar la vida de un hombre cuando el lobo ha decidido que la noche le pertenece.

Gabino Felgueroso avanzaba por lo que otrora fuera el camino de acceso a su esperanza, pero que ahora no era sino un cauce de desolación. Sus botas, aquellas que habían recorrido los despachos de mármol de La Habana y los muelles de salitre, se hundían en una capa de ceniza tibia que crujía con un sonido de huesos triturados. El aire no era ya el oxígeno vibrante del trópico, sino una masa densa de partículas en suspensión, una nieve negra que se adhería a la piel, a la ropa y a las pestañas, tiñendo el mundo de un monocromo fúnebre. No había rastro del verde lujurioso de la caña; solo quedaban los tallos carbonizados, erguidos como dedos acusadores que señalaban a un cielo que se negaba a llorar.

En su bolsillo, el contrato firmado con la naviera británica —aquel pergamino que debía ser el acta de su independencia— pesaba ahora como un lingote de plomo. ¿De qué servía el compromiso de los barcos si la carga era ahora un desierto de hollín? La ironía de la tragedia le golpeaba en las sienes con la cadencia de un martillo: había ganado la guerra comercial en los salones solo para encontrar su reino convertido en una pira funeraria.

Al acercarse a la casona, el silencio se volvió absoluto, un vacío sonoro que solo era roto por el rítmico jadear de su propia respiración. Y allí, en el porche, la mancha blanca cobró una forma que Gabino reconoció con un desgarro en las entrañas.

Era Silvestre.

El antiguo Lector, el hombre que había intentado rescatar la dignidad de entre las hojas de tabaco, yacía contra la barandilla de madera. Su camisa blanca, símbolo de una pureza que la isla no toleraba, estaba ahora desgarrada y empapada de un rojo que bajo la luz plomiza parecía casi negro. Su rostro, aquel mapa de fracasos nobles, era una geografía de hematomas y cortes. Nuño Freije no se había conformado con quemar la tierra; había querido firmar la obra sobre la carne del único amigo que le quedaba al asturiano.

Gabino se dejó caer de rodillas a su lado, arrojando el maletín de cuero con un desdén absoluto. Tomó la cabeza de Silvestre entre sus manos, sintiendo el calor agónico que aún emanaba de aquel cuerpo quebrado.

—Silvestre... amigo... —susurró Gabino, y su voz fue un quebranto de ceniza.

Silvestre abrió los ojos con una lentitud que denotaba que el alma ya estaba soltando las amarras. Una pequeña sonrisa, cargada de una ironía trágica y literaria, asomó a sus labios ensangrentados.

—Has tardado... mucho... Gabino —articuló con un esfuerzo sobrehumano, mientras un hilo de sangre asomaba por la comisura de su boca—. El lobo... el lobo no lee a Víctor Hugo... El lobo solo entiende... de incendios.

—No hables, Silvestre. Te sacaré de aquí. Los británicos... han firmado. Tenemos los barcos. Saldremos adelante —mintió Gabino, y la mentira le amargó la lengua como la hiel.

Silvestre negó levemente con la cabeza. Su mano nuda buscó la de Gabino, apretándola con una fuerza que era el último resto de su voluntad.

—El azúcar... es ceniza, Gabino. Y yo... yo solo soy el epílogo de un libro que nunca debimos abrir. No llores por mí... He muerto como un hombre de acción... no como un torcedor de sombras.

Un espasmo recorrió el cuerpo del capataz. Sus ojos se fijaron en un punto invisible más allá de los cañaverales quemados, quizás buscando las verdes colinas de una Asturias que ahora le parecía un paraíso de otra vida. Con un suspiro largo, que llevó consigo el último aroma de tabaco y tinta de su existencia, Silvestre se desvaneció en los brazos de Gabino. El "indiano fallido" había completado su periplo, encontrando en la muerte la paz que la fortuna le había negado en vida.

Gabino permaneció inmóvil, sosteniendo el cadáver mientras la noche empezaba a descender sobre la hacienda calcinada. Se sintió el centro de un universo de ruina. Miró sus manos, manchadas ahora con la sangre de su amigo y el hollín de su patrimonio. En su soliloquio interno, una voz gélida y precisa sustituyó al llanto. Ya no había espacio para la negociación, ni para los contratos, ni para la ley de los hombres. El sistema le había fallado, la justicia se había reído en su cara y el amor se había refugiado en los brazos de su verdugo.

"He intentado ser justo en una tierra de depredadores", pensó Gabino, dejando el cuerpo de Silvestre sobre las baldosas con una delicadeza ritual. "He intentado ser libre y me han dado el látigo. Ahora, solo queda el honor. Ese honor antiguo que mi padre me enseñó en los establos de Asturias, el honor que no necesita de sellos ni de barcos, sino de hierro y de verdad".

Se puso en pie. Sus ojos, antes limpios y llenos de sueños, eran ahora dos cuentas de cristal oscuro donde ardía un fuego que nada podría apagar. Entró en la casona, que olía a humo y a abandono. Se dirigió al despacho del tío Ceferino y abrió el cajón secreto del escritorio de caoba. Allí, envuelto en un paño de aceite, descansaba el revólver. Era un arma antigua, de ánima pesada y empuñadura de nácar, un objeto que pertenecía a una era de duelos y de sangre que Gabino creía superada.

Lo cargó con una parsimonia litúrgica. Cada bala que entraba en el tambor era un nombre: Ceferino, Ernesto, Silvestre, su propia

juventud perdida. El peso del metal en su mano le devolvió una seguridad que la pluma de Mr. Sterling no había logrado otorgarle.

Salió de nuevo al porche, donde la nieve negra seguía cayendo con una indiferencia divina. Miró hacia la colina donde la mansión de los Ablanedo brillaba con la insolencia de sus luces eléctricas. Allí estaban ellos: Matías, el arquitecto de su ruina; Carolina, la mujer que prefería la sombra al dolor de la luz; y Nuño, el brazo ejecutor que había convertido su paraíso en un osario.

—Se acabó el tiempo de los hombres —dijo Gabino, y su voz no fue más que un roce de aire en la noche—. Empieza el tiempo de las Erinias.

Sin mirar atrás hacia el cuerpo de Silvestre, sin detenerse a contemplar las cenizas de su fortuna, Gabino empezó a caminar hacia la mansión. No corría; su paso era el de quien cumple un destino ineludible, una marcha fúnebre que solo terminaría cuando el hierro hablara. El indiano que quiso ser rey se dirigía ahora a su última lid, portando en el pecho el frío de la muerte y en la mano la única justicia que la isla le permitía empuñar.

El ascenso hacia la mansión de los Ablanedo fue una procesión de un solo hombre a través de un valle de sombras. Gabino Felgueroso no caminaba como un fugitivo, sino con la pesadez de quien porta sobre sus hombros el testamento de una estirpe aniquilada. La nieve negra de la caña calcinada se quedaba atrás, sustituida por el césped impecable y los senderos de gravilla blanca que conducían al palacio de Matías. La mansión, iluminada con una insolencia eléctrica que hería la noche, se alzaba ante él como un altar de mármol construido sobre un osario. El contraste era un insulto: a un lado, el hedor a muerte de Silvestre y la ruina; al otro, el aroma a jazmín y la luz quirúrgica de la opulencia.

Gabino no buscó las sombras ni las entradas de servicio. Cruzó el umbral de la escalinata principal con el revólver de nácar oculto, pero con la mirada ya convertida en un arma. En el gran salón, bajo

la lámpara de araña que multiplicaba la luz en mil fragmentos de cristal, se encontraba la escena que la fatalidad había diseñado. Nuño Freije, con una copa de coñac en la mano y la arrogancia de quien se cree dueño del destino, reía ante un comentario de Matías. Carolina, sentada en un diván de terciopelo, parecía una muñeca de porcelana rota, con los ojos perdidos en el vacío de su propia desesperación.

La entrada de Gabino silenció la estancia con la brusquedad de un tajo. Nuño dejó la copa sobre una mesa de marquetería, y en su rostro la sorpresa se transformó lentamente en una mueca de desprecio triunfal.

—Vaya, el indiano de ceniza ha regresado —dijo Nuño, dando un paso al frente—. Llegas tarde para la cosecha, Felgueroso. Tu tierra ha decidido volverse negra, como tu suerte.

Gabino no respondió al escarnio. Sus ojos se fijaron en Nuño con una frialdad que detuvo el aire en el salón.

—Nuño Freije —comenzó Gabino, y su voz no era la de un hombre, sino el eco de una sentencia—, has quemado mi tierra y has asesinado al último hombre que me amaba. Has convertido el honor en una alcantarilla. No he venido a pedir justicia a los tribunales de tu patrón, porque en esta isla la justicia es una ramera que cobra en azúcar. He venido a reclamar la única deuda que se paga con la vida.

Matías Ablanedo, desde su sillón de orejas, observaba la escena con la curiosidad de un entomólogo que estudia la agonía de un insecto. Hizo un gesto a sus guardaespaldas para que no intervinieran. Para él, aquello era un espectáculo final, la resolución de un problema que ya no necesitaba de sobornos.

—¿Un duelo, asturiano? —preguntó Nuño, con una carcajada que resonó falsa contra las paredes de mármol—. ¿Crees que este es

el siglo pasado? Los hombres como yo no se baten por honor; los hombres como yo simplemente eliminan lo que les estorba.

—Si tienes la mitad de valor que de crueldad, Nuño, aceptarás —replicó Gabino, sacando el revólver de nácar y depositándolo sobre una mesa auxiliar con una parsimonia litúrgica—. O puedes mandar a tus perros que me maten aquí mismo, confirmando que eres tan cobarde como negrero es tu suegro.

El aguijón del orgullo penetró en la piel de Nuño. En la Cuba de 1945, el duelo era una institución anacrónica, ilegal según el papel, pero vigente en la médula de los hombres que se creían señores. Nuño, que basaba su poder en la fuerza bruta y el miedo, no podía permitirse el lujo de la cobardía ante la mirada de Carolina y la vigilancia de Matías.

—Sea —sentenció Nuño, despojándose de su chaqueta de lino con un gesto violento—. Pero no será una carnicería de taberna. Lo haremos como hombres de casta. Diez pasos en el jardín lateral. Sin testigos, más que el cielo que ya te ha condenado.

Carolina se levantó del diván como un espectro. Su mirada cruzó la de Gabino por un instante, y lo que vio en ella no fue al amante del barco, sino a un extraño habitado por el odio. Intentó hablar, pero la voz se le anudó en la garganta, una mezcla de horror y de una extraña fascinación trágica.

Salieron al jardín lateral, un espacio confinado por setos altos donde el olor a tierra húmeda y a flores nocturnas se mezclaba con el aroma a pólvora que aún no había estallado. La luna, ocultada por jirones de nubes grises, arrojaba una luz macilenta sobre la escena. No hubo segundos, ni protocolos médicos, ni palabras de reconciliación. Fue la liturgia del plomo en su estado más puro.

Se colocaron espalda contra espalda. Gabino sentía el calor del cuerpo de Nuño, el hombre que olía a la sangre de Ceferino y a la ceniza de Silvestre. En ese contacto físico, Gabino comprendió que el

duelo no era por la tierra, ni siquiera por el amor perdido de Carolina; era un rito de purificación.

—A la de tres —ordenó Matías desde el porche, con la voz de quien da la salida en una carrera de caballos.

—Uno.

Gabino dio el primer paso. El mundo se redujo al sonido de sus propias botas sobre la hierba.

—Dos.

El tiempo se dilató. Gabino vio en su mente la cara de sus padres en Asturias, el rostro de María, la mirada de Silvestre. Todo lo que había sido quedaba atrás.

—¡Tres!

Ambos se giraron con la rapidez del rayo. El silencio de la noche fue desgarrado por dos detonaciones casi simultáneas que retumbaron en la ladera como el rugido de un volcán herido. El fogonazo iluminó por un instante el rostro de los contendientes.

Nuño Freije se tambaleó. Su disparo, dictado por la prisa y la soberbia, solo logró rozar el hombro de Gabino, desgarrando la camisa y la carne sin tocar el hueso. Gabino, en cambio, había disparado con la precisión del que no tiene nada que perder. La bala del revolver de nácar halló su destino en el pecho de Nuño, perforando el corazón que nunca había conocido la piedad.

Nuño cayó de rodillas, con los ojos desorbitados por una sorpresa infinita. Miró a Gabino, intentó articular una última injuria, pero solo logró expulsar una bocanada de sangre que manchó el césped de los Ablanedo. Se desplomó hacia adelante, convirtiéndose en un fardo de carne inútil bajo la luz de la luna.

El silencio que siguió fue más violento que el disparo. Gabino permaneció de pie, con el brazo aún extendido y el humo saliendo

del cañón del revólver. Sintió un vacío inmenso, una ausencia de triunfo que le heló el alma. Había matado al lobo, pero el bosque seguía ardiendo.

Carolina corrió hacia el cuerpo de su marido. Se arrodilló junto a Nuño, no por amor, sino por el espanto de la orfandad total que se abría ante ella. Levantó la vista hacia Gabino, y lo que el asturiano vio en sus ojos no fue alivio, ni gratitud, sino un odio tan profundo y mineral que le hizo retroceder un paso. En ese instante, Carolina Ablanedo completó su transformación. Al matar a Nuño, Gabino no la había liberado; le había arrebatado el último asidero de su realidad, por brutal que fuera.

—Vete —dijo Carolina, y su voz fue un susurro de hielo—. Vete y reza para que la muerte te encuentre antes que yo. Has matado a mi padre en vida, has matado a mi marido y has convertido mi mundo en ceniza. Te odio, Gabino. Te odio con cada gota de la sangre que has derramado.

Gabino no dijo nada. Guardó el revólver, dio media vuelta y empezó a caminar hacia la salida de la mansión. No miró a Matías, que seguía en el porche con una sonrisa enigmática, comprendiendo que, aunque hubiera perdido a su yerno, había ganado la destrucción definitiva del alma de su enemigo.

Gabino caminaba solo por el camino de regreso, herido en el cuerpo y muerto en el espíritu. Había cumplido con el honor, había ejecutado la venganza, pero el precio había sido el exilio eterno del corazón de la mujer que amaba. La tragedia había alcanzado su cenit de sangre: Nuño estaba muerto, Silvestre estaba muerto y Carolina, ahora viuda y con un hijo, huérfano de padre se sentía habitada por el rencor. Carolina empezaba a forjar el acero de su propia crueldad. El azúcar de la isla ya no sabía a dulce, sino al sabor metálico del plomo y al amargor de un odio que acababa de nacer para no morir jamás.

CAPÍTULO 8

La Metamorfosis de la Sal

El alba no trajo la luz a la provincia de Pinar del Río, sino una claridad grisácea y sucia que parecía querer ocultar, bajo un velo de bruma, el rastro de la pólvora y el cadáver de Nuño Freije sobre el césped de los Ablanedo. Gabino Felgueroso permanecía inmóvil frente al cuerpo de su enemigo, con el revólver de nácar colgando de su mano como un apéndice inútil. No había en su rostro la exaltación del vencedor, sino la rigidez del que ha comprendido que la venganza es un banquete de ceniza que no sacia el hambre, sino que abrasa las entrañas.

La Guardia Rural no tardó en aparecer, rompiendo el silencio del jardín con el metálico sonar de los estribos y la autoridad de quienes sirven a quien mejor paga. Gabino se dejó arrestar sin ofrecer resistencia, entregando el arma con una parsimonia que los soldados confundieron con altivez. Mientras los grilletes se cerraban sobre sus muñecas, su mirada buscó por última vez la silueta de la mansión. En el porche, recortada contra la luz eléctrica que empezaba a palidecer ante el día, Carolina permanecía como una estatua de mármol negro. Ya no era la joven que suspiraba en la cubierta del trasatlántico; era una viuda de guerra civil, una mujer cuyo corazón se había mineralizado en el instante en que el plomo segó la vida de Nuño.

—Llevadlo al Castillo del Príncipe —ordenó el oficial, sin mirar a Gabino a los ojos—. En esta isla, matar a un hombre de los Ablanedo se paga con algo más que con la cárcel.

El traslado a La Habana fue un tránsito por el purgatorio. Gabino, confinado en un furgón que olía a herrumbre y a miedo, inició un soliloquio interno que le acompañaría durante los meses de litigio. "¿Es este el final del indiano?", se preguntaba, mientras el traqueteo del vehículo rítmicamente golpeaba su columna. "He

cruzado el mar para escapar de la miseria de Asturias y he terminado encadenado en un paraíso que huele a sangre y a azúcar quemado. He matado por honor, pero el honor en Cuba es un lujo que los tribunales solo conceden a los que poseen los trapiches".

El juicio comenzó bajo un bochorno que hacía que las togas de los magistrados parecieran sudarios de seda. Matías Ablanedo se personó como acusación particular, transformando el proceso en un altar de su propio dolor fingido. Vestido de un luto impecable, Matías interpretaba el papel del patriarca herido, del industrial que había perdido a su mano derecha a manos de un "gallego resentido y criminal". Su influencia en la sala era tangible; los testigos de la defensa desaparecían o se retractaban, y el fiscal parecía leer un guion escrito en el despacho de los Ablanedo.

—Gabino Felgueroso no es un hombre de honor —claman los abogados de Matías—, sino un asesino premeditado que ha buscado la ruina de esta familia desde que pisó el muelle. El duelo fue una emboscada, un acto de barbarie que la República no puede consentir.

Gabino escuchaba las injurias con la frente alta. Sabía que la ley de 1936 penalizaba el duelo como un homicidio, aunque la tradición otorgara atenuantes por el contexto del honor. Pero Matías buscaba la pena máxima, el olvido perpetuo entre los muros de piedra del penal. Fue entonces cuando Gabino, en un movimiento que ni el propio Matías pudo prever, decidió quemar sus últimas naves.

—Puesto que se me juzga por la muerte de un hombre —dijo Gabino, rompiendo su silencio con una voz que resonó en la sala con el peso del granito—, pido que se juzgue también el negocio de quien me acusa. He matado a Nuño Freije porque él fue el brazo ejecutor de una ignominia que la ley abolió en 1886.

Ante el estupor del tribunal, Gabino extrajo de su memoria y de los pocos documentos que Silvestre había logrado poner a salvo

antes del incendio, las pruebas fehacientes de la trata de esclavos. No eran ya sospechas, sino rutas, nombres de barcos y registros de los barracones clandestinos que Matías mantenía en la manigua. El escándalo estalló como una granada en medio del salón de plenos. La presión de la prensa, que en aquellos años empezaba a cansarse de la impunidad de los viejos negreros, y la presencia de observadores extranjeros interesados en el azúcar, obligaron al juez a admitir la prueba.

La tragedia dio un vuelco sobrecogedor. Matías Ablanedo, que había entrado en la sala como el juez moral de Gabino, se vio de pronto atrapado en el mismo cepo que había diseñado para su enemigo. Las influencias que antes le servían para ocultar sus crímenes resultaron insuficientes ante la luz pública de la evidencia. El tribunal, en un veredicto que marcaría la crónica negra de la isla, dictó sentencia: Gabino Felgueroso era condenado a prisión por homicidio en duelo con atenuantes de honor, pero Matías Ablanedo era sentenciado de inmediato por delitos de trata ilegal y violación del Código de Defensa Social.

El día que Gabino cruzó el umbral de la prisión, no lo hizo solo. Tras él, despojado de su traje de alpaca y de su arrogancia de terrateniente, caminaba Matías Ablanedo. El destino, con su ironía sangrienta, los unía de nuevo, pero esta vez no en la jerarquía del patrón y el empleado, sino en la igualdad absoluta de la celda y el barrotes.

—Aquí somos iguales, don Matías —susurró Gabino mientras los portones de hierro se cerraban tras ellos con un sonido de lápida —. Aquí el azúcar no tiene precio y la sangre de Ceferino, de Ernesto y de Silvestre va a ser su única compañía.

Matías no respondió. Sus ojos de reptil, fijos en la espalda del asturiano, ya estaban tramando una justicia carcelaria que no necesitaba de jueces ni de leyes. Pero en el exterior, en la mansión de los Ablanedo, Carolina recibía la noticia de la detención de su padre con una frialdad que asombró a los criados. La tragedia de los

Felgueroso había entrado en su fase más oscura: el enfrentamiento final en el vientre de la bestia, mientras Carolina, ahora sola y poderosa, empezaba a forjar su propio imperio de odio.

El Castillo del Príncipe no era una prisión, sino un estómago de piedra diseñado para digerir la voluntad de los hombres. Sus muros, impregnados de un salitre que parecía sudar las culpas de un siglo, se alzaban sobre La Habana como una corona de espinas de cal y canto. En su interior, el aire era una sustancia sólida, saturada de un hedor a humanidad hacinada, a orina y a la humedad rancia de las celdas que nunca veían el sol. Para Gabino Felgueroso, aquel confinamiento fue el inicio de un soliloquio de sombras. Ya no era el indiano que soñaba con la luz de Carolina; ahora era un número, una pieza más en el engranaje del castigo.

Sin embargo, el destino, en su afán por completar la simetría de la tragedia, había arrojado al mismo pozo a Matías Ablanedo. Ver al gran terrateniente, al hombre que había gobernado los destinos del azúcar con un gesto de su mano enjoyada, vestido ahora con el algodón tosco de los reos, fue para Gabino una revelación metafísica. La jerarquía de la isla se había disuelto en el fango del presidio. Allí, bajo la luz mortecina del patio central, el traje de alpaca blanca de Matías había sido sustituido por una vestidura que olía a derrota.

—Mírenos, don Matías —susurró Gabino un mediodía de calor asfixiante, mientras ambos compartían el turno de paseo en el patio, bajo la vigilancia de guardias que ya no aceptaban sus órdenes, sino solo sus sobornos—. El azúcar no nos sirve aquí para endulzar el tiempo. Aquí, la única moneda es el aire que nos queda por respirar.

Matías le dirigió una mirada que conservaba el veneno de la víbora, pero ya no su fuerza. Sus manos, antes pulcras, estaban ahora sucias por el contacto con las paredes del calabozo.

—Crees que hemos caído a la misma profundidad, asturiano —respondió Matías con una voz que era un estertor de orgullo—. Pero

olvidas que yo construí esta isla sobre el miedo. Y el miedo viaja con el hombre, incluso tras las rejas.

Matías Ablanedo, fiel a su naturaleza depredadora, intentó reconstruir su imperio en la sombra. Utilizó los restos de su fortuna para comprar voluntades, para obtener comida que no supiera a serrín y para granjearse la protección de los capataces de la prisión. Creía que la cárcel era solo una finca más, un lugar donde el oro seguiría dictando la diferencia entre la vida y la muerte. Pero el industrial cometió un error de cálculo fatal: no comprendió que la prisión habitaba una fauna de resentimientos que él mismo había alimentado durante décadas.

Muchos de los reos que poblaban el Castillo del Príncipe eran hombres rotos por la misma maquinaria que Ablanedo representaba. Eran antiguos braceros, hijos de la trata o víctimas de sus despojos de tierras. Para ellos, Matías no era un compañero de infortunio, sino el símbolo viviente de la bota que les había aplastado la cara. El odio hacia el negrero era una llama que se mantenía viva en la oscuridad de las galerías, esperando el momento exacto para convertirse en incendio.

Matías, sintiendo que el cerco del odio se estrechaba y obsesionado con eliminar a Gabino antes de que este pudiera revelar más secretos fuera de los muros, decidió dar un golpe definitivo. Contactó con un grupo de presos, hombres sin alma que vendían su cuchillo por un plato de carne o una onza de tabaco, y les ofreció una suma exorbitante por la vida del asturiano.

—Matadlo en el fragor de la noche —ordenó Matías en un rincón oscuro del patio—. Que parezca una riña de celdas. Quiero que el sobrino de Ceferino sea solo un recuerdo que el viento del puerto se lleve al amanecer.

Pero el mercado del presidio es traicionero. Los hombres que aceptaron el encargo no eran leales al oro, sino al odio. Aquellos presidiarios, que conocían la historia de la trata ilegal y el martirio de

Ernesto Mina, vieron en la oferta de Matías la oportunidad de ejecutar una justicia que el tribunal de mármol les había negado. En lugar de afilar sus armas contra Gabino, las prepararon para el arquitecto de su miseria.

La noche elegida fue una de esas madrugadas de 1946 en las que La Habana parecía contener el aliento, con un aire tan pesado que los pulmones duelen al inhalarlo. El Castillo del Príncipe era un silencio de piedra solo interrumpido por el goteo de las filtraciones. Gabino, en su catre, escuchó el rítmico sonar de los cerrojos y el susurro de pasos descalzos sobre la piedra fría. Sintió que la muerte se acercaba y cerró los ojos, encomendando su alma a los bosques de Asturias que nunca volvería a ver.

Sin embargo, los pasos pasaron de largo frente a su celda. El estrépito se produjo unos metros más allá, en la estancia individual que Matías se había agenciado a fuerza de sobornos.

No hubo gritos de socorro, solo el sonido sordo de la lucha y el impacto del acero contra la carne que ya no tenía defensa. Los presos que Matías había pagado para matar a Gabino se convirtieron en sus verdugos. No fue una muerte rápida, ni limpia, ni honorable. Fue una ejecución colectiva, una carnicería ritual donde cada puñalada era un cobro de deudas antiguas. Matías Ablanedo murió en la oscuridad de su celda, despojado de su nombre, de su azúcar y de su poder, ahogado en su propia sangre mientras sus antiguos sirvientes le observaban con una indiferencia gélida.

Al amanecer, la noticia recorrió la prisión como un escalofrío. Gabino, al salir al patio, vio cómo los guardias retiraban el cuerpo de Matías, cubierto con una sábana mugrienta. No sintió alegría, ni alivio. Sintió una náusea profunda, una comprensión final de la vacuidad de la venganza. El hombre que le había quitado todo acababa de ser devorado por el mismo monstruo que él mismo había creado.

—Se ha cerrado el círculo, don Matías —susurró Gabino, viendo cómo la camilla desaparecía por el corredor—. Pero la sangre que ha derramado no se va con usted. Se queda aquí, en esta isla, para que nosotros sigamos bebiendo su veneno.

Mientras tanto, en la mansión, la noticia de la muerte de Matías llegó a oídos de Carolina. No lloró. Su rostro, cada vez más parecido al de su padre, no mostró ni un ápice de dolor filial. Con la muerte de Nuño y ahora la de Matías, ella era la única heredera de un imperio de sombras. En su soliloquio interno, Carolina comprendió que su debilidad había muerto con ellos. Ahora era viuda, huérfana y, por encima de todo, poderosa.

La metamorfosis de la sal se había completado. Carolina Ablanedo se sentó en el despacho de su padre, sintiendo el peso de las llaves y la autoridad. Miró hacia la zona de servicio, donde Celia y la pequeña Marina intentaban pasar desapercibidas. El odio que Carolina sentía por Gabino, por la verdad y por su propia sangre ilegítima, cristalizó en una resolución de hierro. Si Gabino seguía vivo en prisión, ella se encargaría de que cada día de su vida fuera un recordatorio de su derrota a través del sufrimiento de aquellos que quedaban fuera. La tragedia no había terminado con la muerte de Matías; simplemente había cambiado de mano, y la mano de Carolina prometía ser mucho más fría que la de su progenitor.

La muerte de Matías Ablanedo no trajo el aire de la libertad a la mansión de los cañaverales, sino un silencio de tumba que parecía solidificarse en las esquinas de los salones. Carolina Ablanedo, vestida con un luto riguroso que acentuaba la palidez de su rostro, no permitió que el llanto desdibujara su autoridad. En su soliloquio interno, mientras recorría el despacho que fuera de su padre, Carolina comprendió que la piedad era una debilidad de la que ya no podía permitirse el lujo. Se sentó ante el escritorio de caoba y tomó las llaves del imperio con una mano que no temblaba; al matar a Nuño, Gabino le había arrebatado el amor, y al morir su padre, la

vida le había entregado el poder. Era un intercambio sangriento que ella aceptaba con la frialdad de quien ya no espera nada del cielo.

La consolidación de su mando fue rápida y quirúrgica. Carolina no buscó la conciliación, sino la obediencia absoluta. Despidió a los capataces que habían mostrado alguna duda durante el proceso judicial y se rodeó de hombres cuya lealtad se compraba con el miedo, reflejos de la sombra de Nuño que ella misma se encargaba de invocar. Bajo su dirección, el ingenio recuperó una disciplina férrea, una maquinaria de producción que no conocía el descanso y que ignoraba el lamento de la tierra. Pero su verdadera tiranía no se desplegó en los campos, sino en la intimidad de la casa principal, donde el rencor que sentía hacia Gabino encontró un blanco fácil y desamparado.

Celia y la pequeña Marina, que durante los últimos años de vida de Matías habían habitado una zona de penumbra protegida, se vieron de pronto arrojadas al abismo de la crueldad de Carolina. Para la nueva señora, Marina no era una hermana, ni siquiera una víctima colateral de los pecados de su padre; era la prueba viviente de la traición de Matías y el vínculo de sangre con el mundo de sombras que Gabino había intentado redimir.

—En esta casa ya no hay sitio para amantes ni para bastardas —sentenció Carolina una mañana, frente a una Celia que temblaba bajo el peso de la nueva realidad—. Si quieres seguir bajo este techo, será para servir. Tu piel será la marca de tu condena, y tus manos conocerán el callo que mi padre te ahorró.

Celia fue despojada de sus vestidos de seda y recluida en las dependencias del servicio más ínfimo. Pero el ensañamiento más atroz se reservó para la pequeña Marina. La niña, de apenas siete años, fue obligada a trabajar en las tareas más pesadas de la casa, limpiando los suelos de mármol que antes recorría con la inocencia del que se cree amado. Las vejaciones eran constantes: Carolina no perdía oportunidad de recordarle su origen con insultos que herían

más que los golpes. Cuando Marina lloraba, Carolina le ordenaba callar con una frialdad que asombraba a los mismos criados.

"Cada lágrima de esta niña es un pago por la sangre de Nuño", pensaba Carolina, observando desde la balconada cómo Marina cargaba cubos de agua que excedían sus fuerzas. "Si Gabino me ha condenado a la soledad, yo condenaré a su protegida a la miseria más absoluta. No habrá luz en esta casa mientras él siga respirando en su celda".

Mientras tanto, en el Castillo del Príncipe, Gabino Felgueroso intentaba sobrevivir al vacío que la muerte de Matías había dejado en el penal. El presidio se había vuelto un lugar más peligroso, una amalgama de facciones que luchaban por el control de los suministros y el favor de los carceleros. Gabino, respetado por algunos y odiado por otros tras el escándalo del juicio, buscaba refugio en los libros que Silvestre le había dejado en herencia mental. Pero la paz de la celda se vio rota cuando las noticias del exterior empezaron a filtrarse a través de los muros de piedra.

Fue un viejo guardia, sobornado antaño por Ceferino y que aún conservaba un resto de lealtad hacia los Felgueroso, quien le trajo la nueva de la infamia.

—La señora Carolina se ha convertido en una sombra de su padre, don Gabino —le susurró el guardia mientras le entregaba el rancho—. Dicen que tiene a la mulata y a la niña viviendo peor que los perros. Las palizas son diarias y el pueblo empieza a murmurar que la mansión de los Ablanedo es ahora un infierno de puertas adentro.

Gabino sintió que el suelo de la celda se abría bajo sus pies. El sacrificio de su honor, la muerte de Nuño y el encarcelamiento de Matías no habían traído la justicia, sino que habían engendrado un monstruo más refinado y cruel. Se vio a sí mismo como el arquitecto de aquel desastre. En su desesperación, golpeó los muros de piedra hasta que los nudillos le sangraron, sintiendo la impotencia de quien

está encadenado mientras el incendio que él mismo inició devora a los inocentes.

"He querido limpiar el azúcar con sangre y solo he conseguido que el veneno cambie de mano", se decía Gabino en medio de la oscuridad. "Marina está pagando mis deudas con su espalda, y yo estoy aquí, pudriéndome entre rejas, incapaz de evitar que Carolina termine de destruir lo poco que queda de humanidad en nuestra estirpe. La tragedia no era matar al negrero; la tragedia era que ella se convirtiera en él".

La culpa se convirtió en su única compañía. Cada noche, en el silencio del penal, Gabino imaginaba los gritos de Marina y la mirada quebrada de Celia. Comprendió que su lucha contra los Ablanedo no había terminado con el duelo, sino que acababa de entrar en su fase más dolorosa. La guerra ya no era por la tierra ni por el prestigio, sino por la salvación de una niña que cargaba con los pecados de todos. Pero entre él y la mansión se alzaban los muros del Castillo del Príncipe y una condena que parecía no tener fin.

En la mansión, Carolina brindaba a solas con un coñac que sabía a hiel, contemplando el retrato de su padre. Sabía que Gabino terminaría enterándose de sus actos; de hecho, lo deseaba. Quería que él sufriera en la distancia, que sintiera cada azote sobre la piel de Marina como si fuera propio. El odio se había vuelto su motor, una energía oscura que mantenía el ingenio funcionando y su corazón latiendo. La metamorfosis se había completado: la seda de Carolina Ablanedo era ahora una armadura de hierro, y su nombre empezaba a ser pronunciado con el mismo terror que antes inspiraba el de Matías. La tragedia se dilataba en el tiempo, preparando el escenario para una fuga que nacería no de la esperanza, sino de la desesperación más absoluta.

La mansión de los Ablanedo, bajo el mandato absoluto de Carolina, dejó de ser un hogar para convertirse en un mecanismo de precisión dedicado al lucro y al castigo. El aire en los corredores, antes perfumado por las flores que Margarita Allende cultivaba con

esmero, se había tornado en una sustancia gélida, un vacío de afectos donde el único sonido que rompía la quietud era el rítmico taconeo de Carolina sobre el mármol. Ella se desplazaba por sus dominios con la majestad de una deidad ofendida, envuelta en sedas negras que parecían absorber la poca luz que los ventanales permitían pasar. En su soliloquio interno, Carolina se sentía, por fin, libre de la tutela de los hombres; pero era la libertad del desierto, una soberanía erigida sobre la ceniza de su propia capacidad de amar.

La sevicia hacia Celia y la pequeña Marina alcanzó en este periodo una sofisticación que habría asombrado al mismísimo Matías. Carolina no necesitaba látigos para herir; le bastaba con la palabra acerada y la privación sistemática. Celia, cuya belleza exuberante se había marchitado bajo el peso de la servidumbre y el dolor de ver a su hija convertida en un paria, empezó a consumirse como una vela expuesta a una corriente de aire viciado. La tos, una dolencia que empezó como un leve carraspeo en las madrugadas de humedad, se transformó pronto en una tisis galopante que Carolina decidió ignorar con una crueldad metódica.

—El trabajo es el único bálsamo para los que no tienen nombre —sentenciaba Carolina cuando se le informaba de la debilidad de la mujer—. Si Celia no puede sostener el cubo de la limpieza, que lo sostenga su hija. En esta casa no se regala el pan a quienes solo saben lamentarse.

La muerte de Celia ocurrió una noche de tormenta eléctrica, de esas en las que el cielo de Cuba parece querer desgarrarse para mostrar sus entrañas de fuego. Murió en un jergón de paja, en el rincón más oscuro de las dependencias del servicio, rodeada por el llanto silencioso de Marina. No hubo médico, ni santos óleos, ni una mano de consuelo que no fuera la de la niña. Cuando al alba informaron a Carolina del fallecimiento, esta ni siquiera levantó la vista del libro de cuentas.

—Que la entierren en la fosa común, junto a los braceros sin familia —ordenó—. Y que la niña empiece hoy mismo su turno en la lavandería. No quiero rastros de enfermedad en mis salones.

Marina quedó entonces sola, una huérfana absoluta en el corazón de un imperio que la odiaba por su sola existencia. La pequeña, con sus casi ocho años de vida convertidos en un calvario de madurez prematura, se convirtió en la sombra de la casa. Sus ojos, inmensos y cargados de una sabiduría trágica, eran el único espejo donde Carolina podía ver, si se atrevía a mirar, la magnitud de su propia degradación. Las palizas y las vejaciones hacia Marina se volvieron el ejercicio diario con el que Carolina intentaba acallar los gritos de su propia conciencia.

Mientras tanto, en el Castillo del Príncipe, el tiempo se había detenido para Gabino Felgueroso. La noticia de la muerte de Celia y el desamparo total de Marina llegó a su celda a través del guardia leal, cuyas palabras cayeron en el alma de Gabino como gotas de vitriolo. El joven asturiano sintió que la piedra de la prisión se volvía transparente ante la visión del horror que se desarrollaba en la mansión. Comprendió que su paciencia, su respeto a una justicia que ya no existía y su esperanza de una libertad legal eran solo formas de cobardía disfrazadas de virtud.

—He esperado el juicio de los hombres mientras el diablo terminaba de devorar mi casa —susurró Gabino, hundiendo el rostro en sus manos ensangrentadas por el roce de los muros—. He dejado que Carolina se convierta en el verdugo de mi sangre. Si me quedo aquí, Marina morirá antes de que el sol de otro año la alcance.

Aquel fue el momento en que el espíritu de Gabino, forjado en el alambique de las sombras, tomó la determinación definitiva. Ya no buscaba el perdón, ni el honor, ni la tierra; buscaba el rescate. En el patio de la prisión, donde los presos más peligrosos y desesperados rumiaban sus planes de fuga, Gabino empezó a moverse con la cautela de un depredador que sabe que solo tiene una oportunidad. Se acercó a un grupo de convictos, hombres cuyos nombres eran

sinónimos de motín y sangre, y les ofreció lo único que le quedaba: su conocimiento de las rutas de la isla y la promesa de un refugio en las tierras de Pinar del Río, donde los Ablanedo ya no podrían llegar si ellos golpeaban con la suficiente fuerza.

—No quiero oro, ni quiero vuestra lealtad eterna —les dijo Gabino en el rincón más oscuro del patio, bajo la sombra de la garita —. Solo quiero vuestros brazos y vuestra rabia. Fuera de estos muros hay una cuenta que saldar, y yo soy el único que sabe dónde se guarda la llave de esa mansión. Si me ayudáis a salir, la isla será pequeña para esconder a los guardias que intenten seguirnos.

El plan de fuga empezó a gestarse entre susurros y miradas cómplices. El Castillo del Príncipe, con su estructura de laberinto y sus guardias comprables, era una fortaleza que solo el fuego y la desesperación podían abrir. Gabino se convirtió en el arquitecto de la huida, analizando los cambios de guardia, las debilidades de los cerrojos y el ritmo de los suministros. Su soliloquio interno era ahora un motor de estrategia fría; cada vez que el hambre o el cansancio amenazaban con quebrar su voluntad, recordaba la imagen de Marina limpiando los suelos de Carolina y sentía cómo el odio le devolvía la fuerza.

La tragedia estaba a punto de romper su confinamiento. Gabino Felgueroso, el hombre que llegó a Cuba con la mirada limpia, se preparaba ahora para emerger de la tierra como una deidad de la venganza, liderando una hueste de espectros hacia el corazón del imperio de los Ablanedo. La muerte de Celia había sido el detonante final; el néctar de las sombras se había vuelto pólvora, y la explosión que se avecinaba no dejaría piedra sobre piedra en la mansión de los cañaverales. El presidio llegaba a su fin, dando paso al estrépito de la fuga y al regreso del indiano, no como un conquistador, sino como un huracán de justicia que no conocería la medida de la piedad.

La noche definitiva de 1947 no descendió sobre el Castillo del Príncipe con la paz de los cielos, sino con la densidad de una

mortaja empapada en azufre. El aire, estancado en el patio del panóptico, parecía una sustancia sólida que los pulmones de los reos rechazaban con cada estertor. Gabino Felgueroso, agazapado en la penumbra de su celda, sentía el latido de la piedra contra su espalda, un pulso rítmico que parecía contar los últimos segundos de su existencia como hombre encadenado. En su soliloquio interno, Gabino ya no hablaba con el joven que desembarcó en La Habana, sino con un extraño forjado en el yunque de la injusticia; un ser que había comprendido que, en una isla gobernada por el látigo, solo el incendio puede limpiar el camino hacia la redención.

—El hierro solo se dobla cuando el fuego es absoluto —susurró para sí mismo, mientras sus dedos acariciaban una lima improvisada, un resto de metal que era ahora su única llave hacia el mundo de los vivos.

El estallido del motín no fue un evento desordenado, sino una coreografía de la desesperación que Gabino había diseñado con la precisión de un relojero de sombras. La señal fue un grito que no parecía humano, un alarido de las Erinias que nació en las cocinas y se propagó por las galerías como un reguero de pólvora. De repente, el silencio del presidio fue asesinado por el estruendo de los cerrojos reventados y el clamor de cientos de hombres que, durante años, habían masticado el polvo de la derrota. El Castillo del Príncipe, aquella bestia de cal y canto, empezó a arder por sus entrañas.

Gabino emergió de su celda liderando a su hueste de espectros. Eran hombres cuyos rostros habían sido borrados por el anonimato del número, pero cuyos ojos ardían ahora con la luz de los condenados que ya no temen al infierno. La lucha en los corredores fue una carnicería litúrgica. Los guardias, acostumbrados a la sumisión del miedo, se vieron desbordados por una marea humana que no buscaba el botín, sino el aire. El olor a carne quemada, a pólvora vieja y a sudor agrio inundó las naves, convirtiendo la prisión en una sucursal del Averno.

—¡Hacia el muro norte! —rugió Gabino, y su voz, antes educada en los susurros de la aldea, era ahora el mando de un capitán de naufragios.

El asalto al muro fue el clímax de la tragedia carcelaria. Bajo una lluvia de proyectiles que silbaban como serpientes de plomo, los fugitivos construyeron una escala humana con sus propios cuerpos, una pirámide de carne y hueso que desafiaba la gravedad y la muerte. Gabino fue el primero en alcanzar la cresta de la muralla. Desde allí, por un instante que se le antojó eterno, vio las luces de La Habana parpadeando en la distancia, una joya indiferente al dolor que palpitaba tras los muros. Sintió el viento del mar, el primer hálito de libertad en años, y le supo a salitre y a promesa de sangre.

El salto hacia el exterior fue un vuelo hacia el abismo. Al caer sobre la tierra húmeda del foso, Gabino sintió el impacto en cada articulación, pero no el dolor. Se puso en pie, reagrupando a la docena de hombres que habían logrado seguirle. Eran su ejército de sombras, los nuevos braceros de una zafra de venganza. Sin mirar atrás hacia el incendio que devoraba su pasado, se internaron en la manigua, ese laberinto de vegetación que rodeaba la capital como una trampa verde.

La huida a través de la manigua fue una travesía por el vientre de una bestia vegetal. La vegetación cubana, en la oscuridad de la madrugada, no era un bosque, sino una catedral de lianas, espinas y raíces que parecían cobrar vida para detener su avance. El barro les llegaba a las rodillas, una sustancia primordial que quería reclamar sus cuerpos para la tierra. Gabino abría paso con un machete recuperado de la guardia, sintiendo que cada golpe contra la maleza era un golpe contra el recuerdo de Matías, contra la sombra de Nuño y contra la crueldad de Carolina.

—No os detengáis —instaba Gabino a sus compañeros, que jadeaban como animales heridos—. El sol no es nuestro amigo. Solo la sombra nos permitirá llegar al corazón de Pinar del Río antes de que la Guardia Rural selle los caminos.

El soliloquio de la huida era una letanía de urgencia. En su mente, Gabino no veía el fango que pisaba, sino el mármol de la mansión que Marina estaba obligada a limpiar. Veía los ojos de la niña, esa sangre de su sangre por destino y dolor, y sentía que cada minuto de retraso era un azote más sobre la espalda de la pequeña. La libertad no era para él un estado de descanso, sino una herramienta de rescate. Ya no era un fugitivo de la ley; era un buscador de una justicia que el mundo le había negado.

Caminaron durante días, evitando las carreteras y los poblados, alimentándose de raíces y de la rabia que les mantenía en pie. El paisaje de la isla se transformaba a su paso: de la humedad asfixiante de la costa a la verticalidad de los mogotes y la densidad de los cañaverales que empezaban a anunciar la cercanía de sus antiguas posesiones. Gabino reconocía el olor del aire; era el aroma del azúcar y de la traición, una fragancia que se le metía en los pulmones como un veneno conocido.

Al llegar a las colinas que dominaban el valle de los Ablanedo, Gabino ordenó el alto. El grupo de espectros se detuvo, oculto tras la espesura de los laureles. Abajo, en la distancia, la mansión brillaba con la misma insolencia que siempre, una mota de luz en medio de un mar de sombras. Pero para Gabino, ya no era una joya; era un objetivo.

—Allí es donde reside el monstruo —dijo Gabino, señalando con el machete hacia la casona—. Allí es donde la hija de Celia aguarda que el cielo se acuerde de ella. No hemos venido a recuperar tierras, ni a buscar el oro que Matías escondió. Hemos venido a sacar de ese infierno lo único que todavía tiene luz en esta isla.

Sus compañeros, hombres curtidos en la sevicia de la cárcel, asintieron en silencio. Veían en Gabino no a un líder político, sino a un hombre habitado por una verdad absoluta. El regreso del indiano se había completado, pero el círculo no se cerraría con un abrazo, sino con el estrépito de una última batalla. Gabino miró sus manos,

manchadas por el barro de la huida y la sangre del motín, y comprendió que el néctar de las sombras le había transformado definitivamente. Ya no había rastro del mozo asturiano; solo quedaba el hombre que iba a entrar en la mansión de Carolina Ablanedo para cobrar la última deuda de la tragedia.

La imagen era casi onírica. Una docena de fugitivos ocultos en la linde de la manigua, observando la casa que pronto ardería bajo el peso de sus pecados. El estrépito de los grillos era el único sonido en la noche, una orquesta de la fatalidad que anunciaba que el tiempo de la paciencia había terminado. Gabino Felgueroso, el indiano fallido, el reo fugado, el vengador de sombras, estaba a las puertas de su propio destino, listo para el rescate que cambiaría el curso de su historia para siempre.

CAPÍTULO 9

El Retorno del Espectro

Cuba, en el año de gracia de 1947, no era para Gabino Felgueroso la isla de la luz que lo recibiera años atrás, sino un laberinto de espejos rotos y senderos de sospecha. La libertad, recuperada entre el estrépito de los cerrojos y el humo del motín en el Castillo del Príncipe, se le antojaba una sustancia precaria, un préstamo del diablo que debía renovar cada madrugada con el sudor del fugitivo. Ya no era el indiano que soñaba con la caña, ni el reo que rumiaba su honor en la celda; era una fiera acosada, un hombre cuyo nombre figuraba en los pasquines de la Guardia Rural con el estigma de la traición y el luto.

Gabino habitaba la manigua, ese útero verde y asfixiante que la isla ofrece a los que no tienen sitio en la ley. Bajo el palio de los helechos gigantes y el abrazo de las lianas, el joven asturiano se había convertido en un espectro de barro y determinación. Su soliloquio interno, en las noches de vigilia donde el zumbido de los insectos sonaba como el mecanismo de una trampa, era una letanía de urgencia.

—He escapado de la piedra para caer en la maleza —se decía, mientras afilaba el machete con una piedra de río, sintiendo que el acero era el único lenguaje que el mundo le permitía ya hablar—. Pero no he huido para salvar mi pellejo, sino para arrancar de las garras de Carolina lo que todavía queda de inocencia en esta tierra maldita. Marina es el último hilo que me une a la luz, y si ella muere en ese infierno de mármol, mi propia fuga no habrá sido más que un prólogo hacia el cadalso.

La mansión de los Ablanedo se alzaba en la distancia como un faro de arrogancia, recortada contra el cielo de Pinar del Río que empezaba a teñirse con los colores de un crepúsculo de sangre. Gabino la observaba desde la espesura, consciente de que cada

ventana era un ojo de Carolina acechando su retorno. Sabía que su cabeza tenía precio y que la Guardia Rural patrullaba los caminos con la saña de quien defiende los intereses de la mujer más poderosa de la provincia. Entrar en aquella casa era una inmolación, un acto de locura que solo la desesperación más absoluta podía dictar.

Sin embargo, en el alambique de las sombras, la providencia suele tejer sus hilos con la aguja del rencor ajeno. Gabino no estaba solo en su deseo de ver caer el cetro de Carolina. A medida que se acercaba a los lindes de la propiedad, esquivando las patrullas y camuflándose entre los cañaverales que ahora le parecían barrotes de una cárcel vegetal, un encuentro fortuito le devolvió la esperanza.

Fue en la vieja ermita de la linde, un edificio que el tiempo y el abandono habían convertido en una ruina devorada por la hiedra, donde se materializó la ayuda interna. Allí aguardaba, envuelta en un chal de lana negra que olía a incienso y a desamor, doña Encarnación. Era la antigua ama de llaves, una mujer que había servido a tres generaciones de Ablanedo y que había visto cómo la seda de Carolina se transformaba en una armadura de hiel. Encarnación había amado a Celia como a una hija y contemplaba el maltrato hacia Marina con un horror que ya no cabía en su pecho.

—Sabía que vendrías, Gabino —susurró la anciana, y su voz sonó como el crujir de una página de un libro olvidado—. Los muertos nunca se van del todo de esta casa, y tú hueles a los muertos que ella ha sembrado.

Gabino salió de la penumbra, con el machete en la mano y la mirada cargada de una fatiga mineral.

—He venido por la niña, Encarnación. He venido por Marina —respondió él, con una gravedad que detuvo el aire en la ermita—. No me importa si mi sangre abona mañana este jardín, pero esa niña no pasará una noche más bajo el yugo de Carolina.

La anciana asintió, y en sus ojos cansados brilló una chispa de justicia ancestral.

—Carolina ya no es una mujer, es una fortaleza de orgullo —dijo Encarnación—. Ha blindado la casa con hombres que no tienen alma, pero olvida que las casas tienen grietas que solo el servicio conoce. Marina está encerrada en el cuarto de la plancha, desnutrida y quebrada por las palizas. Si intentas entrar por la puerta principal, los guardias te segarán antes de que pises el mármol. Pero hay una entrada que mi padre construyó durante la guerra de independencia, un túnel de ventilación que comunica las viejas bodegas con las cocinas.

Aquel diálogo, sellado en la penumbra de la ermita, fue el acta de nacimiento del rescate. Encarnación le entregó a Gabino un plano dibujado en su memoria y la llave de un portón lateral que el tiempo había oxidado, pero que ella mantenía lubricado en secreto para este momento. El odio de la empleada hacia su señora era el combustible que Gabino necesitaba para infiltrarse en el corazón del imperio de los Ablanedo.

Gabino regresó a la espesura para esperar el amparo de la noche definitiva. Su soliloquio se tornó entonces en una oración fúnebre por los que ya no estaban. "Ceferino, Silvestre, Ernesto... vuestra ausencia es el motor que me conduce a este abismo", pensaba, mientras el sol se hundía finalmente tras los mogotes. "Carolina cree que el poder se mide en sacos de azúcar y en el terror que infunde su nombre, pero no sabe que un hombre que ya ha muerto mil veces en el Castillo del Príncipe no tiene nada que temer de sus muros".

La noche se cerró sobre la mansión con una densidad de sepulcro. Gabino Felgueroso, el espectro de la manigua, inició su avance hacia las luces que tanto envidiara desde la tercera clase del barco. No buscaba ya el néctar de las sombras, sino el rescate de la inocencia. El escenario estaba listo para el asalto final; la casa de los Ablanedo, protegida por el hierro y el dinero, iba a ser vulnerada por

la única fuerza que Carolina no podía controlar: la lealtad de los oprimidos y la desesperación de un indiano que ya solo poseía su propia vida para apostar en la mesa del destino.

El descenso a las bodegas de la mansión de los Ablanedo no fue una incursión física, sino un tránsito por las vísceras de una fiera herida. Gabino se deslizó por la angosta oquedad del túnel de ventilación, sintiendo cómo el aire se volvía rancio, cargado de un moho milenario y del aliento fétido de la tierra que se resistía a ser domeñada por el mármol de las plantas superiores. La oscuridad en aquel submundo no era una ausencia de luz, sino una presencia sólida que se adhería a la piel como el hollín de los cañaverales quemados. Cada movimiento de sus manos, tentando la piedra fría y húmeda, era un acto de fe ciega en la memoria de Encarnación.

Aquel sótano era el verdadero fundamento del imperio de Matías. Lejos de la pompa de las lámparas de araña y la seda de los salones, las bodegas guardaban el rastro de la ignominia: viejos grilletes oxidados que pendían de las vigas como frutos podridos, y el olor a salitre de las botellas de vino importado que reposaban en sus nichos, ajenas al dolor que financiaba su añejamiento. Gabino avanzaba con la cautela del que camina sobre un campo de minas espirituales. En su soliloquio interno, el joven asturiano sentía que cada paso era una profanación necesaria.

"He vuelto a las tinieblas de donde nunca debí salir", pensaba, mientras el sonido de una rata huyendo por las galerías rítmicamente rompía el silencio sepulcral. "Esta casa es un cuerpo enfermo cuya piel es el lujo y cuyos huesos son la esclavitud. He de recorrer su esqueleto para arrancar de su pecho el único latido que no ha sido corrompido por el odio de Carolina".

La tensión se espesaba a medida que se acercaba a la trampilla que comunicaba con las dependencias del servicio. El silencio de la mansión, por encima de su cabeza, le resultaba más amenazador que el fragor del motín en el penal. Era un silencio cargado de juicios, poblado por los espectros de Ceferino, Silvestre y

Ernesto, que parecían aguardar en las esquinas para observar el desenlace de su última locura. Gabino empujó la madera con una lentitud quirúrgica, sintiendo el aceite que Encarnación había vertido en las bisagras como una bendición de Judas.

Emergió en la penumbra de las cocinas, un espacio donde el aroma a canela y especias de la cena de Carolina aún flotaba en el aire, entablando una lucha dialéctica con el olor a miseria que exhalaba la ropa de los criados. La mansión roncaba con una indiferencia aristocrática. Gabino se movió como una sombra entre sombras, esquivando el resplandor de los últimos rescoldos del fogón, hasta alcanzar el pasillo que conducía al cuarto de la plancha, aquel rincón de olvido donde Encarnación le había asegurado que Marina purgaba los pecados de su padre.

La puerta del cuarto no tenía cerradura, sino un simple pestillo exterior, un gesto de desprecio que dolía más que un candado de hierro. Gabino lo descorrió con un temblor que no nacía del miedo, sino de la piedad. Al entrar, la escena le golpeó con la fuerza de una galerna en el Cantábrico.

En un rincón de la estancia, sobre un jergón de paja que apenas la separaba del suelo frío, una pequeña figura se ovillaba buscando un calor que la mansión le negaba. Marina dormía un sueño inquieto, una tregua precaria en medio de la guerra que Carolina le había declarado. A la luz de la luna que se filtraba por un ventanuco alto, Gabino pudo contemplar la magnitud del desastre. La niña, que debería haber sido el epílogo dulce de una historia de amor prohibido, era ahora una crónica de la crueldad humana. Su piel, de ese color canela que antes evocaba el paraíso, estaba surcada por hematomas y cicatrices, marcas de un látigo invisible que Carolina empuñaba con la precisión del odio.

Gabino se acercó y se puso de rodillas a su lado. El corazón le latía con una violencia que amenazaba con delatar su presencia.

—Marina... —susurró, y su voz fue un roce de aire que pareció despertar a los mismos cimientos de la casa.

La niña abrió los ojos. No hubo grito, ni llanto; solo una mirada de una profundidad abismal, la mirada de los que han visto el rostro de la muerte y ya no temen a los vivos. En aquellas pupilas inmensas, Gabino vio el reflejo de Matías, la dignidad herida de Celia y, por encima de todo, la orfandad de una estirpe que solo conocía el amargor del azúcar.

—¿Has venido a pegarme otra vez? —preguntó la niña con una voz que no pertenecía a la infancia, sino a una vejez prematura y dolorosa.

A Gabino se le anudó el alma. Aquella frase fue el acta de acusación definitiva contra el mundo que él mismo había ayudado a sostener con su trabajo y sus silencios.

—No, pequeña. He venido a sacarte de aquí —respondió él, extendiendo una mano que Marina retrocedió por puro instinto—. He venido a llevarte lejos de estas sombras, hacia un lugar donde el mar no sabe a sangre y donde tu nombre no sea una condena. Soy Gabino. El amigo de tu madre.

La niña le observó con una desconfianza mineral. Para ella, los hombres eran seres que traían órdenes o castigos. Pero algo en la mirada de Gabino, algo que sobrevivía a la suciedad del penal y al barro de la manigua, le hizo detener su huida. Reconoció quizás en aquel desconocido el mismo desamparo que habitaba en ella.

—Ella me matará si me voy —dijo Marina, refiriéndose a Carolina con un pronombre que sonaba a epitafio.

—Ella ya te ha matado el corazón, Marina —sentenció Gabino, tomándola finalmente en sus brazos. La niña pesaba menos que un fardo de caña seca; era una sustancia etérea, un milagro de resistencia que se aferraba a su cuello con una fuerza desesperada

—. Pero mientras yo respire, no volverá a tocarte ni un cabello. Vamos, el tiempo es una cuerda que se tensa en nuestra contra.

El rescate había comenzado. Gabino, con Marina estrechada contra su pecho, inició el regreso hacia las bodegas. La tensión era una cuerda de violín a punto de romperse. Cada crujido de la madera, cada susurro del viento contra las persianas, le parecía el grito de alarma de Carolina. Cruzar de nuevo las cocinas, descender a las entrañas de la tierra y desandar el camino de sombras era una lid contra la misma fatalidad que parecía querer retenerlos en aquel templo de luto.

En su soliloquio interno, mientras descendía de nuevo al túnel, Gabino comprendió que no solo estaba salvando a una niña. Estaba intentando salvar los restos de su propia decencia. Marina era su redención, el último néctar que podía extraer de las sombras de su vida. Pero el asedio no había terminado; fuera les aguardaba la manigua, la Guardia Rural y un regreso a España que se antojaba una quimera. Sin embargo, al sentir el corazón de la pequeña latiendo contra el suyo, Gabino Felgueroso supo que, por primera vez en siete años, no estaba luchando por el azúcar ni por el honor, sino por la vida. Y en aquel alambique de desesperación, esa era la única victoria que todavía merecía la pena ser ganada.

La manigua, en aquellas jornadas de 1947, dejó de ser un refugio para convertirse en un sudario vegetal que asfixiaba el aliento de los fugitivos. El avance hacia el litoral no era una marcha, sino un forcejeo agónico contra una naturaleza que parecía haber sido sobornada por el oro de los Ablanedo. Cada paso de Gabino, hundido hasta las rodillas en un fango que exhalaba vapores de fermentación y olvido, era una victoria pírrica contra el cansancio. Sobre su pecho, el cuerpo de Marina se sentía cada vez más liviano, una carga de pluma y huesos que amenazaba con disolverse bajo la lluvia persistente, esa cortina de agua tibia que no limpiaba el barro, sino que lo convertía en una mortaja líquida.

Gabino ya no sentía el dolor en las articulaciones, ni el hambre que le roía las entrañas con la misma saña que las fieras de la selva. Sus sentidos se habían afilado hasta alcanzar una sensibilidad animal. En su soliloquio interno, mientras esquivaba las raíces aéreas de los mangles que se retorcían como miembros de condenados, Gabino comprendía que su vida se había reducido a un único pulso: el latido de la niña contra su hombro.

—No te duermas, Marina —le susurraba con una voz que era un herrumbre de cansancio y ternura—. El mar nos espera. Más allá de estas ciénagas hay un barco que no tiene dueño, un camino de sal que nos llevará de vuelta a las montañas donde las nubes se pueden tocar con la mano.

La niña no respondía. Su silencio era una herida abierta en el corazón de la noche. Marina había dejado de llorar el día que enterraron a su madre en la fosa común; ahora, su única forma de resistencia era una mudez absoluta, un exilio interior que la protegía del horror que la rodeaba. Para ella, Gabino era solo otra sombra en un mundo de sombras, un gigante de barro que la arrastraba por un infierno verde hacia un destino que no alcanzaba a imaginar.

A sus espaldas, el acoso de la Guardia Rural se manifestaba en el ladrido lejano de los perros y en el resplandor errático de las antorchas que herían la oscuridad. Carolina no escatimaba en recursos; la captura de Gabino y la recuperación de la niña se habían convertido en una cuestión de estado en la provincia. Para la señora de la mansión, el rapto de Marina no era un acto de piedad, sino el robo de una propiedad, una afrenta a su soberanía que debía ser castigada con la sangre. Los guardias, espoleados por la promesa de una recompensa que les permitiría abandonar el machete por el resto de sus vidas, peinaban los cañaverales con una saña metódica.

—Están cerca, Gabino —dijo uno de los fugitivos que aún le acompañaba, un hombre llamado Julián que conservaba el estigma del penal grabado en el rostro—. Los perros han olido el rastro de la

sangre. Si no llegamos a la costa antes del alba, nos cazarán como a reses en el matadero.

Gabino apretó a la niña contra sí. La desesperación le otorgó una fuerza nueva, una energía oscura destilada en el alambique de sus naufragios anteriores.

"He escapado del hambre de Asturias, del fuego de los ingenios y del hierro del Príncipe", pensaba Gabino, mientras se internaba en un pantano donde el agua le llegaba a la cintura. "No voy a permitir que la soberbia de una mujer que ha olvidado el sabor de la lágrima termine por devorar lo único que he podido rescatar de este naufragio. Si la muerte me reclama, que lo haga en el azul del océano, no en el barro de estos negreros".

La geografía del escape se volvió cada vez más hostil. Abandonaron la protección de los árboles para internarse en las marismas que precedían al litoral, un territorio de espejismos y salitre donde cada matorral podía ocultar una emboscada. El aire se volvió más denso, cargado con el olor de la descomposición marina y el presentimiento de la libertad. Julián y los demás se habían dispersado por orden de Gabino; en la soledad del fugitivo, el bulto de la niña era su único norte.

De repente, un disparo rasgó la quietud de la madrugada. El proyectil silbó sobre sus cabezas, impactando en el tronco de una palma con un sonido seco y definitivo. Gabino se arrojó al suelo, cubriendo el cuerpo de Marina con el suyo propio. En el horizonte, las luces de una patrulla empezaban a rodear la zona del embarcadero clandestino. Estaban atrapados entre el acero de la ley de Carolina y la inmensidad de un mar que no prometía salvación, sino solo una forma más vasta de olvido.

Fue en ese instante de parálisis absoluta cuando Gabino comprendió que su regreso a España no sería el del indiano que triunfa, sino el del espectro que huye. Se vio a sí mismo como Silvestre, el hombre que conoció en el barco, pero con una

diferencia lacerante: él no llevaba los bolsillos vacíos, llevaba el alma cargada con la responsabilidad de una vida que no le pertenecía. La tragedia había completado su ciclo: el hombre que quiso ser dueño de la tierra era ahora un paria que mendigaba un rincón en la sentina de un vapor de carga.

—Perdóname, Marina —susurró, sintiendo el frío del barro contra sus mejillas—. Perdóname por traerte a este mundo de hombres que muerden. Pero juro por la ceniza de mi tío que, si cruzamos esta orilla, nadie volverá a ponerte un grillete, aunque el grillete sea de seda.

Se puso en pie, desafiando a las sombras y al plomo que empezaba a silbar de nuevo en el aire. Con la niña en brazos, inició una carrera desesperada hacia los manglares de la costa, donde el rumor de las olas empezaba a ahogar el grito de sus perseguidores. La vida en la isla estaba llegando a su fin, pero el de la mar, con sus peligros de sal y sus promesas de ceniza, acababa de abrirse ante ellos como una boca hambrienta.

El embarque clandestino no poseía la épica de las grandes despedidas, ni el brillo de bronce de los vapores que transportaban los sueños de los emigrantes. Fue una operación de sombras, un intercambio de susurros y monedas de plata realizado en un recodo infecto de la costa, donde los manglares retorcían sus raíces en el agua salobre como dedos de náufragos. El navío que aguardaba, el *Santa Eulalia*, no era más que un vapor de carga con el casco devorado por la herrumbre y el alma corrompida por el contrabando. Un gigante de hierro viejo que exhalaba un humo negro y denso, ocultando bajo su apariencia de mercante el transporte de almas desesperadas y mercancías proscritas.

Gabino alcanzó la pasarela de servicio con Marina estrechada contra su pecho. La niña, exhausta por la huida a través de la ciénaga, se había sumergido en un letargo que bordeaba la inconsciencia, una tregua biológica contra el horror. Al pisar el metal vibrante del barco, Gabino sintió que el suelo de Cuba, esa tierra que

le había prometido el néctar y le había entregado el acíbar, se desprendía finalmente de sus botas. No hubo una última mirada de nostalgia hacia los cañaverales; para él, la isla era ya un osario iluminado por el incendio de sus propias esperanzas.

—En la cala, asturiano —le siseó el contramaestre, un hombre cuya piel tenía la textura del cuero curtido en sal—. Si la patrullera nos da el alto antes de salir de aguas jurisdiccionales, tú no existes. Ni tú, ni la pequeña. Si abrís la boca, el mar es muy hondo y no deja rastro.

El descenso a las profundidades del *Santa Eulalia* fue un regreso al vientre del Leviatán. Gabino fue conducido a un espacio angosto junto a las calderas, un rincón donde el calor era una presencia sólida y el estrépito de los pistones impedía cualquier pensamiento que no fuera el de la mera supervivencia. Allí, entre fardos de tabaco de desecho y sacos de mineral de cobre, Gabino depositó a Marina sobre una manta mugrienta. La oscuridad era casi absoluta, solo herida por el resplandor anaranjado que escapaba de los hogares de las máquinas, proyectando sombras dantescas sobre las planchas de acero.

En la soledad de la sentina, mientras el barco iniciaba su lento cabeceo hacia el Atlántico, Gabino Felgueroso se enfrentó al espejo de su propia ruina. Siete años habían pasado desde que cruzara ese mismo océano con el pecho henchido de ambición y la mirada limpia de quien se cree dueño de su destino. Siete años que le habían devuelto un cuerpo quebrado, un nombre manchado por el oprobio del penal y una condena de fugitivo que le perseguiría hasta el último de sus días.

"Soy el indiano de paja", se decía en su soliloquio interno, mientras el rítmico latido de los motores parecía burlarse de sus antiguos delirios de grandeza. "Soy la encarnación del fracaso que Silvestre me describiera en la cubierta del trasatlántico. Regreso a la aldea no con cadenas de oro y carruajes de seda, sino con las manos vacías y el alma cargada con la orfandad de una niña que no

debería ser mi responsabilidad, pero que es mi única redención. He querido ser el rey del azúcar y he terminado siendo el siervo de las sombras".

El deterioro físico de Gabino durante la travesía fue rápido y despiadado. La fiebre de la manigua, que había permanecido latente durante la huida, brotó con una furia renovada en la insalubridad de la bodega. Sus mejillas se hundieron, dibujando el relieve óseo de una calavera prematura, y sus ojos se hundieron en cuencas de un gris ceniciento, dos ascuas de desesperación que solo cobraban vida cuando Marina despertaba de sus pesadillas. Su cabello, antes negro como el azabache, empezó a mostrar mechones de una blancura prematura, como si el salitre del mar hubiera decidido teñir su vejez antes de tiempo.

Marina, por su parte, habitaba un silencio que a Gabino le resultaba más doloroso que cualquier grito. La niña aceptaba la comida rancia y el agua salobre con una docilidad mecánica, observando a Gabino con una mezcla de gratitud y extrañeza. Para ella, este hombre roto era su único vínculo con un mundo que ya no entendía. A veces, en el delirio de la fiebre, Gabino creía ver en el rostro de la pequeña los rasgos de Matías Ablanedo, una herencia de sangre que le recordaba constantemente el pecado original de la fortuna que tanto había ansiado.

—No me dejes solo, Silvestre... —susurraba Gabino entre sueños, buscando en la penumbra la figura de su amigo muerto—. No dejes que el mar me trague antes de que ella vea las montañas.

El viaje de regreso fue un purgatorio de treinta días. El *Santa Eulalia* evitaba las rutas comerciales, navegando por los márgenes de la legalidad, siempre atento a la silueta de los guardacostas o de los buques de guerra que aún patrullaban un Atlántico marcado por la posguerra. Gabino pasaba las horas observando el goteo de la condensación sobre los mamparos, contando cada segundo como si fuera una gota de sangre que se le escapaba. El hombre que antaño soñaba con el brillo de los salones de primera clase, ahora

encontraba su única paz en el calor amoniacal de las máquinas y en el tacto de la mano pequeña de Marina.

Se vio a sí mismo como el reverso exacto del indiano exitoso. No habría vítores a su llegada, ni campanas repicando en la parroquia, ni el orgullo de un padre que ve cumplida la promesa de prosperidad. Gabino regresaba como el "indiano fallido", aquel arquetipo de la derrota que la aldea suele recibir con una mezcla de piedad y desprecio. Pero en su interior, una convicción de hierro se mantenía intacta: si lograba poner a Marina a salvo en Asturias, si conseguía que la niña respirara el aire puro de las cumbres, su fracaso comercial se convertiría en su mayor victoria moral.

La tragedia había cambiado de escenario, trocando el verde de los cañaverales por el azul plomizo del océano. Gabino Felgueroso, despojado de su juventud y de su riqueza, era ya solo el guardián de una inocencia herida. El vapor de carga hendía las olas con una terquedad mecánica, acercándolos cada vez más a una España que Gabino ya no reconocía, pero que era el único puerto donde sus fantasmas le permitirían, tal vez, descansar. El néctar de las sombras se había evaporado, dejando en el fondo del alambique solo la sal del arrepentimiento y la determinación de un hombre que, habiéndolo perdido todo, ya no tenía miedo a la tormenta que le aguardaba en la costa cantábrica.

El desembarco en la costa asturiana no tuvo la luz del triunfo, sino la clandestinidad de un naufragio consentido. Una madrugada de 1947, bajo un cielo de acero que parecía querer aplastar las cumbres del Sueve, el *Santa Eulalia* detuvo sus máquinas frente a una cala olvidada por las rutas oficiales. No hubo muelles de piedra, ni grúas, ni el bullicio de los consignatarios. Gabino Felgueroso descendió por una escala de cuerda, sintiendo el frío del Cantábrico como una bofetada de realidad que le devolvía a sus orígenes. En sus brazos, envuelta en una manta de lana que todavía conservaba el olor a herrumbre de la sentina, Marina era un bulto de silencio y espanto.

Al pisar la arena húmeda y gris, Gabino cayó de rodillas. No era un gesto de devoción, sino el colapso físico de un hombre que había agotado todas sus reservas de voluntad. El "indiano fallido" contemplaba el paisaje que dejara siete años atrás: los acantilados de caliza, el verde perenne de los prados y la bruma que se enredaba en los castaños. Todo permanecía igual, con esa inmutabilidad eterna de la aldea asturiana, mientras que él regresaba convertido en un extraño, un fugitivo cuya piel olía a azúcar quemado y a sangre de presidio.

—Ya estamos en casa, Marina —susurró con una voz que era un herrumbre de cansancio—. Aquí no hay negreros, ni látigos, ni incendios. Aquí solo hay tierra y silencio.

El camino hacia la aldea fue un calvario de sombras. Gabino evitó los senderos principales, moviéndose por las veredas de los pastores, ascendiendo hacia la quintana familiar con el sigilo del que teme que su propia sombra le delate. A medida que se acercaba, la visión de la casa de sus padres se materializó entre la niebla como un reproche de piedra. Allí estaba la puerta de madera que él cruzara con el pecho henchido de promesas de oro; allí, el hórreo donde jugara de niño, ignorante de que el destino le reservaba un alambique de dolores en el otro confín del mundo.

Cuando finalmente alcanzó el umbral, el sol de la mañana empezaba a herir las nubes. Gabino llamó a la puerta con unos nudillos que ya no tenían fuerza. El sonido de los cerrojos descorriéndose fue para él el eco de una sentencia definitiva.

La puerta se abrió y apareció Damián, su padre. El hombre, cuya espalda se había encorvado bajo el peso de los años y la incertidumbre, retrocedió dos pasos al ver la figura que le aguardaba. No reconoció de inmediato a su hijo. Ante él no estaba el joven gallardo que partió hacia Cuba, sino un hombre prematuramente envejecido, con el cabello encanecido por el salitre y la mirada hundida en las simas del horror.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano, con la voz trémula del que teme a los fantasmas.

—Padre... soy Gabino —respondió él, y la palabra "padre" le supo a una confesión de derrota absoluta.

El reencuentro fue un estallido de silencio. No hubo abrazos efusivos, ni llantos de alegría; hubo el estupor de los que ven regresar a un muerto. La madre de Gabino apareció tras su marido, y al ver el estado de su hijo, dejó escapar un gemido que pareció arrancar las raíces de la casa. Entraron en la cocina, el corazón de la vivienda, donde el fuego de la llar todavía conservaba el calor de una vida sencilla que Gabino había despreciado por el espejismo del azúcar.

Gabino depositó a Marina en un escaño de madera. La niña observaba el hogar con sus ojos inmensos, esos ojos de canela y sombra que en la cocina asturiana parecían una intrusión de otro universo.

—¿Qué es esto, Gabino? ¿Qué traes contigo? —preguntó la madre, acercándose a la niña con una mezcla de recelo y compasión ancestral.

—Es Marina, madre. Es la única victoria que traigo de las Indias —sentenció Gabino, sentándose a la mesa y dejando caer la cabeza entre las manos—. He fracasado en todo lo demás. No traigo oro, ni traigo tierras, ni traigo el honor que esperabais. Traigo deudas de sangre y el alma rota. Pero esta niña es inocente. Es la hija de los que sufrieron por mi causa, y si me queda algo de decencia, es ponerla bajo vuestro amparo.

En las horas que siguieron, bajo la luz mortecina de la cocina, Gabino desgranó su soliloquio de sombras. Habló de Ceferino, de la traición de los Ablanedo, del martirio de Ernesto y del incendio de Silvestre. No ocultó el duelo, ni el penal, ni la fuga. Sus padres escuchaban con una palidez que se confundía con la ceniza del

hogar. Comprendieron que su hijo no era un indiano, sino un superviviente de una guerra que no figuraba en los libros de historia, una guerra de almas donde el azúcar era el único combustible.

—Aquí estará a salvo —dijo finalmente el padre, mirando a Marina, que se había quedado dormida con el calor del fuego—. La aldea no hace preguntas a los que traen el silencio por equipaje. Diremos que es una huérfana de la guerra, una sobrina lejana. Nadie en estas montañas sabe quiénes son los Ablanedo.

Gabino sintió que un peso inmenso se desprendía de sus hombros, pero el vacío que dejaba era igual de doloroso. Había cumplido su promesa. Marina estaba a salvo, lejos del alcance de la mano de hierro de Carolina. Pero él, Gabino Felgueroso, ya no pertenecía a aquel paisaje. Se veía a sí mismo como un cuerpo extraño, un organismo contaminado por el néctar de las sombras que no podía encontrar reposo en la paz de Asturias.

—Yo no puedo quedarme, padre —susurró Gabino, levantándose con una dificultad que denotaba su agotamiento físico —. Mi nombre es una condena que sigue vigente en el otro lado del mar, y la Guardia Civil no tardará en recibir despachos desde La Habana. Soy un reo fugado, un indiano fallido que ha de vivir en las márgenes de la vida. He venido a entregaros mi tesoro, pero mi destino es seguir siendo sombra.

Se acercó a Marina y le rozó la frente con un beso que sabía a despedida y a redención. Luego, sin mirar atrás, sin permitir que el calor del hogar le ablandara la voluntad de hierro que le había mantenido vivo en el Castillo del Príncipe, Gabino cruzó de nuevo el umbral de la quintana.

La imagen de Gabino Felgueroso perdiéndose de nuevo en la niebla de las montañas asturianas fue la triste visión de unos padres superados por los avatares del destino. Gabino había regresado al origen para cerrar el círculo, pero el círculo no era una unión, sino una espiral de pérdida. El indiano que quiso ser rey era ahora un

vagabundo de su propio pasado, un espectro que caminaba por los bosques que le vieron nacer, custodiando en secreto la vida de una niña que nunca sabría el precio exacto de su libertad. La tragedia había completado su periplo oceánico, dejando en Asturias una semilla de esperanza rodeada por la inmensa soledad de un hombre que, habiéndolo dado todo por la justicia, ya no poseía nada más que su propio silencio.

CAPÍTULO 10

La Sal de los Desposeídos

El año de 1950 se instaló en la costa asturiana con la pesadez de una red empapada que se arrastra sobre el fondo del mar. Para Gabino Felgueroso, el cambio de década no trajo el alivio de la paz, sino una nueva forma de servidumbre: la del salitre. Atrás quedaba el calor asfixiante de los ingenios de Pinar del Río y el aroma dulzón de la zafra, sustituidos ahora por el frío cortante del Cantábrico y el olor penetrante a pescado rancio y brea. Gabino, el hombre que un día soñó con ser el rey del azúcar, era ahora un marinero de manos nudosas y rostro curtido por el viento del norte, un "indiano de maleta de madera" que había regresado a su tierra con los bolsillos llenos de sombras y el alma huérfana de fortuna.

Se había instalado en un pequeño puerto pesquero, un rincón de piedra y cal donde el tiempo parecía medirse por las mareas y no por los relojes. Allí, nadie le llamaba don Gabino, ni se hablaba de sus tierras en Cuba. Era simplemente "el gallego de las Indias", un hombre silencioso que faenaba en las lanchas más humildes, aceptando el trabajo más duro a cambio de un jornal que apenas le permitía costearse una habitación en una fonda que olía a humedad y a soledad. En su fuero interno, mientras tiraba de las redes bajo la lluvia fina que calaba hasta los huesos, Gabino rumiaba su propio fracaso.

—He cruzado el océano dos veces para terminar donde empecé: en el barro —se decía, observando cómo las escamas de los jureles brillaban como monedas inútiles bajo la luz grisácea del alba—. Soy como Silvestre, un espectro que arrastra sus recuerdos por los muelles, buscando en el fondo de una botella o en la inmensidad del horizonte un rastro de la dignidad que perdí entre los cañaverales. El azúcar me dio el poder de matar, pero la sal me está dando el castigo de recordar.

La España de 1950, aunque ya no era un país de silencios y cartillas de racionamiento, todavía era un lugar donde el hambre acechaba en las esquinas de los soportales. Gabino veía en los rostros de sus compañeros la misma fatiga mineral que conociera en los barracones de los esclavos, pero sin el consuelo del sol tropical. La miseria en el norte tenía un color plomizo. A pesar de todo, Gabino encontraba una extraña paz en la fatiga física; el esfuerzo de la mar le impedía pensar en Carolina y en la traición que le había arrebatado su patrimonio. Sin embargo, el destino, ese tejedor incansable de infortunios, le tenía reservado un reencuentro que no figuraba en sus planes de náufrago.

En el puerto, la vida giraba en torno a la lonja y a las tabernas donde los hombres intentaban ahogar el miedo a la galerna. Fue en una de esas mañanas de descarga, cuando el frío mordía las orejas y el estrépito de las gaviotas llenaba el aire, donde Gabino volvió a verla. Entre las mujeres que esperaban el regreso de las lanchas para iniciar el pesado trabajo de la limpieza del pescado, una figura destacó con la fuerza de un rayo en mitad de la tormenta. Era María.

Habían pasado años, pero el tiempo no había podido borrar la huella de aquel amor de juventud que el azúcar había intentado corromper. María ya no era la muchacha de risa clara que despedía al emigrante; era una mujer marcada por el luto y el rigor de la costa. Vestía de negro riguroso, un luto que no solo cubría su cuerpo, sino que parecía habitar en sus ojos cansados. Gabino supo, por los susurros de los muelles, que María era viuda; su marido, un marinero recio, había sido reclamado por el Cantábrico en una noche de furia, dejándola sola con un hijo de seis años, Roberto.

El encuentro fue un choque de silencios en mitad del bullicio de la descarga. Gabino se detuvo, con la red todavía en las manos, y María levantó la vista. Por un instante, el puerto de 1950 desapareció. Ya no estaban allí, rodeados de cajas de madera y tripas de sardina; estaban de nuevo en el camino de la aldea, antes de que el brillo del oro cubano cegara el juicio del indiano. En la

mirada de María, Gabino no leyó reproche, sino una tristeza infinita, la comprensión de dos náufragos que se reconocen en la orilla después de haberlo perdido todo.

—Has vuelto, Gabino —dijo ella, con una voz que era un susurro de espuma—. Has vuelto como dijiste, pero traes el mar en los ojos.

—He vuelto sin nada, María —respondió él, bajando la cabeza —. He vuelto como un hombre que ha muerto y ha olvidado enterrarse.

Aquel fue el inicio de una nueva etapa. Gabino, arruinado y despojado de sus delirios de grandeza, empezó a frecuentar la humilde casa de María. El pequeño Roberto, un niño de mirada curiosa y manos inquietas, se convirtió en el puente entre dos mundos que intentaban reconciliarse. Gabino veía en el niño la inocencia que él había perdido, y en María, el ancla que podía detener su deriva de fantasma. Intentaban retomar la relación, pero las cicatrices eran profundas. Ambos estaban castigados por los avatares de la vida, poseídos por una cautela que solo conocen los que han visto cómo sus sueños se hundían en el abismo.

Sin embargo, en la quietud de las tardes frente al hogar, parecía que la esperanza podía volver a brotar. Gabino ayudaba en las tareas más pesadas, traía el poco pescado que le correspondía de su parte en la lancha y jugaba con Roberto, enseñándole los nudos marineros que él mismo estaba aprendiendo a regañadientes. Parecía que el destino les daba una tregua, una oportunidad de sobrevivir en la humildad. Pero la sombra de los Ablanedo era larga, y el azúcar, aunque lejano, seguía teniendo el poder de amargar la vida de los desposeídos.

La noticia corrió por el pueblo como una marea negra: una rica heredera indiana, una mujer de fortuna incalculable, había decidido instalarse en las cercanías. Se hablaba de millones de pesetas, de inversiones fabulosas y de una mansión que se construiría sobre el

acantilado para dominar el mar. El alcalde y las fuerzas vivas del lugar ya preparaban sus mejores galas para recibir a la benefactora. Gabino, al oír los rumores, sintió un escalofrío que no procedía del viento del norte. Sabía, con una certeza absoluta, que Carolina Ablanedo había cruzado el océano para terminar lo que había empezado en Cuba. La paz de María y el futuro de Roberto estaban de nuevo en el punto de mira de la viuda.

La llegada de Carolina Ablanedo y su hijo Víctor al puerto no fue un suceso, sino una transfiguración del paisaje. Una mañana de bruma cerrada, cuando el aroma a sargazo y gasóleo aún pesaba sobre el muelle, el estrépito de un motor ajeno a la parsimonia de los tractores y las lanchas rasgó el aire. Por la carretera que serpenteaba desde la capital, descendió un Cadillac[1] descapotable de un color crema insultante, una mole de acero y cromo que parecía haber sido arrancada de las avenidas de El Vedado para ser arrojada entre las redes remendadas y los muros de piedra de la Asturias de la posguerra. Al volante, un chofer negro, cuya piel de ébano y librea impecable causaron en los marineros un estupor que paralizó las descargas, mantenía una fijeza marmórea. En el asiento trasero, envuelta en sedas que desafiaban la humedad del Cantábrico, Carolina regresaba al mundo de Gabino como una deidad vengativa disfrazada de progreso.

Gabino observó la escena desde la cubierta del *Virgen del Carmen*, con las manos ensangrentadas por el roce de los cabos y el alma encogida. Ver a Carolina allí, en su propio refugio de sal, fue como sentir de nuevo el látigo de Nuño Freije sobre la espalda. Ella no miraba al puerto; miraba al horizonte con la soberbia del que sabe que posee no solo la tierra, sino el hambre de quienes la habitan.

—El azúcar ha cruzado el mar, Gabino —susurró para sí mismo, mientras sentía que el frío del agua le calaba más hondo que nunca —. Ha venido a cobrarse los restos del naufragio.

La noticia de la "gran benefactora" se propagó con la velocidad de un incendio en un pajar seco. El alcalde, un hombre de rostro cetrino y ambición pequeña, y el párroco, cuya sotana brillaba por el uso en los codos, se apresuraron a recibir a la heredera con una servidumbre que rozaba lo grotesco. Carolina no escatimó en gestos: prometió donaciones para la iglesia, inversiones en la cofradía de pescadores y la construcción de una mansión indiana en los acantilados de la Atalaya que daría empleo a medio pueblo. Para los habitantes del puerto, que sobrevivían a base de sardina y resignación, Carolina no era la hija de un negrero, sino un milagro de la providencia.

Sin embargo, para Gabino y María, la presencia de Carolina era una atmósfera viciada que lo contaminaba todo. María, que había empezado a encontrar una precaria serenidad en los brazos de Gabino, sentía ahora que la sombra de la mansión en ciernes se proyectaba sobre su propia casa. Cada vez que el Cadillac recorría las calles empedradas, levantando un polvo que sabía a desprecio, María apretaba con fuerza la mano del pequeño Roberto, como si el brillo del cromo pudiera arrebatárselo.

—¿Por qué está aquí, Gabino? —preguntó María una tarde, mientras observaba desde su ventana el movimiento de los obreros en la Atalaya—. Una mujer con su fortuna podría vivir en Madrid, en París o regresar a sus palacios de Cuba. ¿Por qué ha elegido este puerto de miseria para levantar su casa?

—Porque aquí es donde estoy yo, María —respondió Gabino con una voz que parecía venir de ultratumba—. Carolina no construye una mansión; construye una celda de lujo desde la que vigilar mi derrota. No le basta con haberme quitado las tierras; necesita ver cómo la sal me deshace los huesos día tras día.

La convivencia en el pueblo empezó a corromperse de manera sutil pero implacable. Aquellos que conseguían un puesto en las obras de la Atalaya empezaron a mirar con superioridad a los que seguían dependiendo de la arbitrariedad de la mar. El dinero de los

Ablanedo, amasado en la trata y el sudor de los barracones, compraba ahora voluntades en las tabernas. Carolina se paseaba por el muelle con una sonrisa gélida, repartiendo limosnas que sabían a insulto y ganándose la adoración de un pueblo que ignoraba que cada piedra de la nueva mansión estaba cimentada en la infamia de su estirpe.

Gabino intentaba mantener la cabeza baja, refugiándose en el trabajo agotador de las galernas, pero sabía que el encuentro era inevitable. En su fuero interno, mientras rumiaba la injusticia de ver a su verdugo convertida en santa patrona, Gabino comprendió que el néctar de las sombras no se había evaporado. Se había transformado en un Cadillac crema y en una mansión de estilo colonial que, desde lo alto del acantilado, empezaba a asfixiar el aire de la costa. La tragedia no había terminado; solo había cambiado de escenario para representar su acto final bajo la lluvia asturiana.

La mansión de la Atalaya crecía sobre el acantilado con una obscenidad arquitectónica que desafiaba la sobriedad del paisaje asturiano. No era una construcción, sino una declaración de guerra de mármol y piedra. Cada columna blanca que se alzaba hacia el cielo gris del Cantábrico parecía un dedo acusador apuntando hacia el pasado de Gabino Felgueroso, un recordatorio físico de que el azúcar de los Ablanedo poseía la fuerza necesaria para doblegar incluso la verticalidad de los riscos. Los materiales, traídos en vapores fletados expresamente por Carolina, hablaban de un mundo de excesos: maderas de caoba que aún conservaban el sudor del trópico, mármoles de Carrara que brillaban con una frialdad lunar y cristalerías que multiplicaban la luz de un sol que en ese puerto apenas se atrevía a asomar.

Para el pueblo, aquella obra era el maná de la posguerra. Los hombres que antes malvivían de la costera del bonito ahora vestían el mono de trabajo de la constructora de los Ablanedo, sintiéndose bendecidos por el jornal seguro que la "indiana" les otorgaba. Carolina se había convertido en el centro de gravedad de la

comarca; su nombre se pronunciaba con una mezcla de reverencia y codicia en las sacristías y en los despachos municipales. Ella lo sabía y lo cultivaba con una frialdad administrativa, repartiendo favores y promesas mientras su sombra se hacía más larga que la de la propia torre de la iglesia.

Gabino presenciaba esta ascensión desde la orilla opuesta de la existencia. Su vida se había reducido a la mínima expresión de la supervivencia. Cada madrugada, antes de que el alba rompiera el horizonte, salía a la mar en una lancha vieja cuyo motor tosía como un tuberculoso, regresando horas después con las manos sangrantes y el cuerpo aterido por el salitre. El contraste era lacerante: mientras él descargaba cajas de sardinas por unas pocas pesetas, veía el Cadillac crema de Carolina detenido frente al ayuntamiento, un símbolo de cromo y poder que parecía reírse de sus harapos de marinero.

María intentaba mantener el hogar a salvo de aquella marea de humillación, pero el aire de la casa se había vuelto pesado. Roberto, el niño que era su único consuelo, jugaba con barquitos de madera tallados por Gabino, ajeno a que la mujer del Cadillac era la arquitecta de la ruina de quien ahora le hacía de padre. María veía a Gabino consumirse, volverse más silencioso y huraño, como si la sal de la mar estuviera terminando de erosionar lo poco que quedaba de su alma de indiano.

—No la mires, Gabino —le decía María por las noches, mientras le aplicaba ungüento en las grietas de las manos—. Su dinero no es nuestro, pero nuestra paz sí lo es. Deja que levante sus palacios; nosotros tenemos este techo y el amor de Roberto.

—No es el dinero lo que me quema, María —respondía él, con la mirada fija en el rescoldo de la llar—. Es que cada piedra de esa casa es una mentira que el pueblo se traga con gusto. Ha venido a recordarme que, incluso en mi tierra, soy un paria y ella es la dueña del mundo.

El primer encuentro directo ocurrió una tarde de mercado, en la plaza principal. Gabino caminaba junto a María y el pequeño Roberto, cargando con unos aparejos que necesitaba remendar. De repente, el silencio se hizo en la plaza y el rítmico ronroneo del motor del Cadillac anunció la llegada de la soberana. El coche se detuvo a pocos metros de ellos. El chofer negro bajó con una elegancia mecánica para abrir la puerta trasera, y Carolina Ablanedo emergió de su interior como una aparición de otro siglo.

Vestía un traje de chaqueta de seda gris y un sombrero que ocultaba a medias su mirada de acero. Al ver a Gabino, no mostró sorpresa ni desdén; mostró algo mucho más peligroso: una indiferencia benevolente. Sus ojos recorrieron la figura encorvada de Gabino, su ropa manchada de brea y la mano de María que le sujetaba con desesperación. Por un instante, el tiempo se congeló. El pueblo entero observaba la escena, conteniendo el aliento ante el choque entre la benefactora y el marinero fracasado.

Carolina no dijo una palabra en ese momento. Se limitó a esbozar una sonrisa gélida, una mueca que decía más que mil insultos, y entró en el comercio de ultramarinos seguida por la mirada servil del dueño. Gabino sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No era el odio de Carolina lo que más le hería, sino la forma en que ella le observaba como a una curiosidad zoológica, un resto de naufragio que ya no merecía ni siquiera su rencor activo.

Esa noche, en sus pensamientos frente al mar embravecido, Gabino comprendió que la mansión de la Atalaya no era solo una casa; era el escenario de un sacrificio final. La presencia de Carolina estaba asfixiando la poca felicidad que había logrado reconstruir con María. El néctar de las sombras había regresado para reclamar su deuda, y esta vez no habría mar lo bastante hondo para ocultar la tragedia que empezaba a destilarse en el alambique de la soberbia de los Ablanedo. La redención que Gabino buscaba en la humildad de la mar se revelaba ahora como un espejismo; el destino le

obligaba a mirar de frente al monstruo que él mismo había ayudado a alimentar en los campos de Cuba.

La mansión de la Atalaya se completó al fin, alzándose sobre el acantilado como una excrecencia de cal blanca y soberbia que hería la vista de los marineros al entrar en la dársena. No era una casa, sino un mausoleo a la fortuna de los Ablanedo, un trasplante caprichoso de la arquitectura colonial cubana en medio del granito asturiano. Sus galerías porticadas y sus persianas de madera noble parecían burlarse de la horizontalidad de las casas de los pescadores, que se apiñaban a sus pies como si buscaran el perdón por su propia pobreza. Desde sus balcones, Carolina podía vigilar el pulso del puerto, midiendo la desesperación de Gabino con la misma frialdad con la que su padre contaba los sacos de azúcar en el ingenio.

El pueblo, seducido por el brillo del cromo y el sonido metálico de las donaciones, se rindió sin condiciones ante la "Indiana". El alcalde y las fuerzas vivas de la localidad se convirtieron en los sumisos acólitos de su voluntad. Se organizaban recepciones y paseos, y el Cadillac crema, conducido por el hierático chofer, se convirtió en una visión cotidiana que detenía el tiempo en las calles empedradas. Carolina no era ya una extraña; era la benefactora, la mano providencial que había traído el progreso a un rincón olvidado por el gobierno.

En este nuevo orden social, Gabino y María se convirtieron en los parias del puerto. Su rechazo a participar en la adoración colectiva hacia Carolina fue interpretado por los vecinos como una ingratitud soberbia, una mancha en la alegría de la comunidad. Los mismos hombres que antes compartían el tabaco con Gabino en la taberna, ahora le evitaban en la lonja, temerosos de que la amistad con el "indiano fallido" pudiera malograr sus posibilidades de conseguir un empleo en la servidumbre de la mansión. María sufría el vacío en el mercado; las conversaciones se apagaban a su paso y

las miradas de las otras mujeres se volvían de piedra cuando la veían caminar de la mano del pequeño Roberto.

—Nos están empujando al mar, Gabino —susurró María una noche, mientras el rítmico romper de las olas contra el muelle subrayaba su aislamiento—. El pueblo ya no es nuestro. Ella ha comprado hasta el aire que respiramos.

—Ha comprado el hambre, María, que es la mercancía más barata en esta tierra —respondió Gabino, mientras remendaba una red con dedos entumecidos—. No nos perdonan que sepamos la verdad. Para ellos, Carolina es el pan; para nosotros, es la ceniza que nos quemó la vida en Cuba.

La preparación para la gran inauguración de la mansión se convirtió en el evento del año. Se hablaba de orquestas traídas de la capital, de vinos franceses y de un despliegue de lujo que el puerto no había visto en siglos. Carolina recorría las calles en su Cadillac, supervisando personalmente los últimos detalles, deteniéndose a veces frente a la humilde vivienda de María solo para que el silencio del motor acentuara el desprecio de su presencia. Gabino la observaba desde las sombras del muelle, sintiendo que el "néctar de las sombras" estaba terminando de fermentar en su pecho, transformándose en una hiel que amenazaba con desbordarse.

En su fuero interno, Gabino comprendió que el asedio del mármol estaba llegando a su fin. Carolina no se conformaba con su ruina física; necesitaba su rendición moral, su humillación ante el pueblo que ahora la idolatraba. El Cadillac crema no era un transporte, era un carro de guerra que patrullaba las fronteras de su miseria. El escenario estaba listo para un acto final, donde la invitación de la viuda y el encuentro definitivo en la mansión indiana cerrarían para siempre la cuenta pendiente entre el azúcar y la sal.

La tarde se desangraba sobre el Cantábrico en una gama de violetas y grises cenicientos cuando el destino decidió, finalmente, cruzar los caminos de la seda y el salitre en la plaza del puerto.

Gabino caminaba de regreso de la lonja, con el cuerpo encorvado por la fatiga de una costera amarga y las manos todavía entumecidas por el hielo y la sal. El olor a pescado y a brea se le había pegado a la piel como una costra de humillación. A su lado, María cargaba un cesto de ropa, con el pequeño Roberto sujeto a su falda, moviéndose con la prisa de quien desea ocultarse antes de que la noche termine de certificar su derrota.

Fue entonces cuando el ronroneo del Cadillac, ese sonido que en el pueblo se interpretaba como el pulso del progreso, se detuvo frente a ellos, bloqueando el paso con la insolencia de una barrera de mármol. El chofer negro, cuya inmovilidad de estatua de obsidiana siempre causaba un estremecimiento en los niños, abrió la puerta trasera con una parsimonia litúrgica. Carolina Ablanedo emergió del interior, envuelta en un abrigo de pieles que parecía un insulto a la humedad cortante del puerto. Sus ojos, dos cuentas de cristal oscuro que no habían perdido ni un ápice de su crueldad antillana, se fijaron en Gabino con una fijeza que le detuvo el pulso.

—Gabino Felgueroso —pronunció su nombre con una lentitud de miel amarga, dejando que cada sílaba flotara en el aire viciado de la tarde—. Quién hubiera dicho que el mar del norte te sentaría tan mal. Te veo y me cuesta encontrar al hombre que una vez incendió mis campos para salvar su orgullo.

Gabino no bajó la mirada, aunque sintió que María apretaba su brazo con una fuerza desesperada. Gabino comprendió para sí que el enfrentamiento ya no era por las tierras de Cuba, sino por el último resto de su alma.

«Aquí está, Silvestre, el tiburón ha subido a la arena. Ha cambiado el látigo por las pieles y el incendio por las donaciones, pero el veneno es el mismo. Viene a recordarme que soy un paria en mi propia tierra, un náufrago al que ella se permite el lujo de perdonar porque ya no me considera una amenaza, sino un entretenimiento para su aburrimiento de viuda rica.»

—No he venido a hablar de incendios, Carolina —respondió Gabino con una voz que era un herrumbre de cansancio y sal—. He venido a vivir lo que me queda de vida en paz. Tú tienes tu palacio en la Atalaya y yo tengo mis redes. No hay nada más que decir.

Carolina soltó una carcajada cristalina, un sonido que resonó en la plaza desierta con la frialdad de una guillotina. Se acercó un paso, ignorando la presencia de María, que permanecía como una sombra de luto a las espaldas de Gabino.

—La paz es un lujo que no puedes permitirte, Gabino. Te veo aquí, faenando como un bracero sin nombre, y me duele el corazón de pensar que fuiste parte de mi estirpe, aunque fuera por vía de la infamia de tu tío. No te guardo rencor. El tiempo y la fortuna me han enseñado que el odio es una carga pesada para alguien de mi posición. Quiero hacer algo por vosotros, algo que saque a esta mujer y a su hijo de la miseria en la que los tienes sumidos.

María soltó un jadeo de indignación contenida, pero Carolina continuó, imperturbable, con esa falsa magnanimidad que solo los poderosos saben empuñar como un puñal.

—Mañana por la noche os espero en la mansión. Quiero que cenéis conmigo, como los viejos conocidos que somos. Celebraremos que el azúcar y la sal han hecho las paces bajo este cielo asturiano. No aceptaré una negativa; el pueblo entero se preguntaría por qué el humilde marinero desprecia la mano tendida de su benefactora.

Gabino sintió que el Cadillac y la mansión de la Atalaya eran ahora una sola mandíbula cerrándose sobre él. Aceptar la invitación era entrar en el templo de su verdugo; rechazarla era confirmar su condición de paria ante una comunidad que ya le miraba con sospecha. Miró a Roberto, el niño que le observaba con curiosidad, e imaginó la vida de privaciones que le aguardaba si no lograba quebrar el asedio de Carolina.

—Iremos, Carolina —sentenció Gabino, sintiendo que las palabras eran clavos que sellaban su propio destino—. Iremos para que veas que tu dinero puede comprar la voluntad del pueblo, pero no ha logrado romper la dignidad de los que no tenemos nada.

Carolina sonrió, y esta vez el brillo de sus dientes fue más afilado que el de la navaja de Baco en los muelles de Avilés. Subió de nuevo al Cadillac y el coche arrancó, dejando tras de sí un rastro de humo y un silencio que pesaba más que la bruma. Gabino y María quedaron solos en la plaza, sintiendo que el aire se había vuelto irrespirable.

Aquel día se cerraba con esa invitación, una puerta abierta hacia el abismo de la Atalaya. El **néctar de las sombras** se preparaba para su destilación final. Gabino, el indiano fallido, y María, la viuda de la costa, se disponían a subir la colina para enfrentarse al monstruo en su propio altar de mármol. No sabían que la cena que Carolina preparaba no era un acto de perdón, sino la liturgia de una venganza que había esperado años para servirse fría, entre copas de cristal de bohemia y el aroma a veneno que el azúcar siempre termina por exhalar cuando se mezcla con la envidia.

CAPÍTULO 11

El Alambique de la Eternidad

La noche elegida para la cena en la Atalaya descendió sobre el puerto con una fijeza de plomo, arrastrando una niebla densa que parecía querer borrar del mapa la miseria de las chabolas y el brillo insultante de la mansión. Gabino Felgueroso se contempló en el pequeño espejo desconchado de la casa de María, ajustándose el cuello de la única camisa blanca que le quedaba, una prenda amarilleada por el tiempo y el olvido que olía a alcanfor y a una dignidad que se resistía a claudicar. Sus manos, deformadas por el rudo trabajo de las redes y las cicatrices de Pinar del Río, temblaban levemente, no por miedo a la mujer que le aguardaba en lo alto del acantilado, sino por el peso de la responsabilidad que sentía al arrastrar a María hacia la boca del lobo.

María, sentada en el borde de la cama, terminaba de peinar su luto con una parsimonia litúrgica. Se había puesto un sencillo vestido negro, el mismo que usara para el entierro de su marido, pero sobre sus hombros descansaba un mantón que Gabino le trajera de Cuba en los pocos días de gloria antes de la ruina. Sus ojos, antes llenos de la luz de la costa, eran ahora dos cuencas de preocupación mineral. En el rincón, el pequeño Roberto dormía un sueño profundo, ajeno a que esa noche se decidía el destino de los pocos que le amaban en el mundo. La quietud de la casa era opresiva, un preludio silencioso de la tormenta de mármol que les aguardaba.

—No tendríamos que ir, Gabino —susurró María, rompiendo el silencio con una voz que parecía venir de un pasado que ya no les pertenecía—. El pueblo nos mira como si ya estuviéramos muertos. El dinero de esa mujer ha convertido este puerto en un teatro donde nosotros somos los únicos que no conocemos el guion.

—Si no vamos, María, la sombra de su desprecio nos asfixiará hasta que no podamos ni salir a la mar —respondió Gabino, dándose

la vuelta para mirarla con una solemnidad que le heló la sangre—. Carolina ha levantado esa casa para recordarnos que ella es la dueña del aire. Si subimos, lo hacemos para decirle a la cara que su azúcar no ha logrado endulzar nuestro desprecio. Es el último acto de esta comedia amarga que empezamos en el trasatlántico.

Salieron de la casa bajo la mirada furtiva de los vecinos, que se asomaban tras las persianas para ver el desfile de los desposeídos hacia el palacio de la indiana. El camino que ascendía hacia la Atalaya era empinado y pedregoso, un calvario de sombras donde el ruido de sus propios pasos sobre la gravilla sonaba como el mecanismo de una trampa que se cierra. A medida que ganaban altura, el puerto quedaba abajo, una mota de luces mortecinas en medio de la oscuridad, mientras que la mansión crecía ante ellos con una insolencia eléctrica que hería la vista. Aquella casa era un trasplante antinatural, un trozo de Cuba arrancado por la fuerza y clavado en la carne de Asturias.

Al llegar a la gran verja de hierro forjado, el Cadillac crema aguardaba en la entrada, con sus cromados brillando bajo los focos de la fachada como los dientes de un depredador. El chofer negro, cuya figura de ébano se fundía con la noche, les esperaba junto a la escalinata de mármol. Su presencia era un recordatorio constante de la procedencia de la fortuna de los Ablanedo: una riqueza amasada en el tráfico de almas y el sudor de los barracones. Sin mediar palabra, el hombre les hizo un gesto para que pasaran, abriendo las puertas dobles de caoba que daban acceso al gran salón.

El interior de la Atalaya era una bofetada de opulencia. El aire estaba saturado de un perfume caro que intentaba, sin éxito, ocultar el aroma persistente a tabaco de primera y a ese olor dulzón y rancio que exhalan las grandes fortunas fundadas en la injusticia. Los suelos de mármol de Carrara multiplicaban la luz de las lámparas de cristal de Bohemia, proyectando sombras alargadas sobre las paredes cubiertas de retratos de antepasados que Gabino reconoció con un escalofrío: Matías Ablanedo presidía la estancia desde un

óleo inmenso, con su mirada de reptil vigilando desde la eternidad el triunfo de su hija.

Carolina les aguardaba junto a la chimenea, donde ardía un fuego de leña de encina que no lograba calentar la frialdad de la estancia. Vestía un traje de noche de seda roja, un color que en la penumbra parecía sangre fresca, y sostenía una copa de cristal con una elegancia que Gabino solo había visto en las películas de su juventud. Su rostro, a pesar de los años, conservaba esa belleza marmórea que el odio y el poder habían preservado de la decadencia. Al verles entrar, esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos, una mueca de bienvenida que tenía el filo de una navaja de muelle.

—Bienvenidos a mi humilde morada asturiana —dijo Carolina, y su voz resonó en el salón con el eco de un veredicto—. Gabino, María... parece que el tiempo se ha detenido para nosotros tres. Pasad, el banquete está servido. Esta noche vamos a celebrar que, al final, cada cual ha encontrado el sitio que el destino le tenía reservado. El azúcar y la sal han vuelto a encontrarse, y os aseguro que esta será una cena que ninguno de nosotros podrá olvidar mientras viva.

Gabino sintió que el néctar de las sombras volvía a recorrerle las venas, una premonición de desastre que intentó ocultar bajo una máscara de orgullo marinero. Tomó el brazo de María y la condujo hacia el comedor, sintiendo que no entraban en una cena de reconciliación, sino en el patíbulo de lujo que Carolina había construido con la precisión de un verdugo que ama su oficio. El escenario estaba listo; los platos de porcelana de Sèvres y los cubiertos de plata brillaban bajo la luz cenital, aguardando el inicio de la liturgia del veneno que pondría fin a la cuenta pendiente entre los Ablanedo y los Felgueroso.

El comedor de la Atalaya era un recinto sagrado dedicado a la exaltación de la herencia y el desprecio. Bajo un techo artesonado de maderas preciosas, traídas de las selvas que el padre de Carolina

había deforestado con la misma saña con la que se despoja a un hombre de su nombre, la mesa de caoba maciza se extendía como un campo de batalla invernal, cubierta por un mantel de hilo de Flandes tan blanco que parecía emitir su propia luz gélida. Gabino y María se sentaron frente a Carolina, sintiéndose como intrusos en un templo que exigía un sacrificio que ellos aún no alcanzaban a comprender. La vajilla de porcelana, orlada en oro con las iniciales de la estirpe Ablanedo, emitía un tintineo cristalino con cada movimiento, un sonido que en los oídos de Gabino resonaba con la misma cadencia que los grilletes en las sentinas de los vapores negreros.

Carolina presidía la mesa con una rectitud que no nacía de la educación, sino de una soberbia mineral. A su lado, el chofer negro permanecía inmóvil, convertido en una extensión de las sombras de la sala, con sus guantes blancos resaltando la oscuridad de una piel que era el testimonio mudo de la fortuna que financiaba aquel banquete. Carolina hizo un gesto imperceptible y el hombre procedió a descorchar una botella de vino cuyo sello de lacre rojo parecía una gota de sangre seca. El líquido fluyó en las copas con una densidad aceitosa, desprendiendo un aroma complejo donde el fruto maduro luchaba contra un matiz metálico, casi amargo, que Gabino no supo identificar.

—Este vino procede de la reserva personal de mi padre —comenzó Carolina, y su voz, modulada con una elegancia depredadora, llenó el vacío del comedor—. Él solía decir que la tierra solo entrega sus mejores frutos a quienes tienen la voluntad de dominarla. Gabino, tú y yo sabemos que la voluntad es un don que no todos poseen. Algunos nacen para sembrar y otros para recoger, pero solo unos pocos nacen para dictar las reglas de la cosecha.

Gabino tomó la copa, sintiendo el peso del cristal de Bohemia contra sus dedos callosos. Miró a María, que permanecía rígida, con la mirada fija en el plato vacío como si temiera que cualquier movimiento pudiera desatar una tragedia. La tensión en la estancia

era una sustancia física, un velo que impedía respirar con libertad. Gabino comprendió que cada palabra de Carolina era una espina de azúcar, una forma refinada de recordarle su derrota absoluta.

—Has construido un reino sobre los acantilados, Carolina —respondió Gabino, haciendo un esfuerzo por mantener la voz firme —, pero tus cimientos huelen a la ceniza de los que aplastaste en la isla. Si nos has traído aquí para que admiremos tu botín, ya lo hemos visto. El pueblo te adora porque tiene hambre, pero el hambre es una lealtad que se evapora con el primer soplo de justicia.

Carolina soltó una carcajada que no alteró la frialdad de su semblante. Se inclinó hacia adelante, permitiendo que la luz de las velas resaltara la palidez de su cuello y el brillo de las joyas que parecían asfixiarla.

—La justicia es un invento de los perdedores para consolar su miseria, Gabino. Lo que tú llamas ceniza, yo lo llamo cimiento. Lo que tú llamas infamia, yo lo llamo orden. Os he invitado aquí porque quiero cerrar el círculo. Quiero que entendáis que no os guardo rencor. Al contrario, siento por vosotros la misma compasión que siento por los bueyes que tiran del arado: son necesarios, son sufridos, pero carecen de la visión necesaria para entender por qué han de ser azotados.

Servida la cena, el banquete se desarrolló bajo una atmósfera de irrealidad. Los platos se sucedían con una sofisticación que resultaba insultante ante la hambruna que Gabino y María habían padecido en el puerto. Carolina hablaba de sus planes para el pueblo, de cómo su dinero transformaría la costa, actuando como la gran benefactora que todos esperaban. Pero entre frase y frase, deslizaba alusiones punzantes al pasado: recordaba la "ingenuidad" de Ceferino, la "tosquedad" de los Felgueroso y el destino inevitable de aquellos que intentan rebelarse contra la estirpe de los Ablanedo.

Fue al llegar al postre, una elaboración de frutas tropicales bañadas en un almíbar denso, cuando la atmósfera cambió de signo. Carolina levantó su copa para un brindis final. Sus ojos brillaban con una intensidad febril, una luz oscura que parecía devorar el resplandor de las velas.

—Brindemos —sentenció ella—, brindemos por el final de las deudas. Por la paz que solo el olvido o la desaparición pueden otorgar. He puesto en este vino todo mi afecto, toda la historia de nuestra rivalidad y toda la amargura que vuestra existencia ha causado en mi familia. Bebed, Gabino. Bebed, María. Que el néctar de mis sombras sea el último sabor que vuestras lenguas reconozcan en este mundo.

Gabino bebió, impulsado por una fatalidad que ya no podía eludir. El vino tenía ahora un sabor extraño, un regusto a almendras amargas y a hierro que le abrasó la garganta. Miró a María, que también había apurado su copa, y vio en sus ojos el inicio de una duda aterradora. Carolina, por su parte, permanecía inmóvil, observándoles con la curiosidad de quien estudia la agonía de un insecto bajo un cristal. El silencio regresó al comedor, pero esta vez era un silencio definitivo, cargado con el presagio del fin. La liturgia del veneno había comenzado, y en las entrañas de la Atalaya, el tiempo empezaba a correr hacia un desenlace de sangre y ceniza que ya nada podría detener.

El silencio que siguió al brindis no fue la pausa de la cortesía, sino la quietud de un sepulcro que acaba de ser sellado. Gabino dejó la copa sobre el mantel, sintiendo cómo el cristal vibraba contra la madera de caoba con un eco que parecía multiplicarse en las vigas del techo. En su pecho, el vino no se comportaba como un bálsamo, sino como una corriente de plomo derretido que buscaba los recovecos de su sangre para empezar su labor de demolición. Pero no fue su propio dolor lo que le heló el alma, sino el sonido que escapó de la garganta de María. Fue un jadeo seco, una rotura del

aire que precedió al desplome de su cubierto sobre la porcelana de Sèvres.

María intentó llevarse la mano a la garganta, pero sus dedos, antes ágiles para remendar las redes del puerto, se curvaron en un espasmo de garra. Su rostro, aquel mapa de ternura y luto que Gabino había aprendido a amar sobre todas las ruinas, se desfiguró bajo una máscara de agonía súbita. El color de sus mejillas, esa palidez del norte, fue sustituido por una cianosis violácea que avanzaba desde sus labios con la rapidez de una mancha de aceite. Gabino se levantó de la silla, tropezando con sus propios pies que empezaban a sentirse ajenos, pesados como si estuvieran calzados con el hierro de los antiguos grilletes.

—¡María! —rugió Gabino, pero su voz no fue más que un graznido, un eco quebrado por el fuego que ya le devoraba las entrañas.

Se abalanzó sobre ella, rodeándola con sus brazos mientras el cuerpo de la mujer se arqueaba en una convulsión inhumana. María clavó sus uñas en los antebrazos de Gabino, buscando un anclaje en la vida que se le escapaba entre dolores horribles. Sus ojos, fijos en los de él, ya no pedían ayuda, sino que reflejaban el espanto de quien cruza el umbral de la nada de la mano de la traición. El veneno, una destilación quirúrgica de la acedía de los Ablanedo, estaba cumpliendo su función con una eficiencia de relojero. No era una muerte dulce, sino una ejecución física que despedazaba los órganos internos con la saña de mil cuchillas de cañaveral.

Carolina, desde la cabecera de la mesa, observaba la escena con una fijeza marmórea. No se había movido, ni un músculo de su rostro de porcelana se había alterado ante el espectáculo del sufrimiento. Seguía sosteniendo su propia copa —aquella que contenía el vino sin mácula— con una elegancia que resultaba obscena frente al estertor de María. El chofer negro, a su espalda, permanecía como un centinela de sombras, impasible ante la caída de los Felgueroso.

—Es el final de la zafra, Gabino —dijo Carolina, y su voz sonó clara, casi musical, en medio del estrépito de la vajilla rota—. No es odio lo que os doy, es la culminación de un proceso natural. Mi padre siempre decía que las malas hierbas han de ser arrancadas antes de que contaminen todo el ingenio. María es solo el daño colateral de tu soberbia. Tú, el indiano que quiso ser rey, verás morir lo poco que amabas antes de que el hierro de mi hospitalidad termine por cerrarte los ojos.

María soltó un último suspiro, un aire cargado con el olor metálico de la ponzoña, y su cuerpo se relajó con una brusquedad que dejó a Gabino sosteniendo un fardo de carne inerte. La vida, aquella llama precaria que habían intentado avivar en la miseria del puerto, se había extinguido en los salones de la Atalaya. Gabino estrechó el cadáver de María contra su pecho, hundiendo el rostro en su cabello que aún olía a la brisa del Cantábrico, y sintió cómo un soliloquio de fuego empezaba a arder en su conciencia.

"La han matado por mi culpa, Silvestre", pensó Gabino, sintiendo que las lágrimas se le evaporaban en las cuencas de los ojos debido a la fiebre de la ponzoña. "He traído a la paloma al nido de las víboras creyendo que mi orgullo era un escudo. Pero el azúcar no perdona, y el veneno de Carolina ha sido más rápido que mi redención. Ahora no queda sal, ni queda mar, solo queda el rescoldo de un odio que ha de quemar hasta la última piedra de este palacio de infamia antes de que la noche se lo trague todo".

Un espasmo de dolor le recorrió la columna vertebral, obligándole a soltar el cuerpo de María, que se deslizó sobre el mármol como un sudario negro. Gabino sintió que sus pulmones se cerraban, que su corazón latía con una arritmia desesperada, como un animal atrapado en una red que se estrecha. Pero en medio de aquella agonía física, un odio nuevo, un odio que no procedía de Cuba ni de la ambición, sino de la pérdida absoluta, le otorgó una fuerza prestada por el mismo diablo.

Levantó la vista hacia Carolina. Ella seguía allí, incólume, rodeada de su fortuna de sangre y sus negocios sucios, disfrutando del espectáculo de su victoria. Gabino comprendió que el capítulo final de su vida no podía terminar con un simple entierro. La Atalaya, con sus mármoles de Carrara y su Cadillac crema, no era más que un alambique donde se estaba destilando la última justicia de la isla. El veneno corría por sus venas, pero el hierro de su voluntad aún no se había fundido. La escena se cerraba con este cuadro de horror: una mujer muerta sobre el mármol, un hombre muriendo de pie y una viuda rica contemplando su obra bajo la mirada de los retratos de los negreros. El tiempo de las palabras había terminado; empezaba el tiempo del cuchillo y de la llama.

El veneno era una marea de ácido que reclamaba cada rincón del cuerpo de Gabino Felgueroso, una sustancia que devoraba su voluntad con la misma paciencia con la que el salitre corroe los cascos de las lanchas en el puerto. Sin embargo, al soltar el cuerpo exánime de María sobre el mármol, algo se quebró definitivamente en el mecanismo de su alma. Ya no quedaba rastro del hombre que buscaba la paz, ni del marinero que se conformaba con las migajas de una vida humilde. En su lugar, emergió un espectro de furia, un organismo movido por el combustible del odio más puro y la desesperación de quien ya se sabe habitante de la fosa.

Carolina permanecía sentada, observando la agonía de su víctima con una curiosidad científica, como si el estertor de María fuera la nota final de una sinfonía que ella misma había compuesto. No se percató, en su embriaguez de poder, de que Gabino estaba concentrando el último aliento de sus pulmones en un solo movimiento. El brazo de Gabino, pesado como un bloque de granito, se deslizó hacia el mantel de hilo, buscando entre los restos del banquete el cuchillo de carne, una pieza de acero toledano con el mango de plata que brillaba bajo la luz de las lámparas como una promesa de redención.

—¿Aún intentas luchar, Gabino? —preguntó Carolina con un desdén que rayaba en la compasión—. Tu sangre ya es más veneno que vida. Ríndete a la sombra y deja que la Atalaya sea tu último descanso. Has sido un peón digno, pero la partida ha terminado.

El rugido que escapó de Gabino no fue humano. Fue el grito de los barracones, el lamento de Silvestre en la cubierta del barco y el eco de todos los desposeídos que el azúcar de los Ablanedo había triturado durante décadas. En un estallido de energía prestada por la misma muerte, Gabino se impulsó sobre la mesa de caoba, derribando el candelabro de plata y la cristalería de Bohemia en un estrépito de destrucción que rompió la atmósfera de irrealidad del comedor. El chofer negro intentó reaccionar, dando un paso adelante con la agilidad de una pantera, pero la sorpresa fue su mayor obstáculo.

Gabino alcanzó a Carolina antes de que ella pudiera levantarse de su trono de seda. La mano de Gabino, atenazada por el espasmo de la ponzoña, hundió el cuchillo en el pecho de la viuda con una fuerza que no procedía de sus músculos, sino del peso de todas sus derrotas. El acero atravesó la seda roja y la carne blanca, buscando el corazón que durante tanto tiempo solo había bombeado ambición y rencor. Carolina abrió los ojos con una expresión de estupor absoluto, una incredulidad que precedió al primer borbotón de sangre que manchó su collar de perlas.

—Este es el azúcar que me debías, Carolina —susurró Gabino al oído de la mujer, mientras ambos se desplomaban sobre el suelo, junto al cadáver de María—. Esta es la última zafra de los Felgueroso.

El chofer, paralizado por la visión de su ama herida de muerte, no llegó a intervenir antes de que Gabino, con los pulmones ardiendo, se arrastrara hacia la chimenea. La fiebre del veneno se confundía ahora con el calor real del fuego de encina. Con un movimiento desesperado, Gabino derribó las pesadas cortinas de terciopelo sobre las brasas y volcó las lámparas de aceite que

decoraban los aparadores de caoba. El combustible, una mezcla de alcohol de primera y aceites aromáticos, prendió con una ferocidad instantánea, encontrando en las maderas nobles de la mansión el alimento perfecto para una pira funeraria.

El fuego empezó a lamer los retratos de los negreros, devorando la mirada de Matías Ablanedo y las glorias pasadas de una estirpe que se hundía en el infierno que ella misma había creado. Gabino se dejó caer junto a María, sintiendo que el calor de las llamas era, por fin, un alivio frente al frío glacial del veneno. En su mente, mientras el humo negro empezaba a llenar el techo artesonado, Gabino vio el rostro de Roberto y el de sus padres en la aldea. La Atalaya, el monumento a la soberbia de los Ablanedo, se transformaba en una antorcha de mármol que iluminaría el Cantábrico, anunciando al mundo que la cuenta entre el néctar y las sombras había sido, finalmente, saldada.

El incendio de la Atalaya no fue una combustión ordinaria; fue una expiación de azufre y memoria que iluminó la costa asturiana con la intensidad de un sol negro. Desde el puerto, los marineros observaban con un horror reverencial cómo la mansión, aquel altar de mármol que creían inexpugnable, se transformaba en una pira gigantesca que desafiaba la bruma del Cantábrico. Las llamas, alimentadas por las maderas preciosas y los lujos traídos de ultramar, se alzaban hacia el cielo como lenguas de fuego que devoraban, al fin, el rastro del azúcar y la infamia. No hubo gritos que escaparan de la cumbre; solo el crepitar furioso del incendio y el estrépito de los techos artesonados hundiéndose sobre el escenario de la traición.

En el centro del comedor, envuelto por un abrazo de fuego que empezaba a fundir la plata de los Ablanedo, Gabino Felgueroso sintió que el veneno dejaba de ser una tortura para convertirse en un sueño de ceniza. Su mano, todavía aferrada a la de la difunta María, ya no sentía el frío de la muerte, sino el calor de la purificación. En su último soliloquio interno, mientras el humo negro le borraba el

mundo de los hombres, Gabino se vio de nuevo en la cubierta del trasatlántico, joven y ambicioso, ignorante de que el néctar de las sombras que tanto anhelaba terminaría por consumirle. Comprendió, con la claridad que solo otorga el final, que su verdadera victoria no había sido la fortuna, sino el acto de justicia que ahora ardía a su alrededor. Carolina, a pocos metros, era ya una sombra más entre los escombros, una reina de nada en un palacio de llamas.

Mientras el fuego devoraba los tapices y los retratos del comedor, la tragedia extendía sus alas negras hacia las estancias más recónditas de la Atalaya. En los aposentos superiores, ajeno a la liturgia de veneno y acero que se libraba en la planta baja, el pequeño Víctor dormía bajo la vigilancia de su aya. El niño, que por derecho de sangre debería haber sido el heredero universal de la inmensa fortuna de los Ablanedo y el continuador de un imperio forjado en el dolor ajeno, despertó rodeado por un muro de humo denso que subía por la escalera de caoba como un espectro hambriento.

La cuidadora, paralizada por un espanto que le robó el habla y el juicio, no fue capaz de encontrar una salida cuando el fuego se propagó por las galerías con la rapidez de una tea empapada en aguardiente. Las maderas exóticas, traídas de las selvas de Cuba para exhibir la riqueza de la familia, se convirtieron en el combustible perfecto para su propia destrucción. Desde el jardín, el chofer negro de Carolina, aquel hombre que había sido la sombra muda e hierática de la viuda, gritó horrorizado al ver cómo las llamas lamían los marcos de las ventanas de la alcoba infantil. Sus gritos, desgarradores y despojados de toda su antigua compostura, se perdían en el rugido del incendio; sus manos golpearon inútilmente la piedra de la fachada, impotente ante la voracidad de un fuego que no entendía de linajes ni de inocencias.

Allí, entre el crujido de las vigas que cedían y el resplandor de una riqueza que se tornaba ceniza, murió también el último de los Ablanedo. La ambición desmedida de la madre había terminado por

consumir la vida del hijo en el mismo alambique donde ella pretendía destilar su victoria final. Con el pequeño Víctor, se evaporaba la última gota del linaje que un día soñó con dominar el mundo a través del azúcar.

El círculo de la tragedia se cerraba así con una simetría atroz: la Atalaya no solo era el túmulo de Carolina y Gabino, sino la pira donde ardía, para siempre, el futuro de una estirpe que ya no tendría quien reclamara sus tierras ni sus sombras.

Al alba, cuando el fuego se extinguió dejando solo una carcasa de piedra ahumada sobre el acantilado, el pueblo subió a la Atalaya con el alma encogida. El Cadillac crema, símbolo del progreso que tanto habían adorado, permanecía intacto en la entrada, cubierto por una fina capa de ceniza que le restaba todo su brillo, como un juguete roto olvidado por un dios caprichoso. El alcalde y el párroco, los mismos que antes mendigaban la sonrisa de la indiana, retrocedieron ante la visión de los cuerpos calcinados, comprendiendo que el precio de la benevolencia de Carolina había sido una factura de sangre que ellos no supieron leer a tiempo. La noticia del horror corrió por las aldeas como una marea amarga, transformando la admiración por la heredera en un silencio de vergüenza y espanto.

Sin embargo, en la antigua casa de los Felgueroso, lejos del estrépito del incendio, la vida se abría paso entre las ruinas del infortunio. Damián y su mujer, tras recibir la noticia del desastre, no se hundieron en la desesperación, sino que se alzaron con la entereza de los que saben que la tierra siempre exige un tributo de dolor antes de entregar la cosecha.

En la cocina de la quintana, frente al fuego de la llar que nunca se apagaba, Marina aguardaba con esa gravedad mineral que era su herencia cubana. Cuando las autoridades entregaron al pequeño Roberto a los abuelos, se produjo el encuentro que Gabino había soñado sin saberlo: los dos hijos de su desdicha, la niña del

azúcar y el niño de la sal, se tomaron de la mano bajo el techo que había visto nacer al indiano fallido.

Roberto, huérfano de la galerna y del veneno, encontró en el hogar de los Felgueroso el refugio que su madre tanto había anhelado. Damián lo adoptó como propio, viendo en los ojos del pequeño un rastro de la nobleza de María y la sombra de la lucha de su propio hijo. La historia de Gabino no terminaba en el fuego de la Atalaya, sino en la paz precaria de aquel hogar, donde Marina y Roberto crecerían protegidos por el anonimato de las montañas, lejos de los espejismos de las Indias y del néctar que corrompe las voluntades. El apellido Ablanedo se disolvió en el olvido, pero la estirpe de los que resisten permaneció enraizada en el suelo de Asturias.

Pasaron los años y la mansión de la Atalaya[2] se convirtió en una ruina devorada por la maleza y el salitre, un recordatorio de piedra de que el orgullo de los hombres es una brizna frente a la justicia del tiempo.

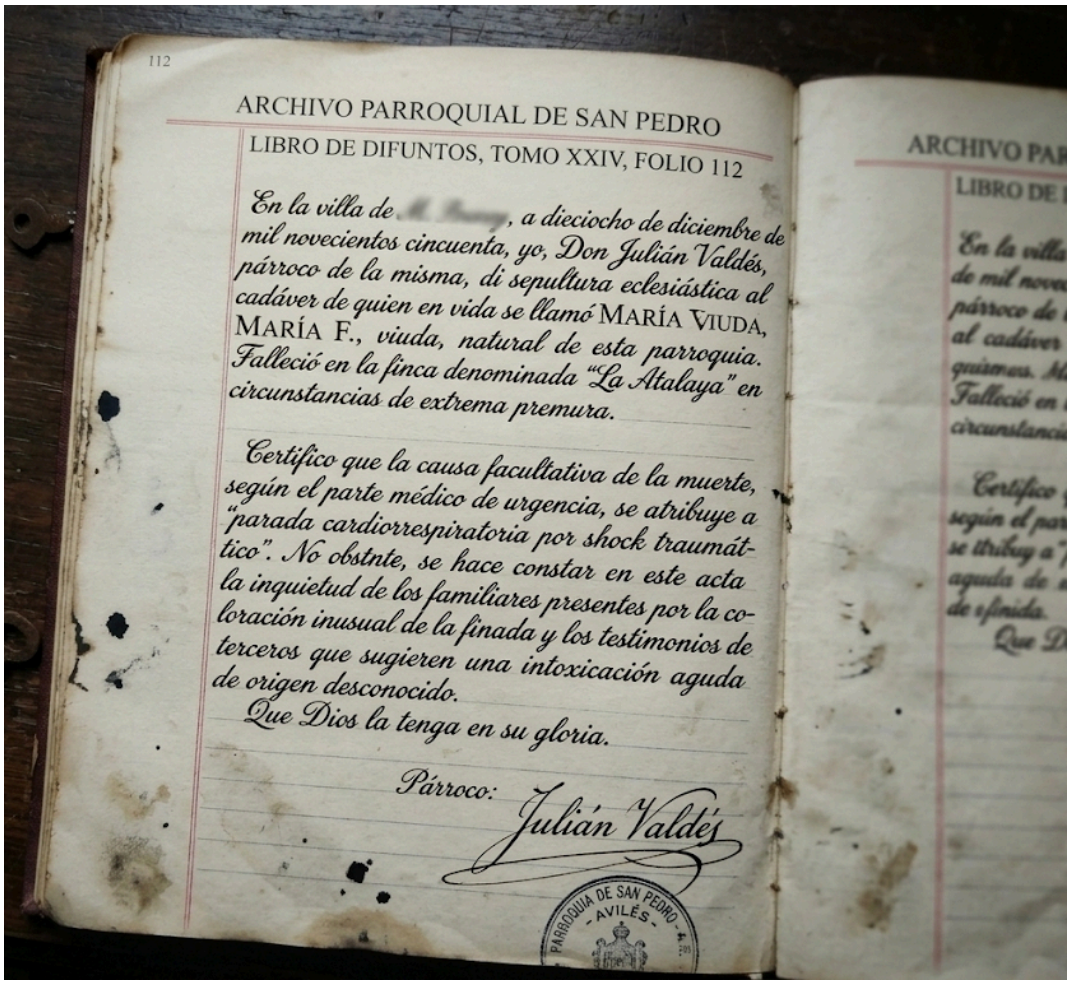
El azúcar se había evaporado, dejando en el fondo del alambique solo la sal de la tierra y la memoria de un hombre que, habiéndolo perdido todo, logró salvar lo más sagrado. Gabino Felgueroso, el indiano que regresó sin tierras pero con la verdad en el puño, descansaba al fin en la eternidad de las sombras. Como había jurado Gabino tiempo atrás, el apellido Ablanedo ahora era solo un susurro de horror en el viento. Mientras, en la aldea, bajo la lluvia fina del norte, dos niños crecían libres, ignorantes de que cada uno de sus pasos había sido pagado con la moneda de un sacrificio que el mar nunca se atrevería a devolver.

FIN

Apéndice Documental

"Existe una fotografía borrosa en el archivo municipal de Avilés, fechada en diciembre de 1950, donde se aprecia la columna de humo de la Atalaya. Un examen forense posterior, nunca hecho público, confirmó restos de alcaloides en las copas de vino halladas en la escena".

"El rastro de Roberto y Marina se pierde en los registros de emigración hacia Argentina en 1965, bajo apellidos supuestos. Se cree que la familia Felgueroso quiso alejarlos definitivamente del estigma de los Ablanedo".



112

ARCHIVO PARROQUIAL DE SAN PEDRO

LIBRO DE DIFUNTOS, TOMO XXIV, FOLIO 112

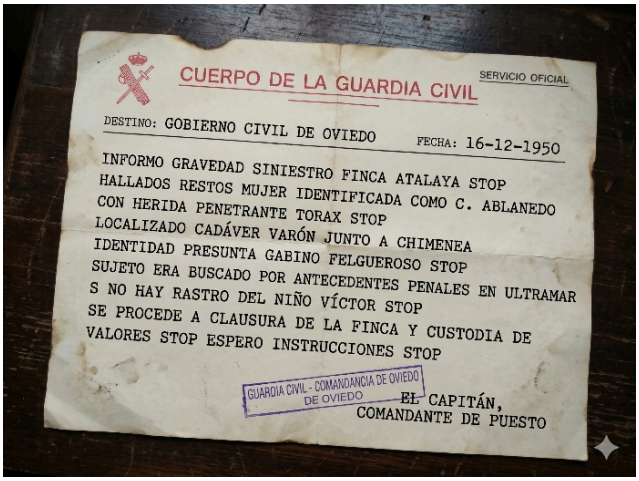
En la villa de [illegible], a dieciocho de diciembre de mil novecientos cincuenta, yo, Don Julián Valdés, párroco de la misma, di sepultura eclesiástica al cadáver de quien en vida se llamó MARÍA VIUDA, MARÍA F., viuda, natural de esta parroquia. Falleció en la finca denominada "La Atalaya" en circunstancias de extrema premura.

Certifico que la causa facultativa de la muerte, según el parte médico de urgencia, se atribuye a "parada cardiorrespiratoria por shock traumático". No obstnte, se hace constar en este acta la inquietud de los familiares presentes por la coloración inusual de la finada y los testimonios de terceros que sugieren una intoxicación aguda de origen desconocido.

Que Dios la tenga en su gloria.

Párroco: Julián Valdés

PARROQUIA DE SAN PEDRO - AVILÉS -



CUERPO DE LA GUARDIA CIVIL

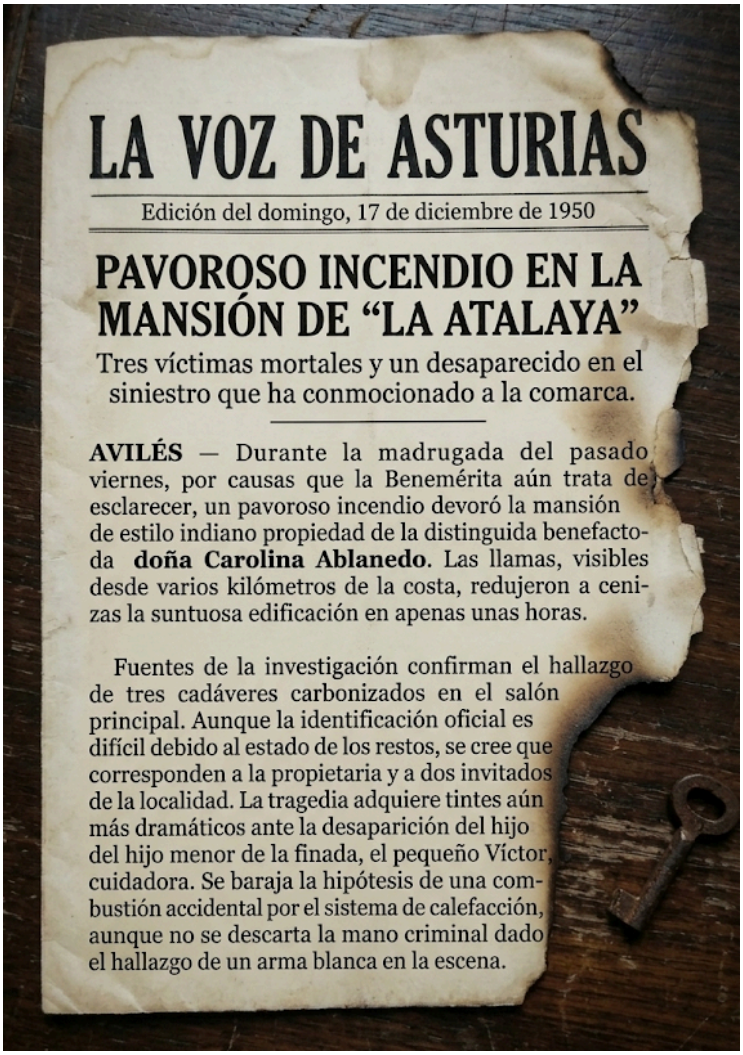
SERVICIO OFICIAL

DESTINO: GOBIERNO CIVIL DE OVIEDO FECHA: 16-12-1950

INFORMO GRAVEDAD SINIESTRO FINCA ATALAYA STOP
HALLADOS RESTOS MUJER IDENTIFICADA COMO C. ABLANEDO
CON HERIDA PENETRANTE TORAX STOP
LOCALIZADO CADÁVER VARÓN JUNTO A CHIMENEA
IDENTIDAD PRESUNTA GABINO FELGUEROSO STOP
SUJETO ERA BUSCADO POR ANTECEDENTES PENALES EN ULTRAMAR
S NO HAY RASTRO DEL NIÑO VÍCTOR STOP
SE PROCEDE A CLAUSURA DE LA FINCA Y CUSTODIA DE
VALORES STOP ESPERO INSTRUCCIONES STOP

GUARDIA CIVIL - COMANDANCIA DE OVIEDO DE OVIEDO

EL CAPITÁN,
COMANDANTE DE PUESTO



LA VOZ DE ASTURIAS

Edición del domingo, 17 de diciembre de 1950

PAVOROSO INCENDIO EN LA MANSIÓN DE "LA ATALAYA"

Tres víctimas mortales y un desaparecido en el siniestro que ha conmocionado a la comarca.

AVILÉS — Durante la madrugada del pasado viernes, por causas que la Benemérita aún trata de esclarecer, un pavoroso incendio devoró la mansión de estilo indiano propiedad de la distinguida benefactora **doña Carolina Ablanedo**. Las llamas, visibles desde varios kilómetros de la costa, redujeron a cenizas la suntuosa edificación en apenas unas horas.

Fuentes de la investigación confirman el hallazgo de tres cadáveres carbonizados en el salón principal. Aunque la identificación oficial es difícil debido al estado de los restos, se cree que corresponden a la propietaria y a dos invitados de la localidad. La tragedia adquiere tintes aún más dramáticos ante la desaparición del hijo del hijo menor de la finada, el pequeño Víctor, cuidadora. Se baraja la hipótesis de una combustión accidental por el sistema de calefacción, aunque no se descarta la mano criminal dado el hallazgo de un arma blanca en la escena.

---

[1] El Cadillac crema mencionado fue, según los registros de aduanas del puerto de Gijón, uno de los tres únicos vehículos de este modelo importados desde Cuba en la década de los 50.

[2] Las ruinas de la mansión que sirvió de inspiración para la Atalaya aún pueden visitarse, aunque el acceso está restringido por peligro de derrumbe